DEMONIOS, DIOSES Y SANTONES de los MITOS Y LEYENDAS DE LA INDIA

Texto de SHAHRUKH HUSAIN Ilustraciones de DURGA PRASAD DAS

ANAYA

DEMONIOS, DIOSES Y SANTONES de MITOS Y LEYENDAS DE LA INDIA

A pesar de la enorme antigüedad de la civilización india, su mitología no sólo ha sobrevivido al paso de los siglos, sino que aún sigue floreciendo en nuestros días. La selección de mitos, leyendas y tradiciones recogidos aquí refleja la riqueza y amplitud del tema, habiéndose incluido relatos procedentes de Paquistán y Bangladesh, además de la propia India.

El lector encontrará aquí relatos acerca de la numerosa y complicada familia de dioses y diosas hindúes, narraciones de las magníficas epopeyas indias y suntuosas historias de amor y tragedia. En la India tuvieron su origen numerosas religiones y el país fue testigo de los milagros y actos maravillosos realizados por los santones e iniciados que en él vivieron, como Buda, el gurú Nanak de los sijs y los santones sufíes del Islam.

Las dieciocho grandes láminas a todo color que ilustran los relatos están realizadas al estilo tradicional indio.

LA AUTORA

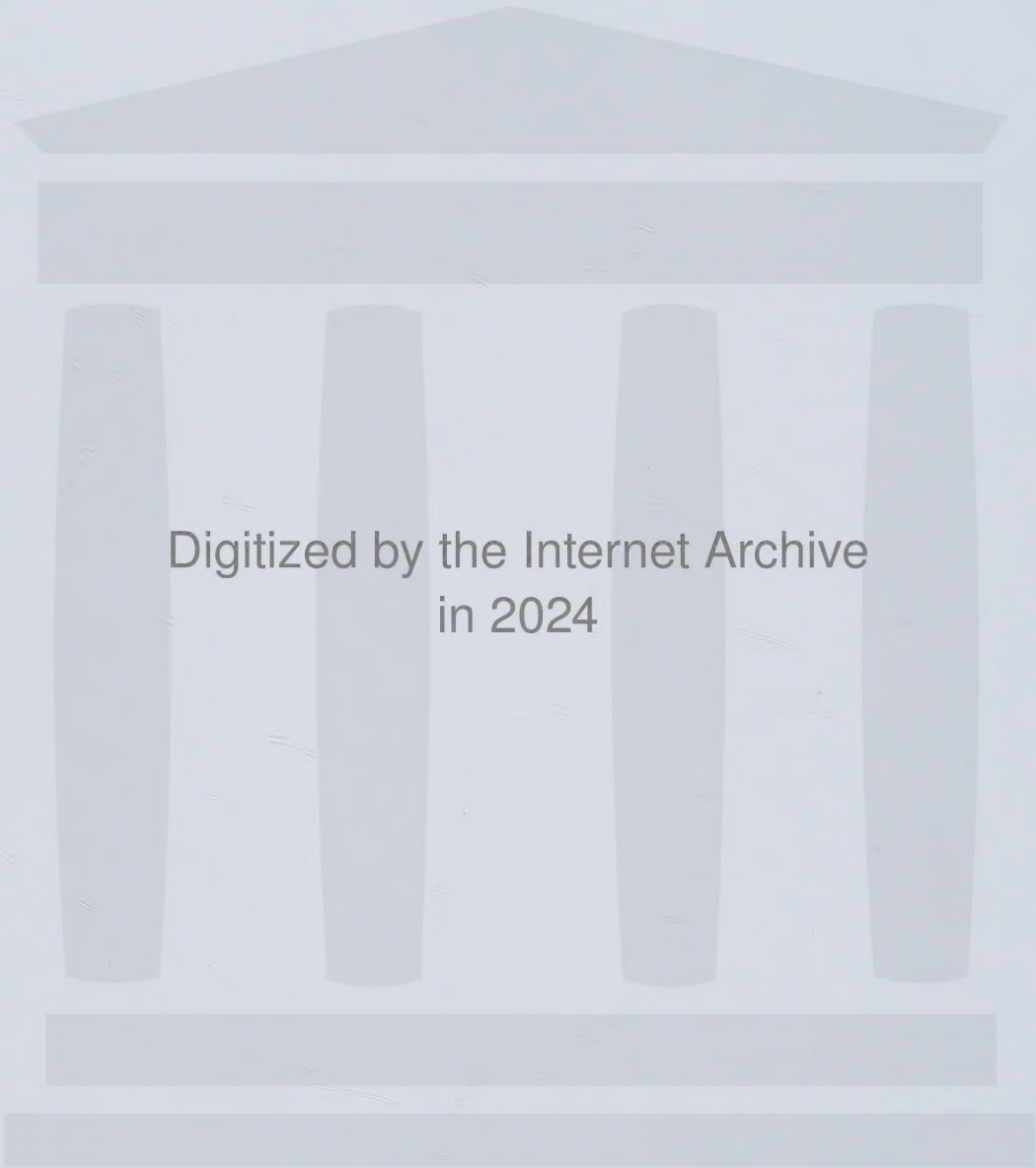
Shahrukh Husain es escritora, conferenciante y figura radiofónica. Está licenciada en Cultura del Sur de Asia y ha realizado investigaciones sobre la literatura urdu contemporánea, en especial la poesía, y sobre música del sur de Asia. Su interés por la mitología y el folclore se remonta a su infancia, transcurrida en Paquistán y la India, donde tuvo numerosas oportunidades de escuchar a los narradores itinerantes y contemplar teatro tradicional.

EL ILUSTRADOR

Durga Prasad Das reside y trabaja en Orisa, India, donde enseña pintura india en la universidad. Sus obras han ganado numerosos premios, otorgados por organizaciones como la Academia de Bellas Artes de Calcuta y el Consejo de Artistas de Andhra Pradesh, y se encuentran en colecciones de la India y otros países.

Sp J 294.513 SHA
3x1/01 L 8/00
Shahrukh Husain.
24x1/16 LT 8/13
Demonios, dioses y
santones de los mitos y
OX12/95- (only copy) 8/18
CHAVEZ-J

1957 - 1994
27 YEARS OF EXCELLENCE
BERNARD HAMEL SPANISH BOOKS
10977 Santa Monica Blvd.
Los Angeles, CA 90025
(310) 475-0453


Digitized by the Internet Archive
in 2024

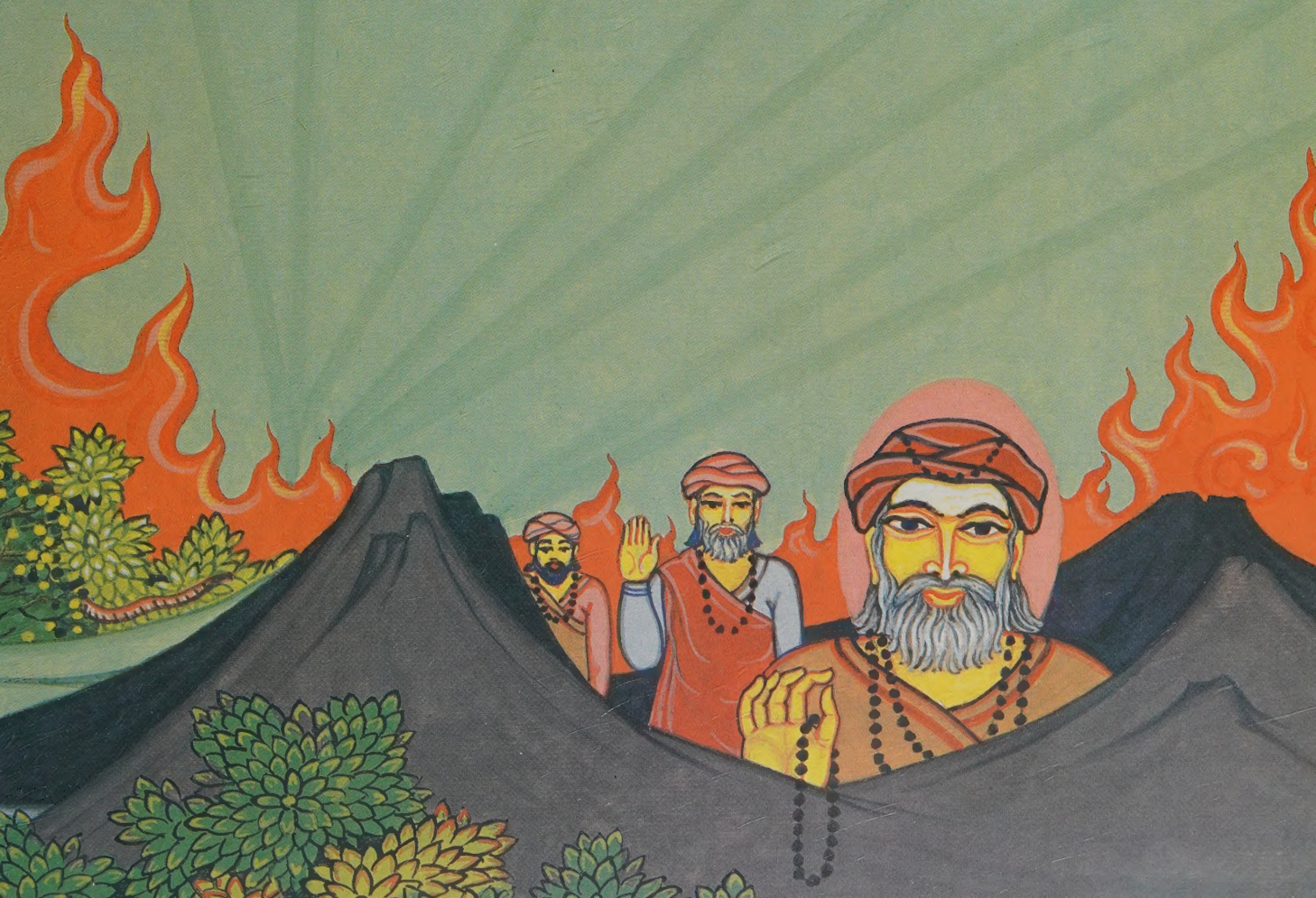
https://archive.org/details/demoniosdiosesys0000unse

DEMONIOS, DIOSES Y SANTONES
de los
MITOS Y LEYENDAS DE LA INDIA

DEMONIOS, DIOSES Y SANTONES de los MITOS Y LEYENDAS DE LA INDIA

Texto de SHAHRUKH HUSAIN Ilustraciones de DURGA PRASAD DAS

ANAYA



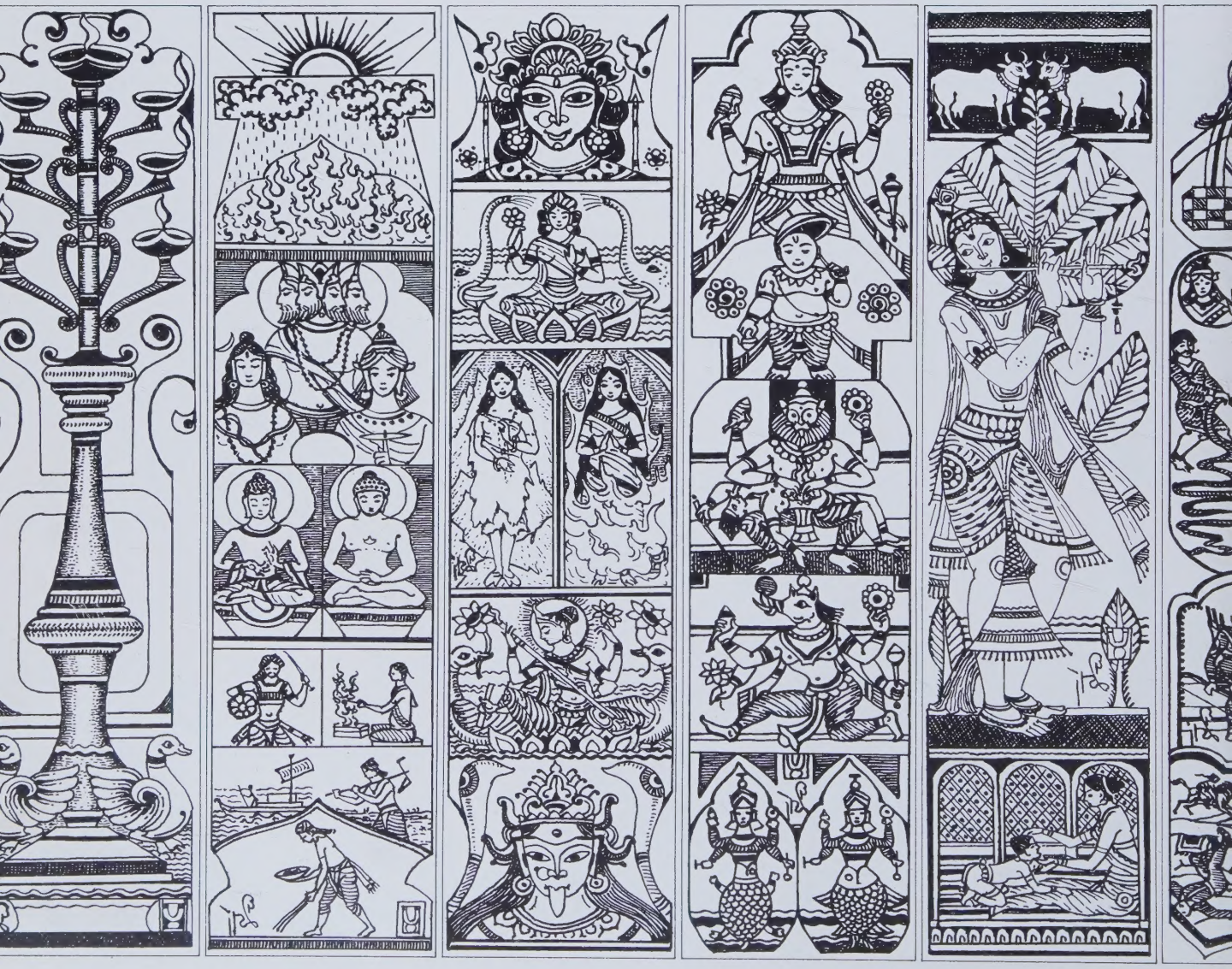
1987, Eurobook Limited, Londres
1989, Grupo Anaya, S. A., Telémaco, 43
28027 Madrid, para la edición española

lo original: *Demons, Gods & Holy Men from Indian*
hs & Legends
ducción: Juan Manuel Ibeas

nera edición, abril 1989
unda edición, julio 1991

B.N.: 84-207-3310-5
ósito legal: M. 18039/1991
rime: Orymu, Ruiz de Alda, 1
gono de la Estación. Pinto (Madrid)
reso en España - Printed in Spain

da prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra bajo
quiera de sus formas, gráfica o audiovisual, sin la autorización pre-
escrita del editor, excepto citas en revistas, diarios o libros, siempre
que se mencione la procedencia de las mismas.



Contenido

11 El mundo de los antiguos indios

14 Los viejos dioses

26 Las grandes diosas

33 Santones de la India

47 Siva, dios de la destrucción

57 Las múltiples formas de Visnú

63 Las aventuras de Rama

81 La vida de Krishna

91 Relatos del *Mahabharata*

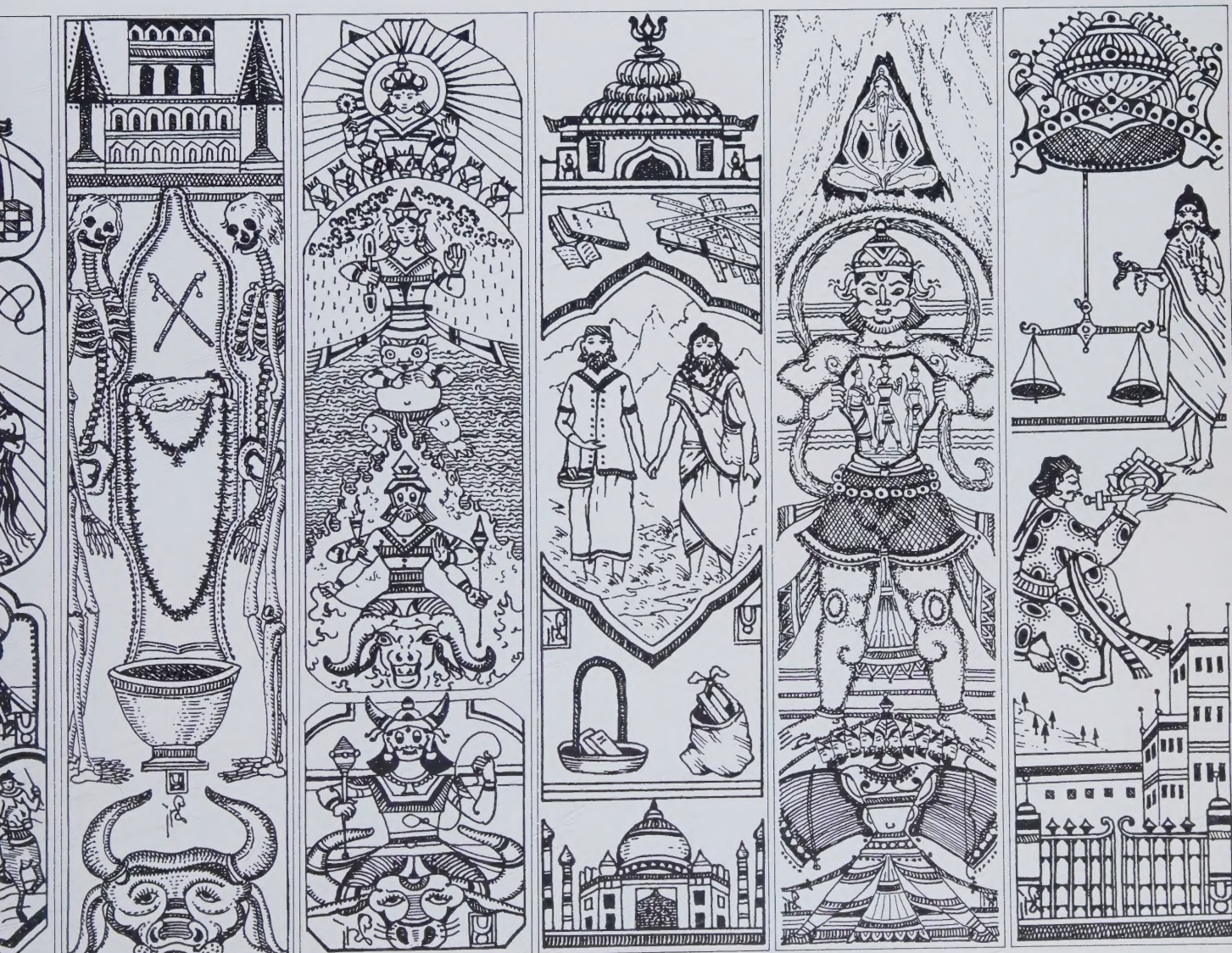
105 Leyendas de amor y aventura

115 Relatos de ingenio y astucia

121 Historias de reyes y príncipes

130 Símbolos de los mitos y leyendas indios

131 Indice analítico



HIMALAYA
R. CHENAB
AMRITSAR
NANKANASAHAB
JHANG
DELHI
RANGPUR
MATHURA
R. YAMUNA
NEPAL
R. INDO
KARACHI
VARANASI
R. GANGES
DACCA
R. NARBADA
CALCUTA
R. MAHANADI
MAR ARABIGO
BOMBAY
R. GODAVARI
GOLFO DE BENGALA
SRI LANKA

El mundo de los antiguos indios

La cordillera del Himalaya se extiende a lo largo de más de 2.400 kilómetros desde Afganistán hasta Bangladesh, separando el subcontinente indio del resto del mundo. Desde los tiempos prehistóricos, colonos y comerciantes han entrado y salido de la India por pasos de montaña o por vía marítima, pero durante miles de años sus pobladores permanecieron básicamente aislados. Este aislamiento contribuyó a crear un modo de vida y un sistema de pensamiento muy diferentes a los del mundo occidental. En la actualidad, la zona está dividida en los estados independientes de Afganistán, Bangladesh, Bhután, India, Nepal, Paquistán y Sri Lanka, pero sus habitantes comparten numerosas creencias y tradiciones.

Algunos utensilios y armas de la Edad de Piedra encontrados en la India se remontan a unos diez mil años a. de C., pero los emplazamientos prehistóricos más antiguos que se conocen fueron construidos unos cuatro mil años a. de C. en el valle del río Indo, en Paquistán y el noroeste de la India. Hacia el 3000 a. de C., el valle del Indo poseía ya un sistema organizado de gobierno sobre una zona más extensa que Egipto y Mesopotamia juntos, cuyas civilizaciones se desarrollaron también en aquella época. Sus ciudades, como Harappa y Mohenjo Daro, estaban bien planificadas, con edificios de varios pisos construidos con ladrillos cocidos, y en muchos aspectos eran superiores a las antiguas ciudades de Mesopotamia y Egipto.

Unos mil años a. de C., las tribus arias invadieron la India procedentes de Irán y Asia Central, trayendo consigo una religión que más tarde se conoció como Hinduismo y que se convirtió en la principal religión del sur de Asia, ejerciendo un profundo efecto en la vida social de las gentes. Una de las creencias que los arios introdujeron en la sociedad india era que cada ser humano tiene una tarea concreta que realizar en la vida. La sociedad se dividía en cuatro categorías o castas. Los dos grupos superiores en la jerarquía eran los brahmanes y los kshatriyas. La tarea de los brahmanes consistía en aprender, enseñar, realizar sacrificios religiosos y actuar como mediadores entre los dioses y los humanos; la función de los kshatriyas era defender al pueblo. Los kshatriyas estaban obligados a dominar las artes marciales para luchar en la guerra y a estudiar la ciencia política para llegar a ser gobernantes justos y sabios. El tercer grupo lo constituían los vaishyas, que tradicionalmente eran agricultores y comerciantes. La función del cuarto grupo, los sudras, consistía en servir a los miembros de las otras tres clases o castas.

Excluidos de este sistema de castas estaban los intocables, que ejercían numerosas tareas, como el traslado y cremación de cadáveres, la caza y la pesca, la carpintería, la limpieza y la fabricación de licor. Algunos intocables eran despreciados porque sus oficios estaban relacionados con la muerte de seres humanos u otras criaturas; a otros se los despreciaba por ser siervos. Cualquiera que fuera la casta de una persona, estaba obligada a realizar sus tareas de la mejor manera posible.

Los arios introdujeron también en la India la creencia en la reencarnación o renacimiento, según la cual, cuando una persona muere, su alma es castigada o recompensada según y como se haya comportado en vida. Al cabo de un cierto tiempo, el alma vuelve a nacer en una casta superior si su comportamiento en la anterior vida fue bueno, o en una casta inferior si se comportó mal. En total, una persona viene a renacer unas ochenta y dos mil veces, hasta que por fin, si ha llegado a la casta superior de los brahmanes y ha llevado una vida devota en su encarnación definitiva, puede acceder a la paz eterna y librarse del ciclo de reencarnaciones. Por consiguiente, los que pertenecen a las castas inferiores tienen pocas esperanzas para el futuro próximo.

Sin embargo, en el siglo VI a. de C., surgieron dos nuevas religiones, el Budismo y el Jainismo, que ofrecían más esperanzas a los miembros de las castas más bajas de la sociedad. Afirmaban que la liberación no estaba reservada exclusivamente para los brahmanes, y que los miembros de las castas inferiores podían escapar del renacimiento si realizaban ciertos actos piadosos. En la Edad Media empezaron a cobrar fuerza muchas creencias similares.

Los seguidores de todas estas religiones desean alcanzar la paz eterna porque creen que el mundo mortal es un lugar de sufrimientos y penalidades, y que el único modo de evitar el sufrimiento es escapando del ciclo de muertes y renacimientos. Este es también el objetivo de los santones o ascetas que abundan en la India. Estos ascetas proceden de muchas religiones diferentes, pero todos creen que el cuerpo es inferior al alma y que obstaculiza el desarrollo espiritual de ésta. En consecuencia, los ascetas evitan la tentación controlando y dominando sus aspectos físicos por medio de la oración, el ayuno y la meditación.

La idea del renacimiento o reencarnación de los seres humanos no debe confundirse con la creencia en que también los dioses pueden nacer en la Tierra con forma humana, como avatares. En el Hinduismo existe un número incontable de dioses, algunos de los cuales retornan a la Tierra una y otra vez; pero los dioses sólo bajan a la Tierra cuando deciden hacerlo para ayudar a los mortales, y no tienen que pasar por el ciclo de muertes y nacimientos sucesivos.

De todos los dioses, Visnú es el que más veces ha nacido con forma de hombre corriente. Ello se debe a que su función consiste en proteger al mundo de daños, y a veces hace que una parte de sí mismo nazca con forma humana para salvar al mundo de la destrucción. Los budistas creen que el espíritu del Buda podría también haber descansado eternamente en el Cielo después de su primer nacimiento, pero no se contentó con obtener la paz eterna para él solo y prefirió regresar una y otra vez para ayudar a otros a encontrar el verdadero camino.

La antigua mitología de la India se componía esencialmente de rituales, moral y ética, y enseñaba que existían dos maneras de alcanzar méritos religiosos. La primera consistía en llevar una vida normal y honrar a los dioses ofreciendo sacrificios y observando un riguroso código moral. De este modo se disfrutaría de una buena vida en la Tierra, y después de morir se gozarían los placeres del Paraíso hasta que llegara el momento de regresar al mundo. La otra posibilidad consistía en convertirse en asceta y renunciar a la vida normal para abrazar una vida de devoción y búsqueda del conocimiento divino. Esta renuncia garantiza la paz eterna después de la muerte, sin tener que regresar ya nunca más.

Los dioses de la mitología hindú parecen estar divididos de manera similar en seres «espirituales» y «mundanos». Los antiguos indios solían vivir en comunidades agrícolas y pescadoras, que dependían del clima para vivir. Por consiguiente, los primeros dioses fueron personificaciones de fuerzas cósmicas, y podían ser amistosos u hostiles. Indra (la atmósfera), Agni (el fuego) y Surya (el sol) eran las deidades amistosas más importantes; Vritra (la sequía), Vayú (la tormenta) y Yama (la muerte) eran tres de las más temidas. Todos estos dioses primitivos poseían el poder de otorgar favores a sus

adoradores, pero no se ocupaban de las almas de las personas.

Más adelante, cuando se empezó a pensar en la vida después de la muerte y en la importancia del alma, surgió una tríada de dioses con función más espiritual: Brahma (el creador), Visnú (el conservador) y Siva (el destructor y recreador). Estas divinidades se interesaban por las almas de los mortales y de los dioses menos importantes, y por mediación de ellas los hindúes confiaban en adquirir el conocimiento divino y acceder a los planos superiores del universo.

El universo de los mitos hindúes consta de tres mundos: el físico, el celestial y el espiritual. En la base de todo hay un océano cósmico de leche, en el cual se alzan siete islas o continentes. El central y más extenso es Jambudwip, el mundo físico. Jambu-dwip está protegido por ocho guardianes, cada uno de los cuales monta en un elefante y ocupa una posición de la brújula: Indra (el este), Agni (sureste), Yama (sur), Surya (suroeste), Varuna (oeste), Vayú (noroeste), Kuvera (norte) y Som (nordeste). En el centro de esta inmensa isla y al norte del Himalaya se alza una montaña dorada llamada Meru, flanqueada por cuatro montes más pequeños.

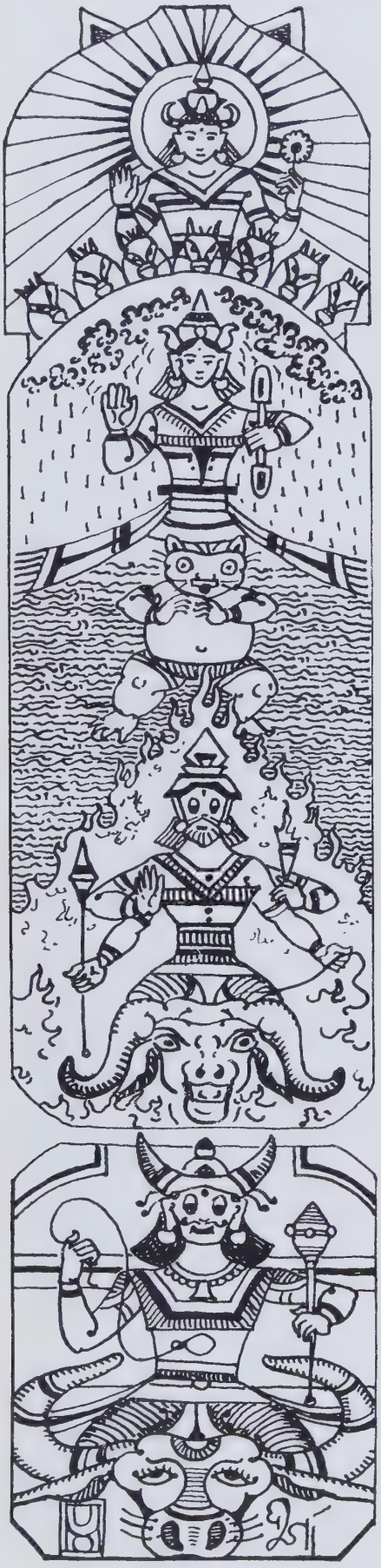
En la cima del monte Meru se encuentra Brahmalok, el dominio de Brahma el creador, donde van las almas que han alcanzado la liberación permanente del ciclo de nacimientos y muertes. Este reino está rodeado por las ciudades celestiales de los dioses, entre las que figura Svarga, donde reina Indra, señor de los devas o dioses de la naturaleza. Allí tienen su morada los Sapta-rishi, los sacerdotes conocidos como Prajapatis, y varios dioses secundarios de la naturaleza, algunos de los cuales fueron mortales en otro tiempo. Los gandharvas, que son los músicos celestiales, y las apsarasas o ninfas celestiales viven al pie de las laderas de Meru. En sus valles habitan los rakshasas, que son gigantes, trasgos y devoradores de carne humana, enemigos de los dioses; los asuras, o espíritus malignos con poderes sobrenaturales que interfieren constantemente con los sacrificios; y otros demonios.

Entre el Himalaya y el mar se extiende la India, el único país cuyos habitantes experimentan el sufrimiento y, por lo tanto, la redención. Los demás países del universo hindú no experimentan cambios en el tiempo y sus habitantes viven eternamente jóvenes y felices. Más abajo de la India se encuentra la región de los muertos, formada por varios infiernos de distinto grado de severidad, regidos por el dios Yama, y por las siete tierras de los nagas, que son dioses-serpientes dotados de poderes sobrenaturales. Su jefe supremo es Shesh o Vasuki, en quien se apoya Visnú el conservador cada vez que se queda dormido en el océano cósmico. Mientras Visnú duerme, el universo mismo se destruye y renace, lo cual se repite periódicamente.

En primer lugar, el mundo entero se hunde en el océano cósmico y desaparece. En estas aguas, Brahma planta una semilla que crece hasta convertirse en un huevo. Al abrirse el huevo, la mitad de la cáscara vuela hacia arriba para formar el Cielo, mientras la mitad inferior forma la Tierra. El propio Brahma ocupa el centro y crea los tres mundos. Un día o una noche de Brahma equivalen a un ciclo terrestre de 4.320.000.000 de años. En total existen catorce de estas fases de creación, cada una de ellas dirigida por un Manú, que ejerce de padre y maestro del ciclo de creación. La nuestra es la sexta fase, y fue dirigida por el hijo de Surya, el sol, llamado Manú Vaivaswata. Al completarse cien años de Brahma, se producirá el fin de los tres mundos. Después de otros cien años de Brahma, llenos de caos y desorden, surgirá un nuevo Brahma, que creará un nuevo universo.

La India es el único país cuya cultura mitológica ha sobrevivido a lo largo de los siglos y continúa sin interrupción en nuestros días. Muchas religiones han nacido en la India; otras las llevaron allá emigrantes como los zoroástricos, que llegaron en el siglo XIV, y los musulmanes, que vinieron mucho antes, en el siglo VII, como comerciantes, colonos y misioneros.

La llegada de los musulmanes condujo a la creación de Paquistán y Bangladesh, que son dos países islámicos. Los musulmanes contribuyeron en gran medida al cuerpo de leyendas, tradiciones, música y lenguaje compartido por la totalidad del subcontinente. Los relatos incluidos en este libro proceden de muchas partes del subcontinente, y entre ellos hay fragmentos de las grandes epopeyas hindúes y leyendas referentes a los santos, héroes y ascetas de tiempos pasados.



Los viejos dioses

El antiguo texto sánscrito denominado *Rig-veda*, cuya redacción se remonta a mil quinientos años a. de C., contiene la primera descripción conocida de la religión hindú. En él se explica que un dios preside cada uno de los tres mundos de la mitología hindú: Indra (la lluvia y el rocío) reina sobre la atmósfera; Surya (el sol), sobre el cielo; y Agni (el fuego), sobre la Tierra. Cada uno de estos elementos constituía un factor crucial para la supervivencia de las antiguas comunidades agrícolas, y a cada dios se le adoraba y ofrecía sacrificios cuando se tenía necesidad de su ayuda.

Existían además centenares de dioses, de diferentes grados de importancia. Uno de los más antiguos era Dyaus-Pitara, el padre celestial, que tenía por esposa a Prithvi (la Tierra), madre de todas las cosas. También tenían importancia la hija de ambos, Ushas (el amanecer), y Varuna, el dios del mar. Los dioses relacionados con el buen tiempo representaban las fuerzas del bien, mientras que los dioses malignos se ocupaban del mal tiempo: los marutas eran dioses de las tormentas, que servían a Indra; Vritra era el dios de la sequía y el hambre, y se le consideraba enemigo de Indra.

Indra es hijo del Cielo y la Tierra, y rey de los dioses, aunque no siempre resulta ser el más poderoso. Nació en una época en que Vritra, el demonio de la sequía, había conseguido hacerse con el control de la atmósfera, impidiendo que las nubes dejaran caer la lluvia sobre la tierra reseca, que se abrasaba bajo el calcinante calor del implacable sol. Los desesperados humanos elevaron oraciones en petición de un salvador capaz de derrotar a Vritra y traer de nuevo la lluvia, y en respuesta a sus oraciones nació Indra. Como muchos otros dioses, tenía cuatro brazos que agitaba con energía. El dios recién nacido se levantó inmediatamente, en toda su majestad, dejando a su hermano gemelo Agni dormido en la cuna. (Agni, dios del fuego, no podía ayudar a combatir la sequía. Para ello se necesitaba el poder de Indra, señor de la atmósfera y protector de las cosechas.) Indra tomó como arma el arco iris y un rayo como proyectil. En su tercera mano llevaba la espada y la cuarta la dejó libre. A continuación bebió, copa tras copa, del vigorizante licor Soma, que le ofrecieron sus adoradores, cobrando más valor a cada trago. Sus seguidores le contemplaban con admiración.

Indra poseía el poder de transformarse en cualquier cosa que deseara, lo cual representaba una buena ventaja en la guerra. Armado con sus prodigiosas armas y bajo los efectos del Soma, Indra voló cielo arriba en busca de Vritra, al que encontró en lo alto

de una torre de nubes, desde la cual controlaba las nubes de lluvia. Cambiando de una forma a otra, Indra se lanzó al ataque y, por fin, tras una larga lucha, Vritra cayó de su torre y desapareció entre las nubes. Sin embargo, no quedó destruido, pues Vritra es la sequía y permanece en la atmósfera, donde puede revivir si se presenta la ocasión.

Tvashtri no era un dios, sino un brahmán, pero destacó tanto como artesano que los dioses le pidieron que se encargara de construir sus ciudades celestiales. Llevaba siempre una enorme hacha y fabricó muchas armas maravillosas para los dioses, incluyendo los rayos de Indra. También modeló esposos para mujeres aún no nacidas. Los discípulos de Tvashtri eran los ribhus, encargados de construir los carros de Indra; con el tiempo, llegaron a ser tan hábiles que Indra los recompensó transformándolos en dioses. Tvashtri, que se consideraba el único merecedor de tal honor, se indignó tanto que intentó matarlos, sin conseguirlo. Consumido por la envidia y el rencor, decidió destruir a Indra, y para ello engendró un hijo brahmán, llamado Trishiras (el de las tres cabezas) o Vishvarupa (el de las muchas formas).

Indra se enteró de que este brahmán de tres cabezas se pasaba la vida rezando y ayunando; gracias a su austero modo de vida, estaba adquiriendo tanto poder que Indra temió que llegara a ser capaz de destruirlo. Una de las tres cabezas leía continuamente un libro de oraciones, mientras las otras velaban o dormían, y de este modo aumentaba en sabiduría tres veces más aprisa que una persona corriente. Indra decidió emplear su método favorito para distraer a los religiosos de sus meditaciones: envió varias doncellas celestiales, que bailaron, cantaron y tentaron a Trishiras de todas las maneras posibles, pero sin lograr su objetivo. Indra no estaba muy dispuesto a matar a un brahmán, pero se dio cuenta de que tendría que matar a Trishiras antes de que adquiriera demasiado poder.

El dios se acercó al lugar donde Trishiras rezaba y lanzó un rayo contra él, cortándole las tres cabezas. Pero cuando el dios se aproximó al cadáver del brahmán, sintió una extraña fuerza magnética que emanaba de los tres pares de ojos. Se inclinó para cerrarlos, pero estaba tan abrumado por el remordimiento que se sentó al pie de un árbol y se echó a llorar. Al instante, las tres cabezas se convirtieron en un francolín, un gorrión y una perdiz y se alejaron volando. Indra se quedó junto al árbol durante muchos años, haciendo penitencia, hasta que una voz divina le dijo que estaba perdonado y podía regresar con su amante esposa Indrani.

Sin embargo, Tvashtri estaba furioso por el fracaso de su plan y la muerte de su hijo, y revivió a Vritra, el dios de la sequía, que adoptó la forma de un gigantesco demonio y recorrió la Tierra destruyendo todo lo que tocaba. Indra partió al encuentro del demonio, acompañado por otros muchos dioses, pero a pesar de sus esfuerzos no lograron derrotarlo. En un momento de la batalla, Indra quedó atrapado entre los dientes de Vritra, que no soltaban su presa. Entonces su hermano gemelo, Agni, arrojó a Vritra un amuleto provocador de bostezos, haciendo que el demonio se adormeciera y abriera sus enormes mandíbulas para bostezar, lo cual permitió a Indra escapar. Los dioses pidieron entonces consejo al gran dios Visnú, quien recomendó a Indra que hiciera las paces con el demonio y aguardara el momento adecuado para matarlo.

—Cuando llegue el momento —prometió Visnú—, yo te ayudaré.

Indra hizo caso al consejo, y Vritra accedió a pactar la tregua con ciertas condiciones.

—No me matarás ni de noche ni de día, ni con un arma mojada ni con una seca, ni con un arma de madera, piedra o metal.

Indra aceptó las condiciones. Los dos se hicieron amigos y mantuvieron la amistad durante muchos años, pero un día, mientras estaban sentados en la playa, Indra comprendió que había llegado el momento de matar a Vritra. Era la hora del crepúsculo, cuando no es ni de día ni de noche. Mirando en torno suyo, vio la espuma del mar y pensó: «Ni seca ni mojada, ni de madera, metal o piedra.» Indra se agachó y comenzó a arrojarle espuma a Vritra; y gracias al poder de Visnú, que infundió a la espuma su propia fuerza, Vritra murió sofocado. Indra quedó tan avergonzado de su propia falsedad al matar a un amigo, por malvado que éste hubiera sido, que desapareció durante muchos años.

Siendo como era Indra el dios de los elementos, su desaparición dejó al mundo sumido en el caos. Los demás dioses lo buscaron por todas partes, sin poder encontrarlo. Por fin, decidieron elegir otro rey para que ocupara el puesto de Indra en el reino de Svarga. Se lo

propusieron a un rey llamado Nahush, que a pesar de ser mortal tenía fama de justo y sabio. Tras algunas vacilaciones, Nahush aceptó el cargo y pasó a ocupar el maravilloso palacio de Indra, paseándose por sus jardines, montando en su elefante y sentándose en su carroza. Poco a poco, Nahush se fue volviendo arrogante. Un día se encontró con la esposa de Indra, la hermosa Indrani, que se había quedado en el palacio, y se apresuró a convocar a los dioses:

—Puesto que ahora soy el rey de Svarga, lo propio es que Indrani sea mi reina.

Los dioses trataron de persuadir a Nahush de que renunciara a Indrani, que seguía amando intensamente a Indra. Cuando Nahush insistió, Indrani corrió a refugiarse en la mansión de Vrihaspati, maestro de los dioses. En su arrogancia, Nahush había llegado al punto de tratar a los dioses como siervos, y ordenó a los dioses del viento que fueran tras ella y la trajeran a su presencia.

—Hablaré con Indrani —dijo el maestro Vrihaspati—, pero ha solicitado refugio en mi casa y no seré yo quien la fuerce a salir.

A continuación, Vrihaspati aconsejó a Indrani que viera a Nahush y accediera a casarse con él si Indra no aparecía en el plazo de unos días. Comprendiendo que de esta forma ganaría tiempo, Indrani hizo lo que le decían. Nahush accedió a la propuesta e Indrani regresó a casa de Vrihaspati.

Aquella noche, Indrani imploró a Upashruti, diosa de la noche, que la llevara junto a su esposo. La diosa acudió a la llamada y transportó a Indrani por encima de las montañas, a través de los bosques y bajo las aguas, hasta llegar a un lago repleto de lotos.

—En aquel loto —dijo, señalando una gran flor que flotaba en el centro del lago— vive tu esposo. Te llevaré con él.

Indrani cerró los ojos y Upashruti la llevó, por debajo de la superficie del agua, hasta el tallo del loto, que abrió con un golpe de su maza. Dentro del tallo, reducido al tamaño de una abeja, se encontraba sentado Indra. Con sus artes mágicas, Indrani se encogió hasta hacerse tan pequeña como él y penetró en el tallo para hablar con su esposo. Entre los dos idearon una estrategia para burlar a Nahush.

Al día siguiente, Indrani envió un mensaje al rey, accediendo a ser su esposa con la condición de que acudiera a recogerla en una ca-

rroza tirada por los siete grandes sabios conocidos como Sapta-rishi. Nahush aceptó inmediatamente la condición y unció en su carroza a los siete grandes magos, seres capaces de controlar a voluntad el Cielo y la Tierra. Los sabios empezaron a tirar del carruaje en dirección a la casa de Indrani, pero a pesar de sus tremendos poderes mágicos su fuerza era la de hombres normales, y la carroza avanzaba muy despacio. Esto hizo que el rey Nahush se impacientara. Observando que uno de los magos era mucho más pequeño que los demás, llegó a la conclusión de que aquél era el culpable del lento avance del vehículo, y le dio una fuerte patada. Pero aquel mago era Agastya, un hombre famoso por su fuerza, que, indignado por el proceder del rey, respondió con una maldición:

—¡Por esto te convertirás en serpiente!

Y al instante Nahush se transformó en una serpiente, que se alejó reptando, avergonzada, para hacer penitencia. La gloria de ocupar el trono del Cielo había sido una carga demasiado pesada para un simple humano. El plan de Indra e Indrani había dado resultado, y el dios regresó a Svarga para seguir reinando como señor del firmamento.

Agni, dios del fuego

Agni, dios del fuego, es uno de los dioses hindúes más conocidos y apreciados. Vive en todos los hogares, y es él quien los calienta y cocina los alimentos. Está presente en las ceremonias nupciales porque es el encargado de certificar y bendecir los matrimonios, y actúa de mensajero para pedir a los demás dioses que acudan también. Forma parte imprescindible de todos los sacrificios, encargándose de purificar las ofrendas arrojadas a sus llamas, antes de que las reciban otros dioses. Aunque es hijo del Cielo y la Tierra, Agni vuelve a nacer una y otra vez, como fruto del matrimonio de dos maderas secas, que al frotarse entre sí engendran un fuego. Nada más nacer, devora con sus llamas a estos padres terrenales, y cuando estas llamas cobran altura empieza a alimentarse de las ofrendas de mantequilla que arrojan sus adoradores; a continuación, llama a los demás dioses para que acudan a compartir la ofrenda.

En cierta ocasión, Agni se cansó de consumir los alimentos ofrecidos por sus adoradores. Harto de purificar la mantequilla con sus llamas, perdió su fuerza y su belleza. Necesitaba comer algo más nutritivo, que contuviera minerales fortalecedores, y se dirigió al bosque de Khandava, gobernado por los Pandavas de Indraprastha. Allí corrió enloquecido de un lado a otro, buscando un modo de devorar el bosque y saciar su apetito. Una y otra vez se veía frustrado por su hermano Indra, rey de los dioses y protector de la vida en la Tierra, que se daba cuenta de la destrucción que Agni podía provocar. Pero Agni se había encaprichado del bosque de Khandava y siguió vagando por él hasta que su cuerpo enflaqueció más que nunca y su piel dorada perdió el brillo. Los rubios cabellos se volvieron grasientos y mustios, y su boca harta de mantequilla se abría de hambre y ansiedad, descubriendo los dientes dorados que brillaban con un aspecto peligroso.

Tambaleándose y a punto de caer exhausto, se topó con un famoso príncipe llamado Arjuna, que iba acompañado por su tío Krishna. Arjuna pertenecía a la dinastía Pandava, propietaria del bosque, y Krishna no era un mortal cualquiera, sino una nueva encarnación del dios supremo, Visnú, en forma humana.

—Dadme de comer —gimió Agni—. Soy un pobre hambriento.

Arjuna sintió compasión de aquel personaje enloquecido y famélico.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—El bosque de Khandava —replicó Agni al instante.

Arjuna y Krishna se entrecruzaron miradas dubitativas. El bosque de Khandava ocupaba una gran extensión de terreno, y les costaba renunciar a él. Por fin, Krishna habló:

—¿Y las personas y animales que viven en el bosque?

—No hay personas —respondió Agni con afán—. Y los animales huirán a la primera señal de mi festín. Y hasta las raíces de los árboles sobrevivirán, porque están muy por debajo del suelo y yo sólo deseo lo que hay sobre la superficie.

—En tal caso, que así sea —concedió Krishna.

Agni estaba inseguro:

—Indra no me lo permitirá —refunfuñó—. Pero si vosotros estáis dispuestos a defenderme de él, os proporcionaré armas para ello.

Y, diciendo esto, entregó un arco mágico a Arjuna (que era famoso por su destreza como arquero), dándole además dos aljabas llenas de flechas, que nunca se vaciaban. Por último, hizo surgir de la nada un carruaje de muchos colores que brillaban como el arco iris, tirado por cuatro flamantes caballos blancos y con una bandera rematada por la figura de un mono furioso. Krishna sonrió y dijo:

—Nos encargaremos de que comas sin intromisiones.

Agni dejó escapar un suspiro de alivio, y de sus orificios nasales salió un humo negro y espeso. En aquel mismo instante, el fuego abandonó los tres mundos del Cielo, la Atmósfera y la Tierra, huyendo de todos los hogares, hornos, sacrificios y ceremonias. La Tierra quedó helada y oscura, temblando de confusión, frío y miedo. Las llamas fugitivas aparecieron junto a Agni y se unieron a su cuerpo, que quedó rodeado de fuego. De su cabeza surgieron siete grandes lenguas de fuego y sus cabellos ardían.

El aliento de Agni era un viento abrasador, y cada vez que aspiraba se tragaba árboles, arbustos y matorrales del bosque. El cielo se llenó de humo negro y las llamas rugieron por todo el bosque. Agni se agachó para que sus llamas penetraran entre la maleza y así devorar todo lo que pudiera a ras de suelo. Luego se estiró al máximo y echó hacia atrás la cabeza para alcanzar con sus llamas las copas de los árboles. El calor era tan intenso que de los ríos del bosque empezaron a elevarse columnas de vapor, que se convirtieron en nubes de lluvia, y pronto empezó a llover a cántaros. Pero la lluvia no pudo contener al fuego. Mientras tanto, el príncipe Arjuna disparó al aire tantas flechas que formaron una gran pantalla entre el Cielo y la Tierra, impidiendo que nadie pasara y protegiendo a la luna del calor y el humo.

Agni continuó devorando el bosque hasta que por fin apareció Indra, montado en un espléndido elefante blanco y esgrimiendo un rayo en cada mano. Junto a él venía Varuna, dios del mar, cabalgando sobre un pez y con un lazo presto para atrapar a Agni. Y tras ellos estaban Yama, dios de la muerte, jinete sobre un búfalo y blandiendo su temible maza; Kartikkeya, dios de la guerra, montando un pavo real; Kuvera, dios de la riqueza, en su carroza; Surya, el sol, empuñando un venablo llameante, y sus hijos, los Asvins, llevando copas de veneno. Todos ellos formaron un círculo protector alrededor de Indra, que lanzó un primer rayo a Agni. Pero Krishna arrojó inmediatamente su disco para interceptar el rayo, alcanzándolo en pleno vuelo. La colisión de las dos potentes armas provocó un terremoto, e Indra se apresuró a inclinarse ante Krishna, aceptando su derrota. Los dioses retrocedieron y permitieron que Agni continuara con su devastación. Pronto concluyó el festín, y Agni se irguió ante los dioses, restaurado.

Sus ojos oscuros brillaban llenos de vitalidad, la lengua se veía roja y reluciente, y la piel presentaba un fuerte resplandor dorado. El cabello era una masa de humo. Agni vestía de terciopelo negro y enarbolaba un estandarte de humo con penacho llameante, mientras esgrimía en la otra mano una jabalina de fuego. Agradeció con una reverencia la ayuda de Krishna y Arjuna, llamó al carnero que le servía de montura y conjuró al carro tirado por seis caballos alazanes y que tenía por ruedas los siete vientos. Subió al carro con el carnero a su lado y partió a vigilar de nuevo el sector del universo encomendado a su protección. Y el fuego volvió a acompañar a los humanos, con renovado vigor y vitalidad.

Surya y Sanjna

Surya, el gran dios del sol, uno de los tres dioses principales del antiguo Hinduismo, era fuente de toda luz y calor, y cada noche atravesaba los cielos en un carro llameante tirado por un caballo de siete cabezas. Aunque radiante y fogoso, era un ser de pequeña estatura, con ojos rojos y un cuerpo que brillaba y relucía como el cobre bruñido.

Durante una visita al artesano celestial Vishvakarma, Surya se enamoró de la hija de aquél, Sanjna, que correspondió a su amor a pesar de las constantes advertencias de su padre.

—El calor de Surya, cuando está furioso o se manifiesta en toda su gloria, es insoportable. Ni siquiera los dioses pueden resistirlo —le advertía Vishvakarma.

Pero Sanjna estaba decidida a casarse con Surya, y por fin su padre dio su consentimiento al matrimonio.

La pareja vivió feliz durante varios años, y Sanjna dio a luz un hijo, Manú Vaivaswata, y

dos gemelos, Yama y Yamini. Hasta que un día, a mediodía, Sanjna se acercó a su marido, que resplandecía con toda la pasión del cenit, y trató de besarlo. Pero al instante retrocedió, sintiendo el intenso calor y temiendo quedar reducida a cenizas, lo cual ofendió al dios del sol.

—¿Conque te apartas de mí, a pesar de haberme jurado devoción eterna? Tus hijos pagarán por esto. El mayor, Manú Vaivaswata, será expulsado del Cielo, y al comenzar la nueva era vivirá en la Tierra, como padre de la humanidad, y allí permanecerá solo durante años. Tu hijo Yama será rey de los infiernos, rehuido y despreciado por todos, condenado a ocasionar sufrimientos a la humanidad; será dios de la muerte. Tu hija Yamini será inconstante como tú y tomará la forma de un río sin cauce fijo. Sus sufrimientos te causarán mayor dolor que si te castigara a ti directamente.

Cuando Sanjna oyó las terribles palabras de su esposo, comprendió hasta qué punto llegaba la ferocidad de éste. Huyó al bosque y allí, tras mirarse en las aguas, hizo que su reflejo cobrara vida, y le puso por nombre Chaya, que significa reflejo o sombra.

—Eres una sombra —le dijo Sanjna—, y podrás resistir el calor y la furia del sol. Pórtate bien con mis hijos y no reveles mi secreto.

Y diciendo esto, se convirtió en una yegua para que Surya no pudiera encontrarla, y dedicó su vida a la oración.

Durante varios años, Chaya vivió en paz con su esposo y los hijos de Sanjna, y tuvo dos hijos más con el sol: Sani, el planeta Saturno, y Manú Savarni, padre de la humanidad en otra era; tuvo además una hija, Tapti, que adoptó la forma de un río. Los otros niños ignoraban que Chaya no era su madre, y un día Yama se irritó porque veía que trataba mejor a sus propios hijos y levantó el pie para golpearla. Chaya lo maldijo, y el pie se le cubrió de llagas, de las que surgían gusanos. El comportamiento vengativo de Chaya sorprendió a Surya, que por fin se dio cuenta de que la que vivía con él no era su verdadera esposa, Sanjna.

Tras entregar a Yama un gallo que le quitaría los gusanos del pie, obligó a Chaya a confesar la verdad y partió en busca de su auténtica esposa. No tardó mucho en encontrar a Sanjna, que aún conservaba la forma de yegua, y comenzó a cortejarla bajo la apariencia de un caballo blanco, para demostrarle lo suave y gentil que podía ser. De estas relaciones tuvieron tres hijos: los gemelos Asvins, que tiran del carro del sol cada amanecer, y Revanta, rey de los Guhyakas, guardianes invisibles de los tesoros de Kuvera, dios de la riqueza. Sólo entonces reveló Surya su identidad a su esposa.

—Lo he sabido todo el tiempo —le confesó ella—, pero, como dios del sol, te tengo miedo y no volveré contigo.

Desolado, Surya acudió a casa de su suegro en busca de una solución.

—Entra en mi torno —le dijo Vishvakarma— y deja que te rebaje una octava parte de tu esplendor. Así Sanjna no tendrá nada que temer.

Surya aceptó sin vacilar y Vishvakarma redujo todos sus rayos en una octava parte. Sólo los pies seguían tan brillantes como antes. Entonces, Surya volvió junto a Sanjna y le dijo lo que había hecho. Conmovida por su sacrificio, Sanjna regresó con él a casa y a partir de entonces vivieron en armonía, mientras Chaya, el reflejo, les servía de doncella a modo de penitencia.

Yama, dios de la muerte

Yama, dios de la muerte, reinaba sobre los infiernos de Yamapur desde su enorme y tenebroso palacio, llamado Kalichi. Varias veces al día, se sentaba en el trono de los juicios para escuchar los testimonios de las almas recién fallecidas que le traían sus mensajeros, los Yama-dutas. Su secretario leía en un inmenso registro los actos del difunto y Yama decidía el destino del alma. Si había llevado una vida virtuosa, era transportada a los paraísos de Pitris o Svarga, donde gozaría de muchos años de placeres y comodidades antes de regresar al mundo con otro cuerpo. Si el alma pertenecía a un malvado, se la enviaba a uno de los veintiún infiernos, según la magnitud de sus pecados.

Yama era un gobernante justo, pero severo y malhumorado. Tenía la piel verde y vestía de rojo. En una mano empuñaba una enorme y temible maza, y en la otra un lazo con el que ataba a sus víctimas. Montaba siempre en un búfalo, y además de los Yama-dutas disponía de otros mensajeros: dos perros insaciables, con cuatro ojos cada uno y hocicos humeantes. Por lo general, se encargaban de vigilar el camino a Yamapur, pero muchas veces se acercaban a los mortales para llevarlos a presencia de su amo cuando llegaba el fin de sus días. En ocasiones, Yama enviaba un pájaro agorero para anunciar la muerte de una persona.

Yama no gozaba de mucha popularidad entre los demás dioses, que procuraban evitarlo porque su relación con la muerte provocaba miedo y dolor a los vivos. Viendo que los dioses rehuían su compañía, Yama procuró aliviar la soledad casándose con muchas esposas. Cierta vez, se enamoró de la hija de un brahmán, llamada Vijaya. Al principio, a Vijaya le asustaba aquel extraño dios, pero pronto se dio cuenta de que era justo y bondadoso, y que ejercía como juez de los difuntos a causa de la maldición que le impuso su padre, Surya, el dios del sol.

A pesar de las protestas de su padre, Vijaya sentía cariño y simpatía por Yama y se casó con él. Al poco tiempo de trasladarse a Kalichi para vivir con Yama, éste le dijo:

—Puedes moverte libremente por todo mi reino, a excepción del sector sur.

Vijaya exploró el palacio y los dominios de su esposo hasta que sólo le faltó por conocer el sector sur. Al principio obedeció a Yama y no se acercó allí, pero cuanto más pensaba en ello, más aumentaba su curiosidad.

«Debe de tener una esposa secreta allí —pensaba—. Una esposa a la que ama más que a las demás, y que mantiene aparte para tratarla con más generosidad.»

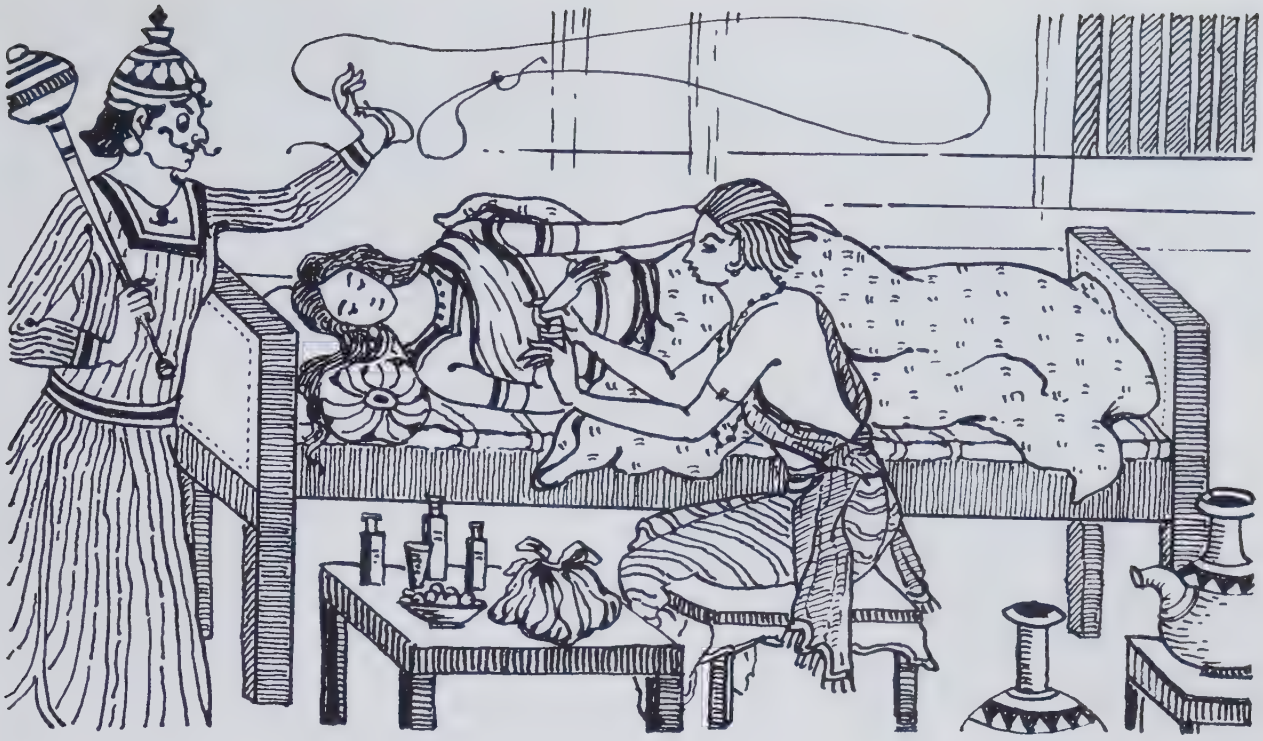
Cuando pasaba cerca de la zona prohibida, notaba un fuerte calor que emanaba de allí, y algunas veces oyó ruidos extraños, que no pudo identificar. A pesar de sus temores, Vijaya era una mujer valerosa y decidió investigar aquel lugar de una vez por todas. Atravesó un portal de llamas y se encontró en el infierno, donde contempló con horror los sufrimientos de las almas atormentadas, que gemían y chillaban. De pronto, oyó su propio nombre y se volvió para ver quién la llamaba. Y su espanto no tuvo límites al ver a su difunta madre sufriendo terribles castigos. Llena de angustia, volvió corriendo junto a Yama y le suplicó que dejara libre a su madre.

—Es imposible —replicó Yama.

Pero Vijaya insistió. Por fin, Yama le explicó que, si podía encontrar en la Tierra a alguien capaz de realizar un sacrificio especialmente penoso y transferir el mérito a la difunta, ésta se vería libre de las llamas del infierno. Vijaya consiguió encontrar una persona dispuesta y su madre quedó liberada.

Hubo otra mujer mortal de la que también se enamoró Yama. Adoptó forma humana para conseguir su mano, pero al poco tiempo descubrió que su nueva esposa era gruñona y quisquillosa. Su carácter empeoró aún más después de dar a luz un hijo llamado Yama-Kumara. Yama discutía con fruecuencia con su esposa mortal acerca del modo de criar al niño, pero ella se ponía tan violenta que al final él acababa accediendo a todo. Por último, Yama se sintió incapaz de soportar más su mal genio y regresó a su reino. Desde allí siguió vigilando a su hijo, que crecía al cuidado de la madre, incapaz de valerse por sí mismo. Una noche, Yama se le apareció y le prometió el don de la curación si estaba dispuesto a trabajar de firme y estudiar las plantas medicinales. Así lo hizo el muchacho, y al cabo de un año se convirtió en un experto médico.

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío —le dijo Yama—. Cada vez que te acerques al lecho de un enfermo, me verás allí. Si el paciente tiene curación, moveré la cabeza de arriba abajo; si



no tiene remedio, la moveré de un lado a otro. En este caso, te abstendrás de tratar al paciente.

El muchacho se mostró de acuerdo y pronto se hizo célebre por sus acertados diagnósticos y excelentes tratamientos. Varios años después, una princesa se puso muy enferma. Llegaron médicos de todas partes para intentar curarla, pero ninguno tuvo éxito. La princesa se iba debilitando cada vez más, hasta que por fin llamaron a Yama-Kumara.

Al acercarse al lecho, vio a su padre, con la maza y el lazo en las manos y mirando con furia a la muchacha enferma. Cuando Yama-Kumara lo miró, Yama sacudió la cabeza de lado a lado, indicando que la joven iba a morir. Y, por primera vez, el sanador se enfrentó con su padre.

—Es una muchacha joven y hermosa —arguyó—. ¿No puedes dejar que siga viviendo con su familia unos cuantos años más?

—Tres días —gruñó Yama—. Le concederé tres días más porque eres mi hijo y te has portado bien. Más vale que hables con sus padres para advertirles que le queda muy poco de vida.

Dando las gracias a su padre, Yama-Kumara se volvió hacia el rey y la reina, que no se habían percatado de la presencia y las palabras del dios.

—Majestades —dijo—, vuestra hija está muy enferma. Creo que sólo le quedan tres días de vida. Pero si sobrevive a estos tres días, vivirá muchos años —y diciendo esto, se sentó junto a la enferma y empezó a atenderla.

Cuando hubieron transcurrido los tres días, Yama acudió junto al lecho de la princesa dispuesto a llevársela, pero su hijo habló primero.

—Padre —dijo en tono de intriga—, si intentas llevarte a esta muchacha ahora, o en cualquier otro momento antes de que cumpla cien años, le diré a mi madre quién eres y cómo encontrarte.

Yama se quedó pálido como un muerto ante la mera mención del nombre de su esposa y comenzó a temblar. Cuando se recuperó de la impresión, contempló divertido a su hijo.

—Razonas bien, hijo mío —confesó—. Y como recompensa, te concedo la vida de la princesa.

En cuanto Yama se hubo marchado, las mejillas de la princesa recuperaron el color y los tratamientos empezaron a hacer efecto. Al cabo de una semana, el médico anunció a la familia que la joven estaba curada. El rey y la reina se alegraron tanto que casaron a su hija con el joven médico, y ambos vivieron felices muchísimos años.

Las grandes diosas

Las divinidades femeninas o shaktis fueron siempre reconocidas como esposas y colaboradoras de los dioses masculinos, pero hasta la Edad Media no recibieron adoración por derecho propio. Desde siempre se había creído que gran parte del poder de los dioses varones procedía de sus esposas, y que sin su ayuda los dioses no podían alcanzar su máximo poder creativo. A lo largo de los siglos, muchos de los poderes de los dioses se transfirieron a sus esposas, sin que éstas perdieran sus cualidades específicas. Con el tiempo, las diosas acabaron por ser consideradas casi más poderosas que sus esposos, y surgió una secta religiosa, denominada de los Shaktas, cuyos principales objetos de adoración eran Shakti (la Madre Universal), Savitri (la Sabiduría y el Aprendizaje) y Lakshmi o Shri (la Buena Suerte).

Las diosas resultan ideales para adorar; su corazón femenino las hace más accesibles y receptivas y, además de sus propios y considerables poderes, suelen poder recurrir a la ayuda de sus maridos.

Shakti es la diosa madre y se la ha adorado bajo muchas formas: Devi, Parvati, Mahamaya, Durga y Jagad-janini son algunos de sus otros nombres. Representa la sabiduría del universo, y por eso, cuando los dioses decidieron que el gran dios Siva necesitaba una esposa que lo ayudara, eligieron sin dudar a Shakti. Siva es el destructor y restaurador del universo, pero necesitaba una esposa que lo ayudara en sus tareas. Los dioses persuadieron a la diosa madre de que reencarnara como Sati, hija de Daksha, creador de la humanidad. Sati se dedicó al ayuno y la oración desde edad muy temprana, consciente de que tendría que demostrar su valía espiritual para que Siva la aceptara como esposa. Un día, después de un ayuno especialmente prolongado, se le acercó un hombre con el rostro oculto por una capa, que le reprochó su elección de marido.

—Siva es un sujeto de mala reputación —le dijo—. Se viste de harapos, ronda por los crematorios y los cementerios y se junta con duendes, trasgos y otros malos espíritus. Nadie sabe quiénes son sus padres. Tú eres la hija del creador de la humanidad. ¿Por qué no eliges un esposo mejor?

Sati se limitó a responder que todas las acciones de Siva poseían un profundo significado universal y, por lo tanto, estaban por encima de toda crítica. Al oír esto, el hombre dejó caer su capa y Sati vio que era el propio Siva.

—Me agradas, hija de Daksha —declaró—. Me casaré contigo.

Siva y Sati se casaron con gran ceremonia y se instalaron en Kailasa, la residencia de Siva, donde pasaron muchos años felices en mutua compañía, ayudándose en las tareas de mantenimiento del universo.

Sin embargo, a Daksha nunca le había gustado Siva y no perdía ocasión de ofenderlo. Por fin llegó un momento en que Sati no pudo tolerar más su conducta, y se arrojó a un fuego de sacrificio, prometiendo que sólo volvería a nacer si la engendraba un padre al que pudiera respetar. Siva reconstruyó el cuerpo de Sati a partir de sus cenizas y la estrechó en sus brazos.

—Eres mi energía, Sati —gimió—. Sin ti, soy poco más que un cadáver. Como esposo y señor tuyo, te pido que vuelvas a mí.

Pero la diosa madre había regresado a su forma original y no tenía ninguna intención de volver a nacer hasta que encontrara un padre adecuado. Siva se cubrió el cuerpo con las cenizas de Sati, se colgó al cuello un collar hecho con sus huesos y reliquias y se dedicó a vagar sin rumbo fijo, con el corazón destrozado.

Sin la supervisión de Siva y Sati, el universo empezó a caer en el caos, hasta que un día la diosa madre se apareció ante Siva, sentada en una nube, rodeada de un aura resplandeciente y cubierta de flores y joyas.

—He vuelto a renacer, esposo mío —dijo la diosa—, y pronto me reuniré contigo. En realidad, nunca he estado lejos de ti y nunca lo estaré.

Siva experimentó un profundo alivio al oír esto y volvió a concentrarse en mantener la armonía del mundo.

Esta vez, Shakti escogió como padres al noble caudillo de las montañas, Hemavata, y a su esposa, la hermosa Mena, hija del monte Meru. La diosa madre adoptaba un nuevo nombre cada vez que reencarnaba, y esta vez el nombre elegido fue Parvati. Poco después de su nacimiento, una voz celestial la exhortó a practicar el ayuno y la oración para atraer la atención de Siva, pero Parvati confiaba que Siva acudiría a ella por propia iniciativa. Era joven y hermosa, y sabía lo mucho que el gran dios había llorado por ella. Sin embargo, Siva había reasumido su tarea de mantener el mundo, y ello exigía una profunda concentración, que sólo podía romperse con el poder de las oraciones más intensas. Por ello no se fijó en Parvati, y aun cuando ésta se dio cuenta y empezó a hacer penitencia, no logró distraer la atención de Siva.

Los demás dioses comprendieron que era necesaria su ayuda, y quien mejor podía ayudar era Kamadeva, dios del amor. Kamadeva voló montado en su loro hasta la casa de Siva, llevando consigo a su esposa Reva, encarnación de la pasión. La pareja esperó el momento más adecuado para actuar. Pronto se acercó Parvati, vestida con corteza de árbol, con el pelo desordenado, el cuerpo cubierto de cenizas y llamando a Siva con desesperación. Siva se distrajo un momento, a causa del poder de las oraciones de Parvati, y en aquel instante Kamadeva tensó su arco de caña de azúcar, con la cuerda formada por una hilera de abejas, y disparó una flecha con una flor de amor en la punta. La flecha dio en el blanco, consiguiendo así revivir el amor de Siva por su esposa.

Siva se casó con Parvati y todos los dioses participaron en el fastuoso cortejo nupcial. Las criaturas de los mundos celestiales arrojaron tantas flores al paso de la pareja, que ésta caminaba con flores hasta las rodillas. Parvati no se volvió a separar de Siva y ambos vivieron felices en su hogar de Kailasa, guiando la marcha del universo.

Durga y Kalí

Aunque por lo general Parvati se muestra tan dulce y afectuosa como cabe esperar de una diosa madre, su esposo, Siva, es el señor de los demonios, trasgos y otros espíritus malignos, y también ella tiene un lado oscuro en su personalidad. Una de las encarnaciones en las que se la adora es la de Durga, la feroz diosa guerrera.

Durga es hermosa y serena, y marcha al campo de batalla cabalgando en un león. Tiene diez brazos, cada uno de los cuales empuña un arma que le han dado los dioses, y su único deseo es destruir demonios, atravesándoles el corazón con una lanza.

Otra de sus encarnaciones es Kalí, que suele representarse con la piel negra y la lengua roja.

Kalí tiene cuatro brazos. Con el primero empuña una espada, el segundo sostiene la cabeza de un gigante, y los otros dos se agitan ante sus adoradores. Se adorna con un collar de calaveras y pendientes hechos con cadáveres, y su falda está formada por manos de malhechores muertos.

La victoria más famosa de Durga y Kalí fue la obtenida sobre los gigantes Sumbha y Nisumbha, cuyos ejércitos fueron en cierto momento tan poderosos como para derrotar a los propios dioses.

Los dioses pidieron a Siva que los ayudara contra los gigantes, pero los gigantes eran adoradores de Siva y éste se negó a ayudar, aunque sugirió a los dioses que recurrieran a Parvati.

Los afligidos dioses se dirigieron a la diosa madre, y el corazón de ésta se ablandó. Entonces, apareció sobre un rayo de luz y prometió destruir a todos los gigantes, convirtiéndose en Durga.

Bajo la forma de Durga, la diosa guerrera, cabalgó a lomos de su león hasta la guarida de los gigantes, en lo alto del Himalaya, y allí los desafió.

Un gran ejército de gigantes respondió al desafío, pero ella los derrotó fácilmente y luego los devoró como si fueran frutos secos. Los gigantes Sumbha y Nisumbha, que habían observado la batalla a prudente distancia, se lanzaron contra ella al frente de un segundo ejército, capitaneado por el gigante Raktavija. Los dioses se estremecieron ante los horrores que se avecinaban, pero las diosas no se asustaron y bajaron a la Tierra en ayuda de Durga, que atacó ferozmente a Raktavija con sus diez mortíferas armas. El gigante cayó malherido, pero de cada gota de su sangre derramada surgieron mil gigantes tan fuertes como él; Durga se vio al borde de la derrota.

En un esfuerzo desesperado por lograr la victoria, Durga se dividió en dos. Una parte se convirtió en Kalí, la de los cuatro brazos, que se bebió las gotas de la sangre del gigante antes de que llegaran a tocar el suelo. Poco después, Raktavija estaba muerto, y las demás diosas acabaron con los gigantes que quedaban. Por fin, Durga se lanzó contra Sumbha y Nisumbha, a los que derrotó tras un atroz combate. Las diosas llenaron el cielo de alabanzas a Durga, la heroína celestial que los había salvado a todos.

Lakshmi, diosa del amor, la suerte y la fortuna

Lakshmi es, probablemente, la más popular de las diosas, porque se la considera especialmente próxima a los humanos, preocupada por todos, sin que le importe el pasado ni las acciones de cada uno. Es como una mujer, perfecta en muchos aspectos, pero vulnerable a los halagos y la adoración. Cuando se deja convencer por sus adoradores, les concede dones de amor, riqueza y buena suerte, que al fin y al cabo son las cosas más deseables del mundo. Pero aunque resulta fácil atraer sus favores, nada impide que se deje tentar por otro adorador que grite más alto o se muestre más adulador que el primero. Y cuando ella se va, sus dones suelen irse con ella, aunque no siempre es así. A causa de su volubilidad, se la acabó denominando Chanchal, «La Inconstante».

Durante el festival de Divali, en octubre o noviembre, Lakshmi recorre la Tierra buscando un lugar donde pasar la noche y otorgar sus dones. En toda la India se encienden miles de lámparas de aceite, que se colocan alrededor de las casas, en los tejados, e incluso flotando en las charcas y arroyos, con el fin de atraerla. Todo el territorio indio parece un

país fantástico, centelleando en homenaje a esta adorable diosa, que nunca se queda mucho tiempo con nadie y sigue vagando eternamente.

En los comienzos de la creación, los dioses notaron que sus poderes estaban empezando a desvanecerse a causa de una maldición lanzada por un hechicero, y acudieron a consultar al dios supremo, Visnú, quien les aconsejó que batieran el océano celestial para así obtener un néctar vitalizador. Los dioses siguieron el consejo, y pronto las olas comenzaron a agitarse; y flotando en lo alto vieron una flor de loto. De esta forma salió la diosa Lakshmi y, al revelarse su belleza, hasta los cielos entonaron canciones de alabanza y las danzarinas celestiales bailaron para ella.

Todos los ríos y arroyos del mundo fluyeron hacia ella, y los elefantes celestiales absorbieron las cristalinas aguas con sus trompas para bañar a la exquisita diosa. Cuando hubo concluido su baño, Lakshmi se vistió con ropas y adornos cuya belleza desafía toda descripción. Entonces el océano le ofreció su regalo particular: una guirnalda de capullos perfumados que jamás se marchitan.

Lakshmi era joven y muy bella, de piel dorada con cierto brillo nacarado. Sus ojos, grandes y luminosos, tenían forma de loto. Los largos y ondulados cabellos negros le llegaban hasta las rodillas. Llevaba tantas joyas que resultaba una visión deslumbrante cuando salió de la espuma del océano y se acercó a Visnú para abrazarlo, haciendo que todos los dioses y demonios suspirasen de envidia y deseo.

Lakshmi nació exclusivamente para ser esposa de Visnú y, aunque los demás dioses la deseaban, se mantuvo fiel a su esposo y renació numerosas veces para acompañar a las reencarnaciones de Visnú, dando lugar en cada ocasión a una gran historia de amor.

Cuando Visnú se encarnó con la forma del enano Vamana, ella nació como Kamla; cuando él se encarnó en Parasu-Rama, ella lo hizo como su esposa Dharini; cuando él fue Rama, ella fue Sita; y cuando él fue Krishna, ella fue Rukmini. Es decir, cada vez que Visnú reencarnaba en forma humana, Lakshmi aparecía como su esposa humana; y cuando él era un dios, ella era una diosa.

Visnú es el eterno macho y Lakshmi la hembra universal.

Sarasvati, diosa de la sabiduría

El río Sarasvati, en el norte de la India, es la encarnación terrenal de Sarasvati, diosa de la sabiduría, que inventó el idioma sánscrito y la escritura devanagari, en la que se escriben el sánscrito, el hindú y otros idiomas indios. Es también la patrona de las artes, las ciencias y el lenguaje. En su aspecto de río, Sarasvati preside los festivales religiosos y otorga fertilidad, fuerza y sabiduría a la Tierra y a sus habitantes.

Sarasvati es eternamente joven, de elevada estatura, piel clara y tiene cuatro brazos. Acostumbra a sentarse sobre una flor de loto, y toca un instrumento de cuerda llamado vina, que al parecer inventó ella misma. En otras ocasiones se la representa de pie al lado de su esposo, ofreciéndole un loto con una mano derecha. En la otra mano derecha sostiene un libro de hojas de palma, como símbolo de su amor a la cultura. En las manos izquierdas lleva un tambor y un rosario de perlas.

Sarasvati es la esposa de Brahma, el Espíritu Supremo, y vive con él en Brahmalok. Se dice que Brahma hizo crecer sus cabezas adicionales para poder mirarla estuviera donde estuviera, de tanto como la amaba. Pero el matrimonio no siempre ha sido apacible. En cierta ocasión, Brahma se encontraba preparando un importante sacrificio religioso y envió un mensajero en busca de Sarasvati, que se retrasaba en llegar.

—No estoy vestida —respondió Sarasvati—, y además tengo varias cosas que hacer antes de que pueda participar en el sacrificio de Brahma. Asistiré más tarde, en compañía de Lakshmi, Parvati e Indrani, esposas de los otros dioses.

El mensajero regresó a informar a Brahma de la respuesta de su esposa. El dios se indignó ante la arrogancia de Sarasvati, sobre todo porque el sacrificio debía realizarse en un momento adecuado y preciso. Se volvió a Indra y le dijo:

—Ve a buscar una sustituta para Sarasvati, pues no puedo llevar a cabo el sacrificio sin una esposa a mi lado.

Indra partió a cumplir la orden y, habiendo encontrado una lechera muy bella y piadosa llamada Gayatri, le dijo que la necesitaban como esposa para Brahma y la llevó a Brahmalok, donde la vistieron con lujosos ropajes, deco-

rados con maravillosas gemas, y la sentaron en el púlpito nupcial, con la aprobación de los dioses.

La ceremonia matrimonial estaba a punto de concluir cuando llegaron Sarasvati, Lakshmi, Parvati e Indrani en una carroza tirada por un cisne celestial. Cuando las cuatro diosas descendieron del carruaje, Sarasvati descubrió con asombro que Brahma acababa de casarse con otra, y se enfureció tanto que reprendió a su esposo en público:

—¿Es posible que tú, Brahma, padre de los dioses y sabios, seas capaz de tomar una segunda esposa, viviendo aún la primera? ¿Y, además, en presencia de todos estos dioses y santos?

Abochornado, Brahma explicó que se había casado con Gayatri sólo porque necesitaba una esposa para el sacrificio y Sarasvati se había negado a acudir.

—Perdóname esta ofensa, Sarasvati, y nunca volverás a sufrir otra.

Pero la diosa no estaba satisfecha.

—Poseo muchos poderes, logrados mediante el estudio y la concentración, y voy a utilizarlos para maldeciros a ti y a tus cómplices en esta fechoría. Tú, Brahma, el Espíritu Supremo, no serás nunca adorado en ningún templo ni lugar sagrado, excepto una vez al año. Tú, Indra, rey de los dioses, serás derrotado y encadenado por tus enemigos, que ocuparán tu reino de Svarga.

A continuación, la diosa se volvió hacia Visnú.

—Tú, Visnú, por muy dios que seas, nacerás diez veces entre los hombres. En una de tus vidas, tu mujer será violada y sufrirás la angustia de verte separado de ella. En otra encarnación, te verás condenado a vagar durante años como un humilde pastor. Y tú, Siva, Creador Supremo, jamás tendrás hijos.

Tras pronunciar estas maldiciones, Sarasvati abandonó la reunión en compañía de Lakshmi, Parvati e Indrani. Cuando se hubieron alejado un trecho, las otras diosas dijeron que querían regresar con sus maridos. Sarasvati, que seguía muy enfurecida, se volvió contra ellas.

—Id, pues —gritó—. Pero no os iréis sin vuestras maldiciones. Tú, Lakshmi, diosa de la buena suerte, vagarás eternamente, y tendrás fama de voluble y de persona que favorece a los malvados y avariciosos con preferencia sobre los buenos y verdaderamente necesitados. Tú, Indrani, sufrirás el acoso amoroso del rey Nahush, que ocupará el trono de Svarga mientras tu esposo se encuentra sufriendo lejos del hogar.

Luego se volvió con ira hacia Parvati, la diosa madre, pero carecía de poder para maldecirla, por lo que se dirigió de nuevo a las demás:

—Todas os quedaréis estériles y no podréis concebir hijos.

Y con estas palabras se alejó.

Cuando regresaron al punto de reunión, las diosas encontraron a sus esposos y al resto de los invitados tan perplejos como ellas. Todos se habían olvidado de la pura y virtuosa lechera Gayatri, hasta que ésta tomó la palabra:

—No soy rival para la gran Sarasvati —dijo humildemente—. Lo que ella ha decretado tendrá que suceder. Pero dispongo de algún poder mágico y puedo modificar sus maldiciones para que os causen un mínimo de sufrimientos. Señor Brahma: aunque sólo serás adorado en los templos una vez al año, tus adoradores se integrarán en ti al morir y se te reconocerá como Espíritu Supremo. Tú, señor Indra, tendrás que sufrir las indignidades a que Sarasvati te ha condenado, pero tu esposa te salvará y volverás a reinar para siempre en Svarga. La esposa de Visnú le será arrebatada en su sexta encarnación, pero regresará a él pura y casta; y en todas sus demás reencarnaciones, ella renacerá también y serán esposos inseparables. Cada reencarnación de Visnú redundará en beneficio de la humanidad y servirá para destruir el mal. Siva será estéril, pero en todas partes le adorarán como símbolo de fertilidad. Y, además, se le alabará en toda la India y todos los hombres desearán ser como él.

Hizo una pausa, fijando la mirada en los rostros ansiosos de las diosas.

—No tendréis hijos como los tienen las mujeres mortales, pero no los echaréis en falta en ningún momento, pues vuestros hogares y vuestros corazones se verán colmados en otros muchos aspectos.

Así fue como Sarasvati alteró el destino de los principales dioses y diosas.

Con el tiempo, perdonó a Brahma y volvió a vivir a su lado, pero pasó mucho tiempo en el mundo de los humanos, que la siguen adorando como diosa del conocimiento y la sabiduría.

Santones de la India

Según la tradición hindú, cuando Brahma, el Espíritu Supremo, decidió poblar la Tierra con seres humanos, creó siete «rishis» o santos con sus ondas mentales, a los que aún podemos ver en la constelación que llamamos Osa Mayor, mientras que sus esposas forman la constelación de las Pléyades, próxima a la Osa. Los rishis crearon siete «manús» o salvadores en siete eras del mundo, y de ellos nacieron todos los seres vivos.

En la mitología hindú abundan los relatos acerca de estos santos, y también existen numerosos mitos, leyendas y narraciones populares acerca de los fundadores y maestros de otras religiones que nacieron o prosperaron en la India. Una de estas religiones es el Jainismo, que se inició en la India unos seis siglos antes de Cristo. Sus seguidores creen que existen innumerables almas que viven en diferentes partes del universo, según el nivel de sus méritos. Las almas pueden alojarse en piedras, plantas, insectos y otros animales, además de en las personas, y por eso los jainistas sienten un gran respeto por todas las formas de vida. El fundador del Jainismo fue un hombre llamado Vardhamana.

Vardhamana, a quien más tarde se conoció como Jina el Victorioso, nació hacia el año 599 a. de C. en una región del nordeste indio llamada Besarh. Se cuentan sobre él muchas leyendas, pero sin duda se trata de una figura histórica. Cuando nació, la sociedad estaba dividida en diferentes castas, siendo las más elevadas la de los brahmanes (religiosos) y la de los kshatriyas (nobles guerreros); todo aquel que violase las leyes del sistema de castas se exponía a un severo castigo. La gente tenía que vivir en determinadas zonas de los pueblos y ciudades, según la casta a la que perteneciera; los barrios estaban tan estrictamente definidos que constituían casi aldeas autosuficientes.

Vardhamana nació en la próspera zona de los kshatriyas de la ciudad de Kundigram, en Besarh. La zona estaba gobernada por un parlamento formado por los jefes de todos los clanes kshatriyas, dirigidos por un rey, el cual tenía una hija, llamada Trishali, casada con un jefe llamado Siddharta.

Una noche, Trishali soñó con un elefante blanco y resplandeciente: esta criatura mágica se aparecía a todas las madres destinadas a dar a luz una persona especial, denominada Trithankara, alguien capaz de guiar a los pueblos por los turbulentos mares de la vida. Tras el elefante, vio una serie de imágenes, entre ellas un toro blanco, la diosa Sri, que representaba la felicidad del niño,

y el sol rojo, que simbolizaba que el niño alcanzaría el conocimiento perfecto. Cuando Trishali comentó su sueño con su marido, éste hizo llamar a los mejores intérpretes de sueños, que explicaron que Trishali sería madre de un hijo perfecto, que traería para siempre al mundo la luz del conocimiento.

Mucho antes de los sueños de Trishali, el dios Indra había descubierto que en la Tierra iba a nacer un santo maestro. Su madre iba a ser la esposa de un pobre brahmán, pero Indra, para evitar que semejante niño naciera en la pobreza, transfirió el niño nonato al vientre de Trishali. La suerte de Trishali y Siddharta mejoró considerablemente a partir del momento de la concepción, por lo cual decidieron llamar al niño Vardhamana, que significa «aumento o ganancia».

Desde su más tierna infancia, Vardhamana dio muestras de gran sabiduría, valor y destreza física. En cierta ocasión, se encontraba jugando con sus amigos en un parque cuando apareció un elefante desbocado. Todos se apartaron corriendo, excepto Vardhamana, que se acercó tranquilamente al animal enloquecido y lo calmó; a continuación, agarró la trompa del elefante y subió decididamente a su lomo. En otra ocasión, estando subido en un árbol, un dios secundario lo atrapó por los hombros y echó a volar con él para asustarlo. El niño, sin asustarse, agarró con una mano el pelo del dios y con la otra le dio un golpe tan fuerte que el dios lanzó un grito de dolor y volvió a posar al niño en el árbol. Los demás dioses encontraron divertida la hazaña del niño y le pusieron de sobrenombre Mahavira, que significa «el valiente conquistador».

Vardhamana decidió muy pronto que quería abrazar la vida solitaria de un asceta, pero no quería afligir a sus padres, que sin duda se apenarían por su decisión, de modo que optó por llevar una vida corriente. Se casó y tuvo una hija, pero sus padres murieron cuando él tenía veintinueve años, y Vardhamana decidió confiarle sus deseos a su hermano mayor. Dado que en las familias de los gobernantes eran frecuentes los pleitos por derechos de herencia, el hermano le pidió que aguardara un año más, para evitar que la gente pensara que habían disputado. Así pues, un año más tarde (hacia el 570 a. de C.), Vardhamana se preparó para pronunciar los votos religiosos y convertirse en monje.

El príncipe ayunó durante dos días y medio, rechazando incluso el agua. Luego regaló todas sus posesiones y se encaminó a su ceremonia de iniciación. Vardhamana había decidido pronunciar los votos bajo un árbol azoka, en un gran jardín público situado en las proximidades de Kundigram. Los propios dioses asistirían a su ceremonia de iniciación, en la que vestiría una magnífica túnica, regalo de Indra. Al salir de su casa en dirección a los jardines, un brahmán que no había estado presente cuando Vardhamana había regalado sus posesiones se le acercó a reclamar su parte. Apenado por no tener nada que regalarle, Vardhamana rasgó su magnífica túnica por la mitad y le dio una parte al brahmán. Luego, continuó su camino.

Cuando llegó al árbol azoka, subió al trono orientado al este que habían preparado para la ceremonia y regaló sus últimas vestiduras a los espectadores. En lugar de afeitarse el pelo de la cabeza, como era costumbre de los ascetas, se lo arrancó de raíz, para demostrar que no sentía apego por su cuerpo. Los monjes jainistas han seguido su ejemplo hasta nuestros días. Al contemplar este gesto, el propio Indra descendió a recoger los cabellos y llevarlos a sitio seguro.

Comenzaron entonces largos años de penitencia y oración, en busca de la iluminación y la virtud. Vardhamana recorrió de este modo bosques y aldeas, pero a pesar de la santidad de su vida el conocimiento perfecto seguía escapándosele. Durante esta época logró dominar por completo las sensaciones físicas. Un día que se encontraba al borde de un camino, unos pastores decidieron gastarle una broma pesada. Prendieron fuego entre sus pies y, cuando vieron que no parecía sentir el calor, le clavaron clavos en los oídos; pero ni siquiera eso consiguió distraerlo.

A estas alturas, Vardhamana había perdido todas sus ropas y, puesto que no las necesitaba ni física ni emocionalmente, no se preocupó de conseguir otras. Todavía existe en la actualidad una secta de monjes jainistas, en el sur de la India, que no usan ropa alguna. Así pues, Vardhamana continuó viajando desnudo. Sólo se detenía en un lugar durante la estación de las lluvias; entonces permanecía bajo techo cuatro meses, con el fin de evitar pisar las plantas nuevas que hubieran crecido con la lluvia.

Tras doce largos años de búsqueda, Vardhamana se sentó un día a rezar bajo un árbol en una aldea llamada Samak. Mientras rezaba, le llegó por fin la iluminación y comprendió que su mensaje estaba destinado a todos los seres humanos sin importar dónde o cuándo vivieran. Se convirtió en Jina, Conquistador de la Verdad. Poco después empezó a enseñar lo que había aprendido. Su mensaje era sencillo: el linaje y la casta no tienen importancia; lo que importa es dominar los deseos materiales, con el fin de poder escapar de las Cosas Terribles —el nacimiento y la muerte— que oprimen implacablemente al alma. Todos los seres tienen derecho a la vida, por lo que estaba prohibido matar a ningún ser vivo, hasta el punto de no permitirse ni siquiera comer raíces.

Los primeros seguidores de Vardhamana fueron reyes y nobles, encantados de que uno de los suyos desafiara el poder de los sacerdotes brahmanes. Vardhamana predicó durante cuarenta y un años, y se dice que viajaba en compañía de catorce mil discípulos y que acudían a oírle enormes multitudes.

A los setenta y dos años de edad, Vardhamana visitó la población de Papa, en la región de Patna (llamada actualmente Pavapuri, y todavía muy importante para los jainistas). Una enorme muchedumbre se había congregado para escucharlo, y el maestro se sentó en un trono de diamantes que le habían construido los reyes convertidos en discípulos suyos. Impartió cincuenta y cinco lecciones, que duraron seis días con sus noches, y los mismos dioses descendieron a escuchar, haciendo que el local brillara con la fabulosa luz de su presencia. Al llegar la mañana del séptimo día, el gran maestro supo que se acercaba la hora de su muerte. Se puso a meditar y pasó tranquilamente al otro mundo.

Cuando sus discípulos volvieron a mirar el trono, vieron que allí no había quedado nada del maestro, a excepción de las uñas, que recogieron e incineraron con gran ceremonia, junto con los cabellos que había conservado Indra. Entonces los reyes ordenaron que se encendieran cientos de lamparillas para sustituir en cierta medida la luz del conocimiento de Vardhamana. Hay quien asegura que éste fue el origen del Divali, o festival de las luces, que celebran tanto los jainistas como los hindúes.

Siddharta, el Buda

El Budismo, una de las grandes religiones del mundo, nació, como el Jainismo, en el norte de la India y en el siglo VI a. de C. Su fundador, Siddharta, predicaba que todos los hombres son iguales y que incluso los de casta más baja pueden escapar al ciclo constante de reencarnaciones si son buenos y generosos. También afirmaba que la mayoría de los sufrimientos de esta vida se deben al deseo de cosas triviales. Para librarse de la infelicidad es preciso liberarse de estos deseos, siguiendo un sistema de meditación y conducta disciplinada. Siddharta pasó a ser conocido como el Buda, y sus seguidores creen que su espíritu era uno de los que habían alcanzado la liberación del ciclo de reencarnaciones, pero decidió regresar a la Tierra en forma humana para mostrar a la humanidad el camino de la salvación. Esta es la historia de su renacimiento.

El espíritu del Buda se sentía inquieto en el Cielo. Había llegado la hora de regresar a la Tierra después del breve descanso que se concedía entre sus sucesivas vidas en la Tierra, adonde siempre volvía para enseñar al mundo el camino de la iluminación. En esta ocasión, dijo a sus asistentes que había elegido como madre a la reina Mahamaya, esposa del rey Sudhodhana, que reinaba en Kapilavastu, en el actual Nepal. La reina fue transportada a un lugar celestial del Himalaya, para ser limpiada y purificada.

Entonces el espíritu del Buda se le apareció en forma de nube iluminada por los rayos de la luna, llevando un loto y dando tres vueltas alrededor de Mahamaya antes de penetrar en su cuerpo. En aquel momento, se oyó una música maravillosa tocada por instrumentos que sonaban sin ayuda de manos humanas ni divinas, los árboles florecieron y los ríos interrumpieron su curso para contemplar el milagro.

A la mañana siguiente, Mahamaya le contó a su marido lo sucedido. Ambos creyeron que se había tratado de un sueño y consultaron a los astrólogos para averiguar su significado. Estos les dijeron que pronto tendrían un hijo.

—Tendrá ocasión de ver la vejez, la enfermedad, la muerte y a un ermitaño, y todos ellos le afectarán tan profundamente que abandonará el reino y se convertirá en monje en busca de iluminación. Acabará encontrándola y se convertirá en el supremo Buda, el Iluminado.

Durante su embarazo, el cuerpo de Mahamaya se volvió transparente como el cristal, de modo que se podía ver al niño creciendo en su interior. En el décimo mes lunar, la reina partió hacia el reino de sus padres, pues era costumbre que las mujeres dieran a luz en casa de su madre. Sin embargo, mientras iba de camino se sentó a descansar en un jardín y allí mismo se produjo el parto. En el suelo, donde habían colocado al niño para que la madre lo viera, creció un loto. Siete días después, Mahamaya fallecía, y el afligido Sudhodhana recordó la profecía de los astrólogos. Aterrado por la perspectiva de que su hijo lo abandonaría algún día, construyó tres palacios que llenó con todos los placeres del mundo, y prohibió toda alusión a la enfermedad, la pobreza y la miseria. Los palacios estaban rigurosamente vigilados, y el joven príncipe, llamado Siddharta, nunca sintió deseos ni necesidad de salir de ellos. Siddharta creció sin ningún recuerdo de sus anteriores encarnaciones, se enamoró y se casó con una hermosa aristócrata llamada Yashodhara. Vivieron felices en los tres palacios, pero por fin Siddharta empezó a sentir inquietud y deseos de descubrir lo que había más allá de sus muros.

De mala gana, el rey accedió a los deseos de su hijo, pero el día previsto para la salida de éste el rey ordenó que todos los pobres y enfermos se mantuvieran fuera de la vista del joven príncipe, para que éste siguiera ignorando la existencia del sufrimiento y el dolor. Sin embargo, los dioses sabían que Siddharta tenía que cumplir con su destino, y un dios secundario se cruzó en su camino bajo la forma de un anciano decrépito, con el cuerpo carcomido por la edad y las enfermedades y que apenas podía respirar. Asombrado, Siddharta preguntó a su cochero, Channa, qué era aquello.

—Un anciano —respondió Channa. Y cuando Siddharta le preguntó qué significaba la palabra, Channa tuvo que explicarlo.

Otro día, Siddharta vio a un tullido, y más tarde un cadáver en un entierro. Cuando Channa le hubo explicado el significado de todo aquello, el príncipe preguntó:

—¿Es que todos tienen que morir?

—Sí —respondió Channa.

El príncipe estaba perplejo. ¿Qué sentido tenía la vida si no se podía escapar de las enfermedades, la vejez y la muerte? Mientras se preguntaba tales cosas, vio a un yogui pidiendo limosna.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—He renunciado al mundo —explicó el yogui—, para encontrar la paz eterna y escapar del odio, la codicia y el deseo de comodidades físicas.

—Pero ¿cómo puedes encontrar la paz sin estar cómodo? —preguntó Siddharta, confuso.

—Las cosas mundanas tienen una vida corta —replicó el yogui—. Renunciando a todas ellas espero alcanzar la libertad eterna en otro mundo.

Siddharta quedó tan afectado por las palabras del yogui que regresó inmediatamente a su palacio y le dijo a su padre que había decidido convertirse en asceta. Ni el rey ni nadie pudieron hacerle cambiar de opinión. Ni siquiera el nacimiento de un hijo lo hizo vacilar.

Una noche hizo llamar a su cochero y le ordenó:

—Prepárame mi caballo Kantak. Pienso partir hoy para seguir mi camino.

Channa suplicó a Siddharta que se quedara para ser emperador, pero el príncipe se mantuvo firme. Acudió por última vez a la habitación de Yashodhara, con la intención de estrechar en sus brazos a su mujer y su hijo, pero comprendió que así no haría sino aumentar su dolor y se contentó con mirarlos mientras dormían. Luego salió del palacio. En cuanto montó sobre Kantak, los espíritus elevaron al caballo por los aires, para que el ruido de sus pezuñas no despertara al reino dormido. Cuando llegaron a la frontera, Siddharta desmontó para despedirse de Channa y Kantak y agradecerles que le hubieran servido con tanta lealtad, y prosiguió su camino solo. En su recorrido se cruzó con un pobre cazador y cambió su principesco atuendo por los humildes vestidos del cazador. Ya estaba listo para emprender la búsqueda de la respuesta a su pregunta: ¿Cómo puede librarse el mundo del eterno ciclo de nacimientos y muertes, y del sufrimiento y el dolor?

Siddharta ingresó en dos monasterios diferentes, pero no encontró allí lo que buscaba, y siguió viajando hasta instalarse en los bosques cercanos a la aldea de Gaya. Como hacen todos los santones, renunció a todo alimento, con excepción de unos pocos granos de mijo. Naturalmente, con este régimen fue adelgazando y debilitándose, y Siddharta comprendió que dicha debilidad lo alejaba de su objetivo, en vez

de acercarlo, por lo que decidió comer y ponerse fuerte. En aquel preciso momento, Sujata, hija del jefe de la aldea, soñó que debía preparar un plato de arroz con leche para ofrecérselo al santón en una bandeja de oro. Así lo hizo, y Siddharta aceptó la comida, reconociendo la bandeja de oro como un buen presagio. Después de haber comido, Siddharta se encaminó hacia un árbol conocido como Arbol de la Sabiduría, seguido por una larga procesión de animales, pájaros y espíritus atraídos por su santidad.

Mientras tanto, por otra dirección, Mara, el dios del mal, marchaba contra Siddharta a la cabeza de su espantoso ejército de monstruos con aliento de fuego, serpientes devoradoras de hombres y demonios que bebían sangre y masticaban huesos. Algunos tenían cien bocas hambrientas, otros presentaban miembros deformes y colgantes. Todos iban armados con mazas, lanzas y arcos y protegían sus cuerpos con armaduras. Siddharta vio el terrorífico ejército que se aproximaba, pero siguió andando con serenidad y se sentó al pie del árbol, jurando no levantarse hasta haber alcanzado la iluminación completa.

Viendo que Siddharta no tenía miedo, Mara se retiró y le envió un mensaje, diciendo que el primo de Siddharta pretendía apoderarse de su reino; pero la noticia no hizo sino afirmar a Siddharta en su decisión de renunciar al mundo del dolor y el sufrimiento. Entonces Mara envió a sus tres hermosas hijas para que tentaran a Siddharta, pero éste no mostró interés por los placeres que se le ofrecían. Furioso por el fracaso de sus planes, Mara montó en su elefante de guerra y arrojó contra Siddharta su terrible disco, pero el arma, que podía partir en dos una montaña, se limitó a volar hasta Siddharta y se detuvo sobre su cabeza, negándose a herirlo. Entonces Mara se acercó en persona a Siddharta.

—Vete de aquí —rugió.

Pero el príncipe respondió con calma:

—Este puesto me pertenece; lo he ganado a base de numerosos renacimientos y mucha meditación. ¿Por qué habría de entregártelo a ti, que no reúnes ningún mérito?

—Tengo más méritos que tú —gritó Mara, ordenando a su ejército que confirmara sus palabras.

—Damos testimonio de Mara— gritaron los monstruos a coro.

Pero Siddharta sabía que aquellos testigos no eran imparciales, de modo que tocó el suelo y le pidió su testimonio.

Y de pronto, la propia diosa de la Tierra apareció ante ellos en todo su esplendor.

—Yo doy testimonio de Siddharta —declaró con una voz que retumbaba como un tambor celestial.

Aterrados y convencidos, Mara y sus demonios se retiraron y no volvieron a molestar a Siddharta.

Siddharta permaneció meditando al pie del árbol siete días con sus noches, hasta que recordó a la perfección sus encarnaciones anteriores y quedó completamente iluminado. Comprendió con toda claridad el significado de la vida y la fe, y se convirtió en el supremo Buda.

Cuarenta y nueve días después, empezó a predicar su mensaje. A lo largo de sus viajes, convirtió a su familia y a los habitantes de Kapilavastu, y con el tiempo comenzó a admitir mujeres como monjas de su orden.

Durante cuarenta y nueve años, recorrió la Tierra, predicando y viviendo de limosnas. Pero un día aceptó un plato de cerdo de un devoto herrero. La comida estaba contaminada

y el Buda cayó enfermo. Sabiendo que se aproximaba la muerte, se encaminó a la ciudad de Kushinagar, y allí explicó a su principal discípulo que no debía culparse al herrero, pues había demostrado que nadie puede escapar a la enfermedad, la vejez y la muerte. Por esta razón, su ofrenda tenía tanto mérito como la de Sujata, la hija del jeje de aldea.

Entonces el Buda se acostó en un diván instalado en una arboleda y envió mensajes a los reyes de los reinos vecinos, para que acudieran a verlo por última vez. Miles de personas se congregaron allí y, en el momento de su tránsito, el Buda les dijo que incluso los más humildes podían alcanzar el cielo si se esforzaban lo suficiente.

Se envolvió su cuerpo en los más finos brocados y lo colocaron en la pira funeraria, pero nadie se sentía capaz de prenderla fuego. Entonces el fuego brotó espontáneamente, y cuando las llamas se apagaron no quedó más que un montón de reliquias, que resplandecían como diamantes y perlas. Todavía se veneran en santuarios de la India los pómulos, los dientes y el cráneo del Buda, y su mensaje se ha extendido por el mundo entero. Millones de budistas siguen su doctrina en nuestros días.

Los sijs: el gurú Nanak

La religión sij es muy importante en el norte de la India y, sobre todo, en el estado del Punjab. Combina elementos del Hinduismo y del Islam, y fue fundada en el siglo XVI por el gurú Nanak.

Kalu era un funcionario que vivía en la aldea de Talvandi, al oeste de Lahore. En 1469, su esposa dio a la luz un niño al que llamaron Nanak. Millones de dioses acudieron a contemplar al recién nacido, al igual que muchos héroes y sabios legendarios.

—Ha venido al mundo un gran hombre —declararon—. Rindámosle homenaje.

La predicción resultó acertada, y en la actualidad la aldea de Talvandi se llama Nankana Sahab, en memoria de Nanak.

Durante su infancia, Nanak jugaba con los demás niños, pero ya le preocupaba la religión. Creía que sólo existía un único Dios, y deseaba saber más de Él. Al hacerse adulto, Nanak se casó y se convirtió en padre de dos hijos, pero se pasaba todo el tiempo en compañía de religiosos hindúes y musulmanes. A su familia le molestaban la indiferencia de Nanak hacia el trabajo y sus enigmáticas respuestas a sus sugerencias: su padre le rogaba que se concentrara en prepararse para el negocio familiar, o al menos para cuidar de la granja, pero Nanak no hacía caso.

Pasaba tanto tiempo durmiendo, meditando y rezando que a veces se olvidaba de comer durante varios días. Cuando se caía, olvidaba levantarse y se quedaba en el suelo hasta que alguien lo ayudaba. Por esta razón, muchas veces lo creían enfermo. Sin embargo, otros indicios sugerían que Nanak era una persona especial. Cierto día, el jefe de la aldea lo encontró durmiendo al pie de un árbol. Era mediodía y los demás árboles no tenían sombra, pero el árbol bajo el cual dormía Nanak presentaba una sombra amplia y fresca, que lo protegía del calor del sol.

—No cabe duda de que tu hijo está muy cerca de Dios en ciertos aspectos —le dijo el jefe al padre de Nanak—, porque la misma naturaleza altera sus leyes a su favor.

Nanak seguía viviendo en un mundo propio, henchido de amor hacia un Dios al que no podía ver, pero del que hablaba a menudo. Su hermano le propuso trabajar para el nabab de Sultanpur, y Nanak accedió. Se pasaba las noches con sus admiradores, que lo escuchaban predicar y entonaban himnos con él en una ceremonia que denominaban *kirtan*. Y cada amanecer, como todos los hombres piadosos, acudía a bañarse en el río.

Un día, tras haber concluido el *kirtan*, Nanak se introdujo en el río y no volvió a salir a la superficie en varios días. Todos sus amigos pensaron que se había ahogado y se quedaron atónitos cuando lo vieron llegar ileso. Nanak les dijo que había estado con el Señor, que se había identificado como el supremo creador, Brahma. Enigmáticamente, Nanak aseguró que no era ni hindú ni musulmán. Existían grandes diferencias entre los seguidores de estas dos religiones, y ni los hindúes estaban dispuestos a seguir a un maestro musulmán ni los musulmanes a seguir a un hindú, pero tanto hindúes como musulmanes se hicieron seguidores del gurú Nanak, con lo que desaparecieron las diferencias entre ellos.

Habiéndose convertido en gurú, Nanak se preparó para marchar de Sultanpur, con gran

disgusto del nabab. Con él se fue Mardana, un músico de la aldea natal de Nanak que le acompañó en todos sus viajes, y que tocaba un instrumento de cuerda llamado rubab cada vez que el gurú deseaba entonar un himno.

Un día, viajando en compañía del gurú, Mardana se quejó del hambre que sentía. El gurú le aseguró que comerían en la próxima aldea, pero Mardana alegó que estaba seguro de morir de hambre mucho antes de llegar. Entonces el gurú señaló un árbol y le dijo a Mardana que comiera toda la fruta que quisiera, pero ordenándole que no se llevara nada.

Mardana comió hasta saciarse, pero la fruta era tan deliciosa que no pudo resistir la tentación de llenarse los bolsillos. Al poco tiempo de reemprender el camino, Mardana cayó muerto de repente. El gurú ordenó al cadáver que explicara lo sucedido, y éste respondió que Mardana se había llevado fruta y la había comido por el camino.

—Aquella fruta era venenosa —explicó el gurú Nanak—. Yo la hice comestible para saciar tu hambre, pero al alejarnos del árbol volvió a ser venenosa.

Entonces colocó un pie sobre la frente de Mardana y, recitando una oración, lo volvió a la vida. Pero, a pesar de esta experiencia, Mardana no perdió la afición a la comida, y muchas veces se quejaba de que el gurú no se preocupaba de conseguir alimentos porque nunca sentía el aguijón del hambre y la sed.

En otra ocasión, el gurú llegó a una aldea donde nadie quiso ofrecerle alojamiento, a excepción de un pobre carpintero que durmió en el suelo para dejarle a Nanak su cama. A la mañana siguiente, nada más despertar, Nanak derribó la fachada de la casa, tomó un madero de la pared derruida y con él destruyó la cama en la que había dormido, marchándose a continuación. Un discípulo llamado Saido le preguntó por qué había castigado de aquel modo a la única persona de la aldea que lo había ayudado.

—Cuando el carpintero compró la casa, las cuatro patas de la cama estaban encajadas en el suelo. Ahora que la cama ha quedado inservible, tendrá que sacar las patas y encontrará cuatro ollas llenas de tesoros enterradas bajo ellas. En el lugar de su choza se levantará un palacio, y un lujoso lecho reemplazará a la cama rota.

Tras muchos años de viajes y meditaciones, Nanak llegó a la costa sur del continente y se quedó mirando las olas del océano Indico. Sus discípulos creyeron que ya no podían seguir avanzando, pero Nanak rezó a Dios y las aguas dejaron de moverse y quedaron tan firmes como una plancha de cristal. Nanak pidió a Saido y Siho que caminaran con él sobre el mar hasta Singhala-Dipa, conocida actualmente como Sri Lanka. En dicha isla hacía meses que no llovía, y todos los árboles y plantas estaban resecos. Al llegar, Nanak entró en un amplio jardín y se sentó a descansar. Al instante, todo el follaje se volvió verde y las plantas florecieron. El jardinero corrió a decirle al propietario, el rajá Siva Nabha, que había llegado un santo cuya sola presencia había hecho revivir el jardín. El rajá se apresuró a salir a saludarlo.

—Ven a mi palacio —le pidió— y deja que te honremos como corresponde.

Pero Nanak replicó que no estaba dispuesto a ir a pie. El rajá le ofreció entonces la montura que eligiera.

—Me gustaría ir a lomos de un rajá —replicó Nanak—, si es que hay un rajá dispuesto a ello.

—Entonces súbete a mi espalda —ofreció Siva Nabha—, porque yo soy rajá.

Y ante la mirada de sus súbditos, llevó a Nanak hasta su palacio y le presentó a su esposa Chandkala.

—¿Qué podemos ofrecerte para comer? —preguntó ella.

—Estoy ayunando —respondió Nanak—, pero si puedes encontrar un príncipe de doce años, comería algo de su carne.

El rajá y su esposa tenían un hijo de doce años exactos, y se pusieron a discutir airadamente. Chandkala se negaba a sacrificar a su hijo, pero acabó accediendo cuando su marido insistió en que debían obedecer los deseos del santo. Le explicaron al príncipe lo que habían decidido y éste, sin vacilar, prometió hacer lo que Nanak pidiera. Siguiendo la costumbre del reino, el príncipe había contraído matrimonio el mismo día de su duodécimo cumpleaños y su joven esposa lo amaba con pasión, pero también ella aceptó la decisión, de modo que llevaron al príncipe ante Nanak.

—Tal como está, no me sirve —dijo el santo—. Que su madre le sujete la cabeza y su esposa le sujete los pies, para que su padre lo mate con un cuchillo. Luego podéis hervir la carne para que yo coma.

Los padres y la joven quedaron horrorizados por estas terribles palabras, pero obedecieron en silencio. Entonces Nanak pidió a los padres y esposa del príncipe que cerraran los ojos, dijeran «Vah Guru» (Alabado sea el Señor) y comieran un poco de carne. No es preciso decir que se sintieron enfermos sólo de pensarlo, pero hicieron lo que se les decía, y cuando volvieron a abrir los ojos vieron que el gurú había desaparecido y que en su lugar se encontraba el joven príncipe, sentado tranquilamente ante ellos. Naturalmente, su alegría fue inmensa al ver que su hijo estaba vivo, pero el rajá no estaba tranquilo, pues temía que la desaparición de Nanak pudiera indicar que habían ofendido al gurú. Pero éste no había hecho sino poner a prueba la piedad de la familia del rajá, que quedó demostrada al acceder al sacrificio de su hijo, y un año después aceptó como discípulos al rajá y su familia.

Tras muchos años de viajes y aventuras, el gurú Nanak fue a establecerse a Kartarpur, cerca de Lahore, donde permaneció durante los quince últimos años de su vida. La población se llama ahora Dera Baba Nanak, que significa residencia de Baba Nanak. Hacia el final de sus días, en 1539, Nanak supo que se acercaba el momento de su muerte y de la unión con Dios. En su última noche fue a sentarse al pie de un árbol muerto, que al instante volvió a reverdecer. Rodeado de hindúes y musulmanes que entonaban himnos y cánticos funerarios, el gurú entró en trance. Antes de perder por completo la conciencia, oyó que los hindúes discutían con los musulmanes acerca de su sepelio.

—Debemos enterrarlo, siguiendo nuestra costumbre —decían los musulmanes.

—Lo incineraremos, siguiendo nuestra costumbre —insistían los hindúes.

—Arrojad flores a mis lados —murmuró el gurú—. El grupo cuyas flores estén más frescas mañana podrá hacer lo que desee con mi cuerpo.

Poco antes de amanecer, el gurú entró en la eternidad y sus seguidores hicieron lo que les había dicho: cada grupo colocó flores a un lado del santo. Pero, cuando regresaron a la mañana siguiente, descubrieron que el cuerpo había desaparecido sin dejar rastro, y que los dos grupos de flores seguían tan frescos como en el primer momento.

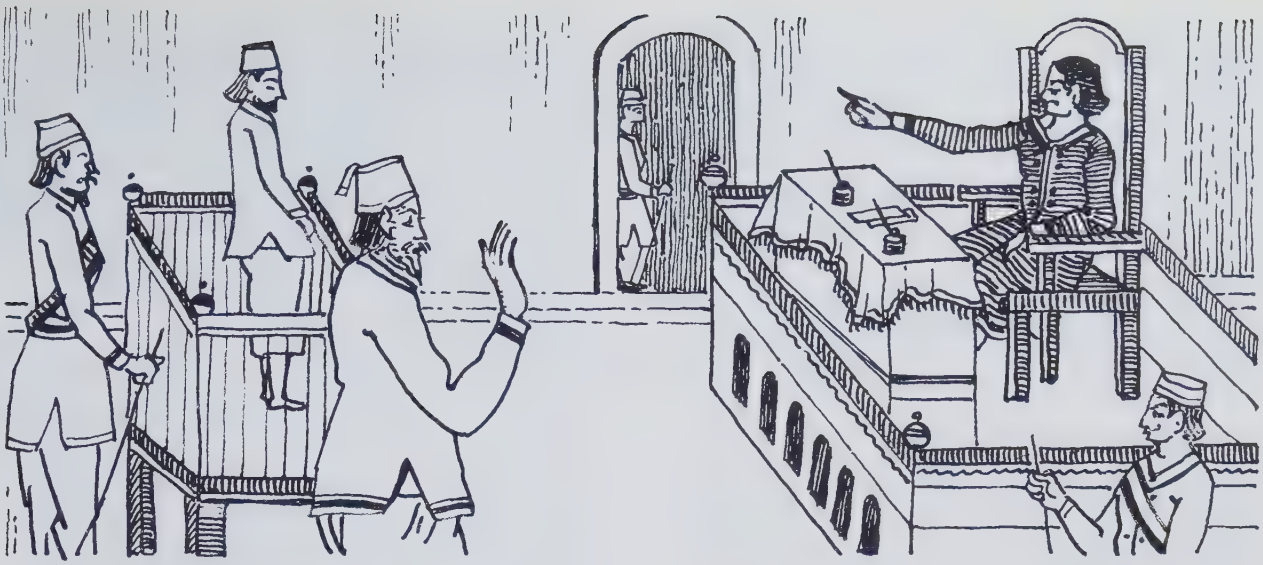
Leyendas de los santos sufíes

El Islam es la religión más importante en los actuales Paquistán y Bangladesh, y también existen millones de creyentes en la propia India. El Sufismo es una rama de esta religión que llegó a la India en el siglo XI. Los sufíes consideran a Dios infinitamente misericordioso y dispuesto a acoger en sus brazos a toda la humanidad, y creen que el amor al prójimo, la generosidad y la amabilidad complacen a Dios tanto como las oraciones y ceremonias formales. Se cuentan muchas historias acerca de los santos del Sufismo. Uno de los más célebres fue Baba Farid, nacido en una aldea llamada Kahtwal, en el actual Paquistán. Fue discípulo del venerado santo Bajtiar, y entre sus propios discípulos figuró Nizamuddin Aulia, cuyo santuario de Delhi es visitado cada día por miles de fieles. Baba Farid vivió en la pobreza durante la mayor parte de su vida, porque, aunque sus numerosos seguidores le llevaban toda clase de provisiones para su mantenimiento, él regalaba todo a los necesitados.

Baba Farid residió durante muchos años en lo que ahora es la ciudad de Pak Pattan, y en cierta ocasión cayó gravemente enfermo. Viendo que su salud no daba señales de mejorar, pidió a su hijo y a su principal discípulo, Nizamuddin Aulia, que rezaran por su restablecimiento. Aquella noche, después de rezar sus oraciones, el hijo tuvo un extraño sueño. Soñó que veía un hombre que enterraba algo junto a una tumba y lo cubría de tierra y hojarasca. El se acercaba a la tumba y descubría que pertenecía a un famoso mago que años atrás había explotado y aterrorizado a los habitantes de la ciudad, amenazándolos con maldiciones y venenos si no le pagaban. Baba Farid lo derrotó con sus oraciones y el mago había fallecido algún tiempo después.

Cuando el hijo despertó a la mañana siguiente, comprobó que su padre se encontraba cada vez más débil y con grandes dolores. El muchacho habló a Nizamuddin de su sueño, añadiendo que el hombre que aparecía en él era el hijo del mago.

En cuanto Nizamuddin oyó aquello se dirigió a la tumba y retiró la arena que se había acumulado encima. A pocos centímetros bajo la superficie encontró una tosca imagen de Baba Farid, hecha de masa de pan, envuelta en pelo de caballo y con multitud de alfileres cla-



vados. Nizamuddin arrojó la figura al río y denunció el incidente ante el gobernador de la ciudad, que ordenó buscar y detener al hijo del mago.

El gobernador llevó al detenido ante Baba Farid para decidir un castigo adecuado, pero Baba Farid se había recuperado por completo y se limitó a decir:

—Ya me siento bien y ruego a Dios que lo perdone. Yo ya lo he perdonado y espero que tú también lo hagas.

El hijo del mago quedó tan abrumado por la compasión del santo que se arrepintió sinceramente de sus pecados y se convirtió en discípulo de Baba Farid.

Los juglares y narradores de todo el sur de Asia cuentan relatos de un santo sufí, llamado Sarvar, que ya en vida era famoso por su generosidad. Sarvar residía con sus padres y tres hermanastros en un pequeño terreno del distrito de Multan. Cuando falleció su abuela materna, dejándole una gran parcela de tierra cultivable, Sarvar decidió quedarse a vivir en ella, para poder trabajar la tierra con más eficacia. Sus hermanastros, envidiosos de su buena suerte, le rogaron que repartiera el terreno en cuatro partes, y él accedió, complacido de que quisieran vivir con él. Incluso permitió que hicieran ellos la repartición. Pero los hermanastros se quedaron con la mejor tierra y le dejaron tan sólo una parcela estéril e incultivable. Sarvar, sin quejarse, dio las gracias a sus hermanastros y comenzó a trabajar. Los hermanastros se reían de él porque siempre rezaba antes de iniciar el arado y la siembra. Pero cuando llegó la época de la cosecha vieron con asombro que el campo de Sarvar rendía diez veces más grano que los suyos.

—Hermano —le dijeron—, nuestras cosechas han fallado porque te dimos la mejor tierra y repartimos entre nosotros los campos baldíos. Y ahora sufrimos a causa de nuestra generosidad, mientras tú te beneficias a costa nuestra.

Sarvar los invitó entonces a coger lo que necesitaran de sus graneros y ellos se llevaron casi todo el grano, dejándole tan sólo un arcón. Incluso aquello lo regaló Sarvar a los pobres y enfermos, subsistiendo con las sobras que podía encontrar.

Poco tiempo después, los hermanastros lo invitaron a ir con ellos a la ciudad de Multan para ver al gobernador, que se llamaba Ghanú. Nada más franquear las puertas de la ciudad, los hermanastros le dijeron:

—Hemos venido a pagar los impuestos de la tierra al gobernador Ghanú.

Sarvar quedó perplejo. No había preguntado la razón del viaje y no llevaba dinero para pagar sus impuestos. Rogó fervientemente a Dios que lo salvara de la humillación y, apenas se habían adentrado en la ciudad, una enorme multitud se agolpó alrededor de Sarvar, atraída por su aire de santidad. El gobernador Ghanú, que contemplaba la escena desde su palacio, comprendió que un santo había llegado a la ciudad.

«Habrá que comprobar si se trata de un verdadero santo», pensó, pues abundaban en la ciudad los embaucadores. Y ordenó que le llevaran a Sarvar una jarra y un cuenco vacíos, en una bandeja tapada.

—Da la bienvenida al santo —le explicó a su sirviente—, y ofrécele un almuerzo, con mis saludos.

De no muy buena gana, el sirviente hizo lo que le ordenaban. Sarvar dio las gracias, levantó la tapa de la bandeja... y se comió el arroz y la leche que habían aparecido milagrosamente. También comieron y bebieron sus hermanastros, a pesar de lo cual el cuenco y la jarra le fueron devueltos aún llenos al gobernador.

Convencido ya de que Sarvar era un auténtico santo, el gobernador le regaló cien mil monedas de oro, un magnífico caballo y un lujosísimo vestido ceremonial. Adivinando que los hermanastros envidiaban a éste y tratarían de perjudicarlo en cuanto pudieran, los hizo encerrar. Pero Sarvar acudió inmediatamente a la prisión y pidió al carcelero que soltara a los presos. El carcelero le entregó la llave de la celda de sus hermanastros, pero a Sarvar no le bastaba con aquello: quería abrir todas las celdas.

—Los amo a todos como a hermanos —explicó—. Rezo por la libertad de todos ellos.

Fueron a consultar al gobernador, el cual respondió:

—Si así lo desea el santo, que todos queden libres.

A continuación, Sarvar se dirigió a los comercios de ropa y alimentos de la ciudad, les entregó todo su dinero y dijo:

—Alimentad, vestid y dad cobijo a los pobres mientras dure este dinero.

Después de esto, emprendió el camino de regreso a su casa. Al salir de la ciudad, se cruzó con un grupillo de personas que se disponían a entrar.

—Somos peregrinos que hemos ayunado mucho tiempo y vamos a la ciudad a por comida —le dijeron—, pero no tenemos dinero.

Compadecido, Sarvar les ofreció el vestido y el caballo que Ghanú le había regalado.

—Vendedlos y, con lo que os den, comprad ropas y comida.

Sin embargo, cuando los peregrinos intentaron vender el caballo y el vestido, la gente reconoció al instante los regalos del gobernador, y no se atrevieron a comprarlos para evitarse problemas, por lo que Sarvar recomendó a los peregrinos que sacrificaran al caballo para comérselo e hicieran ropas de su vestido. Viendo una oportunidad para desacreditarle ante Ghanú, los tres hermanastros se dirigieron al palacio del gobernador.

—Sarvar desprecia tus generosos regalos —le dijeron—. Ha matado al caballo y hecho trizas el vestido.

Indignado, el gobernador envió un mensajero exigiendo la devolución de sus regalos. Sarvar cayó de rodillas e imploró a Dios.

—No me humilles, Señor —rogó—. Es preciso que devuelva sus regalos a Ghanú.

Milagrosamente, el caballo y el vestido reaparecieron, y Sarvar regresó montado a la ciudad para devolverle al gobernador sus regalos. Ghanú quedó más convencido que nunca de su santidad y le propuso que se casara con su hija.

Al principio, Sarvar no accedió, alegando que era pobre y no podría mantener a su esposa, pero al final se dejó convencer. Se fijó una fecha y el día de la boda Ghanú ordenó dar de comer a miles de pobres, sabiendo que ello agradaría a Sarvar.

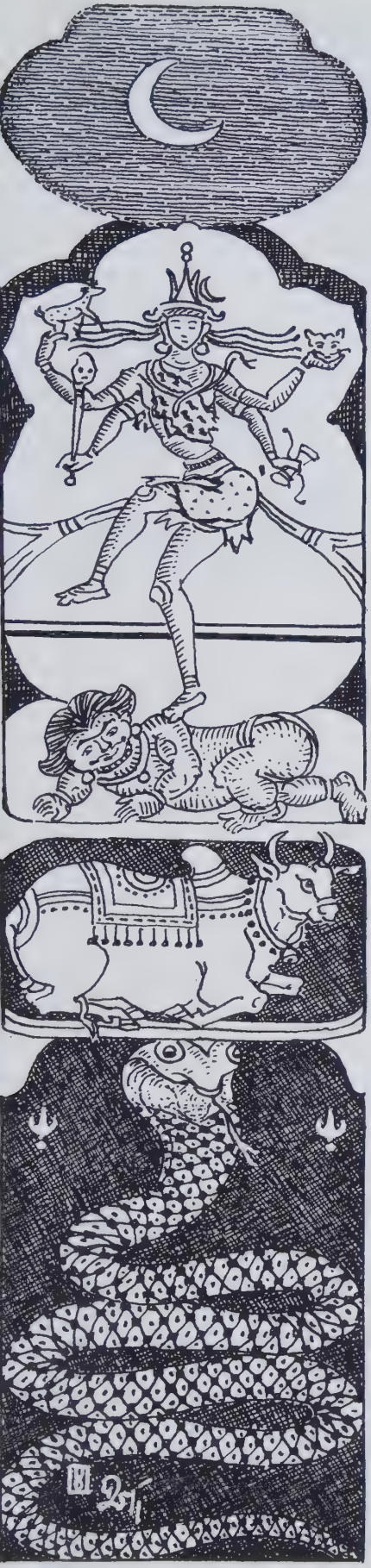
Después de la ceremonia nupcial, los músicos que se disponían a tocar para los invitados le pidieron a Sarvar que les consiguiera una fruta mágica llamada «pilu».

—Se dice que aclara la voz de quien la come —explicaron—. Te rogamos que nos la proporciones para que seamos capaces de encantar con nuestra música a la novia y a los invitados.

Se encontraban en pleno invierno, y en los árboles no crecía ni siquiera fruta normal, no digamos mágica. Desanimado, Sarvar contempló desde la ventana los árboles pelados y dijo a los músicos que no podía complacerlos; pero ellos siguieron insistiendo.

Sarvar rogó en silencio porque se cumplieran sus deseos y de pronto, ante la asombrada mirada de los invitados, el árbol que crecía junto al ventanal empezó a echar brotes, que florecían al instante. Pocos minutos después, la fruta había madurado y los músicos pudieron comer hasta saciarse de ella.

Sarvar y su esposa vivieron felices desde aquel día. Y durante toda su vida Dios no dejó de proporcionarles riquezas, pues Sarvar nunca se quedaba con nada y, a través de él, los dones del Señor llegaban hasta los necesitados.



Siva, dios de la destrucción

El gran dios Siva, que habita en las cumbres nevadas del monte celestial Kailasa, era un dios de múltiples facetas. Cuando se enfrentaba a criaturas malignas, se recreaba en su destrucción. Pero también era señor de los trasgos, demonios y fantasmas errantes. Frecuentaba los cementerios y crematorios, y llevaba una corona de serpientes y un collar de cráneos humanos. No soportaba que lo desobedecieran y pisoteaba sin piedad las cabezas de los demonios que se rebelaban. Hasta los propios dioses tenían miedo de Siva, a quien criticaban por sus macabras costumbres. El que más lo censuraba era Daksha, padre de la Humanidad. Sin embargo, Siva era también muy apreciado, porque la muerte no es sino una etapa más del ciclo de creación y representa la liberación y el renacimiento, así como después del invierno viene la primavera. Por eso Siva era «Mahadeva» (el Restaurador) además del Destructor.

Como muchos otros dioses hindúes, Siva puede cambiar de aspecto y a veces se manifiesta con cuatro brazos y cinco cabezas, con las cuales vigila todos los rincones del mundo. Su presencia es siempre magnífica, con la piel clara y un tercer ojo en la frente, del que emana un terrible poder cuando Siva se enfurece. Cuando se estaba creando el mundo, todos los seres destinados a vivir en él surgieron del agitado océano de leche. El primer fruto del océano fue la vaca divina, Surabhi, cuyo hijo Nandi, el toro blanco, se convirtió más tarde en compañero inseparable de Siva. El segundo fruto fue una luna en cuarto creciente que Siva sacó de las olas y colocó en su cabeza, para adornarse el cabello, donde continúa brillando hasta ahora. El tercer objeto que surgió del océano fue un barril de veneno mortífero, que Siva bebió para librar de daños al mundo. Pero en lugar de tragarlo lo retuvo en su garganta, y la fuerza del veneno le tiñó el cuello de azul.

En cierta ocasión, Siva decidió visitar la Tierra en forma humana para castigar a un grupo de ascetas que habían perdido la fe y hablaban de un mundo sin dioses. Sus esposas quedaron prendadas de la belleza de Siva en cuanto le vieron, a pesar de no conocer su verdadera identidad. Celosos, los ascetas unieron sus poderes para crear un tigre, que saltó sobre Siva desde el fuego del sacrificio. Pero Siva agarró al tigre con una mano, lo desolló con otra y se puso la piel sobre los hombros, a modo de capa.

Entonces los ascetas crearon un enorme ciervo, que atacó a Siva, pero éste lo derribó con otra de sus cuatro manos y lo dejó inmóvil para siempre. Decididos a acabar con él, los ascetas crea-

ron una terrible serpiente, pero Siva, que es el Señor de las Serpientes, se limitó a ponérsela al cuello como una bufanda. Por último, crearon un espantoso demonio enano, que amenazó a Siva con un garrote que tenía una calavera en su extremo. Siva le arrebató el garrote con su tercera mano y de una patada clavó al demonio en el suelo.

A estas alturas, Siva estaba irritado y empezó a ejecutar su danza celestial, que representa sus cinco funciones: Creación, Conservación, Destrucción, Encarnación y Liberación, y se dice que es la fuerza que hace moverse al universo. Poco a poco, la danza fue ganando intensidad hasta adquirir un ritmo frenético. Los ascetas herejes y todas las demás criaturas que contemplaban el espectáculo quedaron cautivados por su belleza, y se dice que renunciaron a todo durante muchas reencarnaciones a cambio de la promesa de volverlo a contemplar.

Tras esta visita a la Tierra, tres manos de Siva quedaron ocupadas con la piel del tigre, el ciervo y el garrote del demonio. En la cuarta llevaba el arco, excepto cuando meditaba, pues entonces sostenía un tambor con forma de reloj de arena, como símbolo de que seguía siendo patrón de los ascetas devotos.

Cómo llegó Ganga a la Tierra

Siva dedicaba mucho tiempo a la meditación para asegurar la buena marcha del mundo y garantizar que las buenas acciones tuvieran su recompensa y las malas su castigo. Cierto día, mientras meditaba, advirtió que el rey Bhagiratha lo llamaba. Bhagiratha era un santo que había renunciado a su reino y dedicado años a la oración. Siva sabía que aquel hombre no le haría una petición egoísta y descendió a la Tierra, acercándose adonde oraba el rey santo.

—Estoy satisfecho de ti —dijo el dios con voz melodiosa—. Dime sin temor lo que deseas.

Bhagiratha se arrojó a los pies de Siva, derramando lágrimas de gratitud.

—Señor Mahadeva —dijo humildemente—, no doy crédito a mi buena suerte, al verme honrado con tu presencia.

Y procedió a contar la historia.

Más de cien mil años atrás, su antepasado el rey Sagara había decidido realizar un importante sacrificio, para el cual se requería un caballo especial, que sería consagrado en una ceremonia y después soltado para que vagara por donde quisiera durante un año. Sagara ordenó a sus sesenta mil hijos que siguieran al caballo y, según la costumbre, conquistaran todos los reinos en los que penetrara el animal. Pero los príncipes perdieron de vista al caballo, y su indignado padre les ordenó que no regresaran a casa hasta haberlo encontrado. Los príncipes buscaron por todo el mundo y por último cavaron una gran zanja para llegar a los infiernos. La zanja llegó a hacerse tan grande que ocupaba medio mundo y, cuando los príncipes bajaron por ella y se adentraron en los infiernos, encontraron al caballo pastando tranquilamente en un prado. Cerca de él se sentaba el gran sabio Kapila, sumido en la meditación, y los sesenta mil príncipes lo acusaron inmediatamente de haber robado el caballo ceremonial.

La acusación indignó a Kapila tanto como la desconsiderada interrupción de sus oraciones. Se decía que Kapila era hijo de Agni, el dios del fuego, y puede que fuera cierto, pues de sus ojos salieron llamas que abrasaron en un instante a los príncipes, reduciéndolos a cenizas. Muchos años después, un sobrino de los príncipes, llamado Ansumata, descubrió sus restos esparcidos alrededor de Kapila, que seguía meditando. Ansumata se postró a los pies de Kapila y pidió permiso para lavar los restos en agua bendita, con el fin de que las almas de los príncipes pudieran entrar en el Cielo. Kapila accedió con la condición de que la diosa fluvial Ganga bajara a la Tierra para lavar los huesos, profetizando que un descendiente de Ansumata conseguiría llevarlo a cabo. Y ahora Bhagiratha trataba de conseguir la ayuda de Siva para hacer que la profecía se cumpliera.

Ganga había nacido de un dedo del pie de Visnú, y se trataba de una criatura inestable como el agua. Mucho tiempo atrás, los dioses habían pedido a Siva que cantara su canción celestial y Visnú, conocedor de su poder, había decidido sentarse directamente frente a Siva para absorber parte de la fuerza de la canción, que de otro modo habría provocado tremendas destrucciones en el universo. Cuando la canción de Siva fue subiendo de tono, Ganga quedó hipnotizada por su belleza y empezó a levitar y aumentar de tamaño. Atrapada en su éxtasis, habría podido inundar los cielos, pero Visnú estaba preparado y la encerró en una gran vasija antes de que pudiera causar algún daño.

Y desde entonces, Ganga está enfadada con Siva por haber sido causa de su humillación.

—Te concederé tu deseo —le dijo Siva a Bhagiratha—, pero el poder de Ganga al descender a la Tierra puede ser mayor de lo que el mundo es capaz de soportar. Se producirán terremotos, inundaciones e incendios, y se perderán las cosechas durante años. Por eso me situaré donde Ganga vaya a caer, para recibir el impacto en mi cabeza y amortiguarlo. Luego tú podrás llevarla hasta donde se encuentran los restos de tus antepasados y así quedarán recompensados tus años de oraciones.

Siva se sentó junto a Bhagiratha entre los glaciares del Himalaya y convocó a Ganga para que acudiera. Ganga no pudo resistir la fuerza de voluntad de Siva, pero estaba indignada por tener que obedecer. Puesto que tenía una cuenta pendiente con Siva, decidió arrastrarlo con sus turbulentas corrientes y se dejó caer desde el Cielo en forma de lluvia torrencial. Pero Siva, que estaba preparado para una treta semejante, creció hasta adquirir un tamaño gigantesco y agarró a la diosa por los cabellos. Ella forcejeó durante muchos años y cuando llegó a la Tierra había quedado dividida en siete corrientes de agua inofensivas.

Siguiendo las instrucciones de Siva, Bhagiratha tocó un cuerno y emprendió el camino hacia la gran zanja donde se encontraban las cenizas de los príncipes. La corriente de agua siguió el sonido, serpenteando por campos y aldeas hasta llegar a la entrada de los infiernos. Una vez allí, llenó hasta el borde la inmensa zanja que ocupaba medio mundo, lavando con sus aguas los restos de los antepasados de Bhagiratha. En la actualidad, el gran río sagrado recibe el nombre de Ganges, o Madre Ganga, y la gran zanja se llama Sagara, en honor del rey cuyos hijos la excavaron. Aunque también hay quien la llama «océano».

El sacrificio de Daksha

Cierto día en que Siva y su esposa Sati se encontraban conversando en su residencia celestial de Kailasa, Sati vio una procesión que pasaba cerca de ellos. Sintiendo curiosidad, le preguntó a su marido adónde se dirigían los dioses.

—Al gran sacrificio que celebra Daksha, tu padre —le respondió Siva.

—¿Y cómo es que no te han invitado? —preguntó Sati, indignada—. Tú debías haber sido el primer convocado.

Siva sonrió, complacido por la lealtad y fervor de su esposa.

—Daksha siempre me ha tenido antipatía —explicó—. Hace muchos años, pasó junto a mí cuando yo me encontraba meditando. Estaba tan absorto en mi meditación que no lo saludé, y desde entonces está resentido por lo que considera mi falta de respeto.

La incredulidad de Sati iba en aumento.

—¿No se da cuenta mi padre de que tú eres el Supremo Creador y nadie puede igualársete?

—Eres una buena esposa, Sati —replicó Siva con suavidad—, pero tu padre piensa de modo diferente. También él es un creador, responsable del nacimiento de la humanidad y de otras criaturas. Por eso me considera su rival.

—Invitados o no —dijo Sati con furia—, pienso que debemos ir. Al fin y al cabo, se trata de la casa de mi padre, de modo que yo, por lo menos, no necesito invitación.

—En tal caso, ve con mis bendiciones —accedió el Señor de la Creación—, pero no olvides que Daksha no perderá la ocasión de insultarme. Tienes que soportar los insultos en silencio y no dar muestras de tu indignación en presencia de tu padre. Si no eres capaz de aguantarlos, puede ocurrirte alguna desgracia.

Montada sobre Nandi, el pacífico toro blanco que siempre acompañaba a Siva, Sati acudió al gran sacrificio de su padre.

—Bienvenida, hija mía —dijo Daksha—. Me alegro de que hayas podido dejar en casa a ese bruto de mi yerno.

—Mi esposo está meditando, padre —dijo Sati, recordando las advertencias de su marido—. Por eso he venido sola.

Daksha se echó a reír, y a voces comenzó a criticar a Siva, llamándolo demonio de la muerte e impío frecuentador de cementerios.

—¿Qué iba a hacer el siniestro señor de las brujas y los malos espíritus en una ceremonia sagrada como la mía? —vociferó.

Sati estaba avergonzada y rogó a su padre que dejara de insultar a su marido, pero Daksha estaba gozando tanto al pensar que Siva sabía que todos los dioses y santos estaban invitados menos él, que no podía contenerse.

—Es una vergüenza que un dios se vista de harapos, se adorne con serpientes y baile como un loco en las ceremonias. Nunca he comprendido que mi propia hija pasara tantas penalidades para conseguir un marido así. Al fin y al cabo, eres nieta del propio Brahma, el Espíritu Supremo, puesto que yo nací de su pulgar derecho y tu madre del izquierdo. ¿Cómo puede pensar Siva que es más grande que yo?

Sati no podía aguantar más los insultos de su padre. Miró a su alrededor y vio que todos estaban horrorizados por las palabras de Daksha, pero nadie se atrevía a afrontar su mirada ni a salir en defensa de Siva. Temblando de rabia (y su furia era capaz de sacudir la Tierra), se enfrentó con su padre.

—Si eres incapaz de contener tu lengua —dijo con voz de trueno— y evitar ponerte en ridículo ante miles de personas, muchas de las cuales han dedicado sus vidas a mi esposo; si eres capaz de insultar al Creador Supremo mientras arde el fuego de los sacrificios y los sacerdotes cantan invocaciones a dioses menores, entonces yo me avergüenzo de que se me conozca como hija tuya. Mi esposo ha insistido en que no tome represalias contra ninguno de los presentes, y mucho menos contra ti, de modo que me limito a denunciarte ante esta asamblea. Me consumiré en el fuego y regresaré al seno de la Tierra hasta que vuelva a nacer de un padre al que pueda respetar.

Y al pronunciar estas palabras, surgió una gran llamarada que redujo a Sati a cenizas.

—Continuad con el sacrificio —ordenó Daksha a los boquiabiertos sacerdotes—. Las mujeres como ésa vienen y se van en cualquier momento. No vale la pena interrumpir por ello el gran sacrificio.

Pero Nandi había regresado junto a Siva para contarle lo sucedido. Cuando Siva oyó que su esposa había muerto, lanzó un espantoso rugido que conmovió cielos y tierra. Luego arrojó al suelo su flamígero tridente y lo pisoteó, creando así un poderoso demonio al que llamó Vira-bhadra. Y para acompañarlo conjuró a un ejército de demonios y semidioses, que cayó como un huracán sobre la fiesta de Daksha, destruyendo las ofrendas del sacrificio y matando a todo el que se atrevió a defender a Daksha.

Indra, que se encontraba allí para aceptar su parte del sacrificio, trató de defenderse, pero fue derribado por Vira-bhadra. A otros invitados, los demonios les sacaron los ojos y les cortaron las narices. El propio Vahni, el fuego, sufrió la amputación de sus miembros. Daksha fue decapitado en la batalla; y cuando los santos vieron que a uno de ellos le cortaban la barba, comprendieron que había que tomar partido y buscaron refugio junto a Siva.

Aunque trataron de calmarlo, Siva seguía estremeciéndose de ira y dolor por la pérdida de Sati. Entonces, la tierra empezó a temblar, el viento aulló arrancando de raíz árboles, las montañas se agitaron y Visnú compareció, seguido por Brahma y las esposas de ambos. Entre todos tranquilizaron al furioso dios y le rogaron que perdonara a Daksha. De mala gana, Siva devolvió la vida a todos los que habían perecido en el combate y curó a los heridos. Por último, miró hacia arriba, suprimiendo la fuerza destructora de su tercer ojo.

—Haré como desean Brahma y Visnú —declaró—. Devolveré la vida también a Daksha, pero tendrá que llevar para siempre la marca de su estupidez.

Los dioses accedieron a esta condición, y Daksha fue resucitado, con una marca que todos podían ver claramente: en lugar de su cabeza original, tenía cabeza de cabra. A pesar de ello, cayó a los pies de Siva llorando de gratitud, y reconoció que Siva era superior a él.

Haciendo un terrible esfuerzo, Siva contuvo su pena por la muerte de Sati y se sumió en profunda meditación, esperando el momento en que su esposa reencarnara como Parvati para volver a su lado.

Ganesa, dios de la buena suerte

Un día después de que Sati renaciera como Parvati para volver a casarse con Siva, la diosa estuvo meditando durante mucho tiempo. Al levantarse tras una larga sesión, descubrió que tenía la piel reseca y el cuerpo entumecido, por lo que fue a bañarse a un lago que había entre las cumbres del Kailasa. Mientras se lavaba, el polvo que se desprendía de su cuerpo se fue acumulando y empezó a tomar la forma de un hermoso niño. Parvati tomó al niño en sus brazos y corrió llena de júbilo a presentárselo a Siva.

—Lo llamaremos Ganesa —declaró el orgulloso padre—. Y será señor de los Ganas, los semidioses que actúan a mi servicio.

También Parvati estaba orgullosa de su hijo y decretó que tendría el poder de eliminar los obstáculos. Todos los demás dioses y diosas acudieron a concederle sus bendiciones. Sarasvati, diosa de la sabiduría, le concedió inteligencia y conocimiento, mientras que Lakshmi, diosa de la fortuna, le otorgó el poder de traer buena suerte.

Al crecer, Ganesa se fue convirtiendo en un dios benévolo y alegre; aunque por lo general se mostraba humilde, también tenía una fuerte tendencia a las bromas y a las bravatas. En cierta ocasión, un famoso sabio llamado Dwaipayana acudió a Ganesa para pedirle que escribiera una epopeya a dictado suyo. Aviesamente, Ganesa replicó:

—Cualquiera podría escribir lo que tú dictes. Si quieres que lo escriba yo, tendrás que crear algo excepcional y digno de mí. Si eres capaz de dictar sin detenerte ni hacer una sola pausa, entonces lo escribiré.

El sabio aceptó y comenzó a narrar una larga historia acerca de las dinastías que originarían sus hijos, Dhritarhastra y Pandú, y las rivalidades que existirían entre ambas. La epopeya, que se haría célebre con el título de *Mahabharata*, es la obra poética más larga del mundo, con noventa mil estrofas de treinta y cinco versos cada una. El mismo autor compuso los grandes libros llamados *Vedas*. Desde entonces, los devotos rezan a Ganesa antes de ponerse a escribir, emprender un negocio importante o, sobre todo, iniciar cualquier tarea relacionada con el aprendizaje y la educación.

Ganesa tiene una figura pequeña y corpulenta, con un voluminoso estómago capaz de contener cantidades ingentes de comida. A veces tiene el cuerpo de color rojo o rosa, mientras que otras veces es amarillo brillante. Suele ir montado en una rata, y en sus cuatro manos lleva, respectivamente, una maza, un disco, una cacerola y un nenúfar. A causa de cierto desliz que cometió con su padre, tiene cabeza de elefante. Así es como sucedió.

Cierto día, su madre, Parvati, se disponía a bañarse y pidió a Ganesa que montara guardia en su cuarto de baño, para que nadie pudiera entrar. Ganesa se plantó en la puerta, dispuesto a impedir el paso a cualquiera que se acercara. Llegó el propio Siva y pretendió entrar; y Ganesa, sin pararse a pensar, le dijo a su padre que Parvati no quería que la molestaran. Indignado porque su propio hijo le impidiera el paso, Siva desenvainó su espada y le cortó la cabeza, que salió disparada al espacio, donde sigue dando vueltas, tal fue la fuerza del golpe. Parvati oyó el alboroto y salió del baño, encontrando a su fiel y amado hijo decapitado en el suelo. Resulta imposible describir su furia y su dolor, y Siva empezó a arrepentirse de su acto. Con el fin de aplacar a Parvati, Siva reunió un millar de duendes, trasgos y demonios, y los envió a buscar una cabeza de niño en sustitución de la de Ganesa. Las criaturas de Siva buscaron durante toda la noche, pero todos los niños que encontraron dormían junto a sus madres, y no pudieron decidirse a cortarles la cabeza. Por fin encontraron un cachorro de elefante que dormía algo separado de la madre, para no enredarse las trompas; inmediatamente, los enviados de Siva le cortaron la cabeza y se la llevaron a su señor, que la colocó sobre los hombros de Ganesa. Este revivió en el acto y al mismo tiempo le crecieron dos espléndidos colmillos de marfil.

Otra leyenda explica cómo Ganesa perdió uno de los citados colmillos. Parasu-Rama, sexta encarnación del dios Visnú, era devoto y había sido enviado a la Tierra para acabar con un rey malvado. Mientras era niño, Siva le protegió, le enseñó el manejo de las armas y le regaló el hacha, o *parasu*, a la que debía su nombre. Al crecer, Parasu-Rama se convirtió en un terrible guerrero, de carácter muy irritable. Un día, acudió a Kailasa para visitar a Siva. El dios dormía y Ganesa, no queriendo permitir que nadie le molestara, sugirió educadamente a Parasu-Rama que aguardara. Pero el guerre-

ro interpretó la sugerencia como un insulto e inició una pelea.

Al principio, Ganesa atrapó a Parasu-Rama con la trompa y lo arrojó por los aires, dejándolo inconsciente en la caída. Pero en cuanto se recuperó, Parasu-Rama arrojó su hacha y Ganesa se dio cuenta de que era la misma que Siva le había regalado. Considerándose indigno de resistir un golpe asestado con un arma bendecida por su padre, Ganesa permitió tranquilamente que el hachazo le arrancara uno de sus colmillos, y por eso desde entonces se le representa en todas las imágenes con un solo colmillo.

Ganesa era conocido por su inquebrantable fidelidad a sus padres, y bajó numerosas veces al mundo para dar lecciones de humildad a los mortales arrogantes. Pero, sobre todo, tiene fama de eliminar obstáculos y traer buena suerte, y siempre se le invoca antes de emprender asuntos importantes.

El Santo del Ojo

En las montañas del sudeste de la India vivía un joven cazador. Una tarde regresaba a su campamento después de haber cazado un jabalí, cuando se fijó en una capillita con la imagen de Siva. Al contemplar el rostro de la imagen, sintió la sensación de quien vuelve a encontrase con su padre después de una larga separación. Mirando más atentamente la imagen, vio que la habían adornado con flores recién cortadas y rociado con agua limpia y fresca de un arroyo cercano. A los pies de la figura había una ofrenda tradicional de fruta y leche.

—Yo también le presentaré una ofrenda a mi señor —decidió el cazador.

Llegó al campamento con el jabalí y ordenó que lo asaran inmediatamente. En cuanto estuvo cocinado, escogió las partes más tiernas de la carne, probándolas para comprobar su ternura, y cogiendo todo lo que podía llevar en las manos se encaminó al arroyo a por agua. Pero al llegar se dio cuenta de que, con las manos ocupadas por la carne, no podría llevar agua, de modo que se llenó la boca de agua y se dirigió a la capilla. Por el camino, pasó por un lugar en el que abundaban los árboles en flor, y al pasar se enredó los cabellos en las ramas, con la esperanza de que quedaran algunas flores en ellos para completar su ofrenda.

Cuando por fin llegó a la capilla, depositó la carne a los pies de Siva, roció la imagen con el agua que llevaba en la boca y desprendió las flores enredadas en su cabello para adornar el altar. Luego sacó su arco y una flecha y se quedó de guardia para proteger el santuario durante toda la noche. Al amanecer, partió en busca de más ofrendas.

Poco después de la marcha del cazador, llegó un viejo brahmán que se ocupaba de cuidar la capilla, y se quedó horrorizado al ver el agua sucia, la carne mordisqueada y las flores maltrechas.

—¡Oh, mi señor Siva! —exclamó, cayendo de rodillas—. ¿Cómo has permitido que se profane de este modo tu santuario?

La estatua de Siva sonrió y dijo:

—No malinterpretes las toscas ofrendas de este hombre. Es ignorante y no sabe nada de ritos, pero lo que ha hecho tiene un gran valor, pues lo hizo con sinceridad y amor.

A continuación, Siva le dijo al brahmán que volviera por la noche y se escondiera, para ser testigo de la gran devoción del joven cazador.

Al caer la noche, el cazador regresó y repitió todas las acciones de la noche anterior. Cuando hubo concluido, se quedó mirando la imagen y vio espantado que uno de los ojos de Siva sangraba. Intentó contener la sangre con hierba, pero el ojo de la estatua seguía sangrando. El cazador se puso a pensar intensamente; en alguna parte había oído decir que lo semejante cura a lo semejante. Escogiendo la flecha de punta más afilada, se sacó uno de sus ojos y lo colocó en el hueco sangrante de la estatua. La hemorragia cesó al instante, pero en aquel mismo instante empezó a sangrar el otro ojo. El cazador sacó otra flecha y estaba a punto de arrancarse el segundo ojo, cuando la estatua de Siva extendió una de sus manos, diciendo:

—Basta. Ya has demostrado tu gran amor y te has ganado un puesto a mi lado en Kailasa.

El brahmán comprendió, por primera vez en su vida, que el verdadero amor puede más que los rituales sagrados; y al cazador se le llegó a conocer en todo el sur de la India como *Kan-Appan*, «el Santo del Ojo».

Las múltiples formas de Visnú

El nombre de Visnú deriva de la palabra hindú *vish*, que significa «extenderse», y es un nombre que le cuadra, ya que Visnú está presente en todas partes y puede recorrer el universo en sólo tres pasos. Es el más venerado de todos los dioses hindúes, y en las llanuras del norte de la India abundan templos dedicados a él.

En el texto sagrado hindú titulado *Bhagavad Gita*, Visnú declara: «Cuando se violen las leyes sagradas y el mal levante su cabeza, yo me haré carne para defender a los justos, erradicar a los pecadores y restablecer la ley divina. Cada cierto tiempo, volveré a nacer.» Hasta ahora, Visnú ha venido al mundo diez veces, encarnándose en forma de otros seres, pues sería peligroso para los humanos contemplarlo en todo su esplendor. Sus encarnaciones más importantes han sido Rama y Krishna, cuyas historias se cuentan en otros capítulos. Aquí nos ocuparemos de las cinco primeras.

Manú Vaivaswata era hijo de Surya, dios del sol, y cuando el mundo era joven fue enviado a llenar la Tierra de seres vivos, en cumplimiento de una maldición de su padre. Cierto día se encontraba llevando a cabo la ablución ritual en el río, cuando descubrió un pececillo en el hueco de su mano.

—¡Sálvame, Manú! —imploró el pez—. El pez grande se come al chico, y yo soy tan pequeño que tengo pocas posibilidades de sobrevivir si me quedo en el río.

Manú se compadeció del pececillo y lo instaló en una jarra de barro llena de agua. Al poco tiempo, el pez, llamado Matsya, había crecido hasta alcanzar tal tamaño que Manú tuvo que cavar una zanja para alojarlo. Y a los pocos días, la zanja ya le venía pequeña.

—Llévame al mar, Manú —rogó el pez—. Allí estaré a salvo de peligros.

Manú accedió a sus deseos y soltó el pez en el mar. Antes de alejarse, Matsya anunció que pronto habría una tremenda inundación que sumergiría el mundo bajo las aguas.

—Prepárate y construye un barco —recomendó el pez—. Y rínde me homenaje. Cuando las aguas empiecen a subir, embárcate y yo acudiré a salvarte.

Manú dio las gracias al pez y lo vio alejarse. Comprendiendo que no se trataba de un pez corriente, inició la construcción de un barco según sus recomendaciones, y al concluir cada jornada rezaba al pez Matsya. La inundación se produjo en la fecha anunciada, y Manú se embarcó inmediatamente, esperando la ayuda de Matsya, sin dejar de alabar la sabiduría del pez y agradecerle su protección.

Cuando la tormenta se hizo más potente y las aguas empezaban a encresparse, Manú vio que las rugientes olas se aquietaban por un instante, anunciando la proximidad de Matsya, que se había convertido en un pez gigantesco, con escamas doradas y un largo cuerno.

—Ata el cable de tu barco a mi cuerno —le indicó.

Y a continuación empezó a nadar mar adentro, arrastrando la embarcación.

Pronto no quedó nada por encima de las aguas, a excepción del cielo, el barco de Manú y el propio Matsya, que siguió nadando sin descanso durante varios años, hasta que por fin llegó a la montaña de Hemavata, cuyo pico aún se erguía orgulloso sobre la superficie del agua.

—Amarra el barco a esta noble montaña —ordenó Matsya—. Cuando el nivel del agua descienda, bajarás suavemente al suelo. Antes de irme, te daré mi bendición y mi adiós final, pues no volverás a verme. Soy Visnú, el Conservador. Me acerqué en forma de pez para protegerte, porque estás destinado a ser el origen de las nuevas razas que pueblen la Tierra, ya que no queda ningún otro superviviente.

Matsya desapareció y Manú quedó solo, encargado de crear plantas, animales y personas.

Entonces Visnú, el onmipresente espíritu del universo, pudo disfrutar de su sueño, que dura miles de millones de años, entre una creación y otra. Convocó a Vasuki, la serpiente cósmica, cuyo cuerpo le sirve de litera y sus siete cabezas de dosel, y las diosas Lakshmi y Sarasvati le prepararon la cama. Se acostó y quedó dormido sobre las grandes olas cósmicas.

El batir del océano

Visnú es inmortal y siempre es justo y misericordioso; su tarea consiste en asegurar el triunfo del bien sobre el mal, y por eso, cuando los dioses vieron debilitados sus poderes, debido a una maldición impuesta a su rey Indra por un irascible hechicero, acudieron al palacio de Vaikuntha, en la costa del Océano de Leche, para solicitar la ayuda de Visnú. Al acercarse a Vaikuntha vieron un fuerte resplandor, pues las murallas del palacio eran de oro y sus paredes de gemas talladas. El Ganges penetraba en Vaikuntha por arriba, ondulando y centelleando como un cinturón de cristal, para salir por abajo, convertido en un río de aguas cristalinas. También había cinco enormes lagos, llenos de lotos rojos, azules y amarillos, que perfumaban el aire con su suave fragancia.

Visnú estaba en su trono, radiante como el sol. Era un joven de exquisita belleza, cuerpo ágil y piel de color gris-azulado. Vestía ropas amarillas y tenía cuatro brazos. En los dos superiores sostenía una caracola y un disco construido por el arquitecto celestial Vishvakarma con los rayos que había recortado a Surya, el sol. En su tercera mano tenía una maza, y en la cuarta un capullo de loto. Un arco colgaba del hombro y una espada del cinturón. Sus muñecas estaban adornadas con magníficas joyas.

Los demás dioses se detuvieron ante el trono e hicieron una reverencia antes de explicarle su problema a Visnú.

—Tenéis que ir al Océano de Leche —les indicó éste— y arrojar ofrendas preparadas con hierbas muy poderosas de los tres mundos. Después, batid el océano como si fuera mantequilla con un palo y una cuerda. Como palo de batir usaréis el monte Mandar y como cuerda a Vasuki, rey de las serpientes. Yo os ayudaré a agitar las aguas, pero además tenéis que conseguir que os ayuden los gigantes Danavas. Ya sé que son enemigos vuestros, pero necesitaréis su fuerza. Al batir, se producirán muchas perturbaciones, y de las profundidades del océano surgirán muchos dones, pero el que vosotros necesitáis es el néctar de la vida. Cuando éste salga del océano, beberéis y recuperaréis vuestras fuerzas. Así resolveréis el problema.

Los dioses se miraron, llenos de dudas, y por fin Indra, rey de los dioses, tomó la palabra.

—Te agradecemos tu ayuda —dijo—, pero cuando los gigantes Danavas beban el néctar, se harán más fuertes e inmortales. Serán más poderosos que nosotros y podrán vencernos.

—No os preocupéis por eso —replicó Visnú con una sonrisa—. Prometedles que podrán coger lo que quieran, y yo os prometo que no beberán el néctar de la vida.

Los dioses se tranquilizaron y procedieron a cumplir las instrucciones de Visnú. Accedieron a compartir con los Danavas el néctar y los gigantes los ayudaron a enroscar la serpiente Vasuki alrededor del monte Mandar. Poco a poco, los dioses y los gigantes empezaron a batir el océano. Los dioses tiraban de la serpiente hacia un lado, y los gigantes hacia el otro, y la montaña empezó a girar, levantando enormes olas. La fricción entre la serpiente y la montaña desprendió tanto calor que quemó los árboles y plantas de las laderas del monte y estuvo a punto de hervir el océano, pero Indra hizo llover para enfriar la montaña.

El monte giraba tan rápido que empezó a penetrar en la tierra, amenazando con perforarla. Pero Visnú se transformó en una gigantesca tortuga y se arrastró bajo la montaña, para que ésta se apoyara en su caparazón y no destrozara el mundo. Tan grande es su poder que, mientras sostenía la montaña, podía también permanecer sentado en su cima en todo su esplendor. Y desde allí animaba a los dioses y Danavas para que no cejaran en sus esfuerzos.

Lo primero que surgió del océano fue la vaca sagrada Surabhi, que tenía el poder de conceder todos los deseos. Tras ella salieron Varuni, diosa del vino, y Parijata, el árbol paradisíaco que da fragancia al mundo. Los dioses y los Danavas siguieron batiendo el océano cada vez con más fuerza, hasta que todo el mar se convirtió en un inmenso remolino y las apsarasas surgieron de las profundidades; eran unas ninfas tan hermosas que Indra decidió llevárselas para que bailaran ante él en su palacio. Después salió del océano la luna, seguida por un mortífero veneno; Siva se lo bebió para evitar que los Danavas hicieran mal uso de él; lo poco que quedó fue reclamado por los dioses serpientes. Luego surgió la diosa Lakshmi, sentada en una flor de loto. Y por último salió Dhanvantri, el médico divino, sosteniendo la copa que contenía el néctar de la vida.

Aquél era el momento que dioses y Danavas habían estado esperando, y por un instante todos se quedaron inmóviles. Luego todos se lanzaron hacia el néctar de la vida. Tan sólo Visnú se quedó atrás, observando. Parecía que los Danavas se apoderarían de la copa, ya que los dioses se encontraban demasiado débiles para impedirlo, a causa de la maldición. Pero Visnú se transformó en una sugestiva mujer y se situó delante de los Danavas. Su belleza distrajo a los Danavas y los dioses bebieron sin molestias, recuperando sus poderes y reanudando su eterna guerra contra el mal y la injusticia, más humildes y sabios gracias a la experiencia.

Visnú y los demonios

Hiranyaksha y Hiranyakashipu eran dos hermanos gemelos, jefes de una tribu de demonios gigantes denominados Daityas. Los Daityas salían a menudo de su mundo para sembrar el caos en la Tierra; en una de sus campañas Hiranyaksha y sus gigantes arrastraron el mundo hasta el fondo del océano cósmico: muchos dicen que ésta fue la causa de la gran inundación.

Visnú vio lo sucedido y se transformó en jabalí. Los jabalíes poseen un excelente sentido del olfato, y Visnú buceó bajo las olas siguiendo el rastro de la Tierra hasta encontrarla, y luego se enfrentó con Hiranyaksha y, todavía en forma de jabalí, nadó de vuelta a la superficie, llevando la Tierra entre sus colmillos.

Hiranyakashipu, el gemelo sobreviviente, empezó entonces a tramar su venganza contra Visnú y todos sus adoradores. Durante muchos años rezó a Siva, señor de los trasgos y los demonios, y como recompensa Siva le hizo tan poderoso que Hiranyakashipu consiguió destronar a Indra y arrebatarle el gobierno del mundo. Ahora Hiranyakashipu podía hacer lo que quisiera, y para vengar a su hermano se dedicó a perseguir a todos los adoradores de Visnú. Un día le dijeron que su hijo, Prahlada, era devoto de Visnú, por lo que lo amenazó con toda clase de torturas si no renunciaba a su devoción; pero Prahlada no se dejó convencer.

—No puedo cambiar, padre —se limitó a responder—. Me consta que Visnú es el Ser Supremo, que se encuentra en todas partes y que nuestra salvación depende de él. ¿Cómo voy a dejar de adorarlo?

—Entonces, disponte a morir —rugió Hiranyakashipu—. Ningún hijo mío adorará al que mató a la carne de mi carne.

Ordenó a sus ejércitos de Daityas que dieran muerte a su hijo, pero Visnú, que todo lo puede, evitó que sus armas lo hirieran. Entonces Hiranyakashipu ordenó a las serpientes que mordieran a Prahlada con sus colmillos venenosos, y a los elefantes que lo pisotearan e hicieran pedazos. Pero sobrevivió a todos los ataques, y con cada victoria sobre las fuerzas de su padre se iba convenciendo más del poder de Visnú.

Furioso por su fracaso, Hiranyakashipu solicitó ayuda a su hermana, la diablesa Holika.

—Mi indigno hijo Prahlada ha sobrevivido a todos mis intentos de destruirlo —le dijo—. Pero resultaría más vulnerable si lo atacara alguien inesperado. Así no tendría tiempo para salvarse con sus trucos mágicos.

Holika se prestó a ayudar e invitó a Prahlada a visitarla. En cuanto volvió la espalda, ella trató de abrasarlo con fuego, pero Prahlada seguía protegido por el poder de Visnú. Por fin, Hiranyakashipu renunció a sus propósitos, limitándose a desterrar a Prahlada de la corte.

El joven estaba tan asombrado del poder de Visnú que, no contento con adorarle, se dedicó a predicar sus virtudes a todo el que encontraba. Su padre se enteró de sus actividades misioneras y le ordenó que regresara para someterle a una prueba definitiva.

—Dices que Visnú está en todas partes —rugió. Y señalando una columna de piedra, preguntó bruscamente—: Dime, ¿se encuentra presente aquí?

—Aunque no lo veamos, está en todas las cosas —respondió Prahlada tranquilamente.

—Pues a ver si resiste esto —gritó el demonio, asestando una patada a la columna.

Prahlada dejó escapar un grito de protesta, pero un hombre con cabeza de león salió de un salto de la columna, lanzó un espantoso rugido y despedazó a Hiranyakashipu ante toda su corte. Con gran sorpresa de todos, el hombre-león se identificó como el propio Visnú en su cuarta encarnación, abrazó cariñosamente a Prahlada y volvió a desaparecer en la columna. Prahlada se convirtió en el nuevo jefe de los Daityas y gobernó con sabiduría, devolviendo todo lo que su padre había arrebatado, incluyendo el reino de Indra. A su muerte fue trasladado al paraíso, donde encontró la paz eterna junto a su venerado Visnú.

El gigante y el enano

Cuando Visnú engañó a los gigantes Danavas para que no bebieran el néctar de la vida, éstos se indignaron tanto que declararon la guerra a los dioses. La guerra se prolongó durante muchos años, pues, aunque los dioses habían recuperado todos sus poderes, los Danavas seguían resultando unos enemigos formidables, y su jefe, Bali, logró con sus ejércitos muchas victorias sobre los dioses. Llegó un momento en que había conquistado casi todos los reinos y dominios de los dioses, obligando a éstos a huir. Por último, cercó con sus ejércitos el palacio de Indra.

Aterrados, los dioses volvieron a pedir auxilio a Visnú. Una vez más, éste accedió a ayudarlos y reencarnó por quinta vez en la Tierra, en esta ocasión bajo la forma de un enano llamado Vamana.

Vamana se dirigió al campamento de Bali y solicitó audiencia.

—¿Qué has venido a hacer aquí, hombrecillo? —preguntó el gigante.

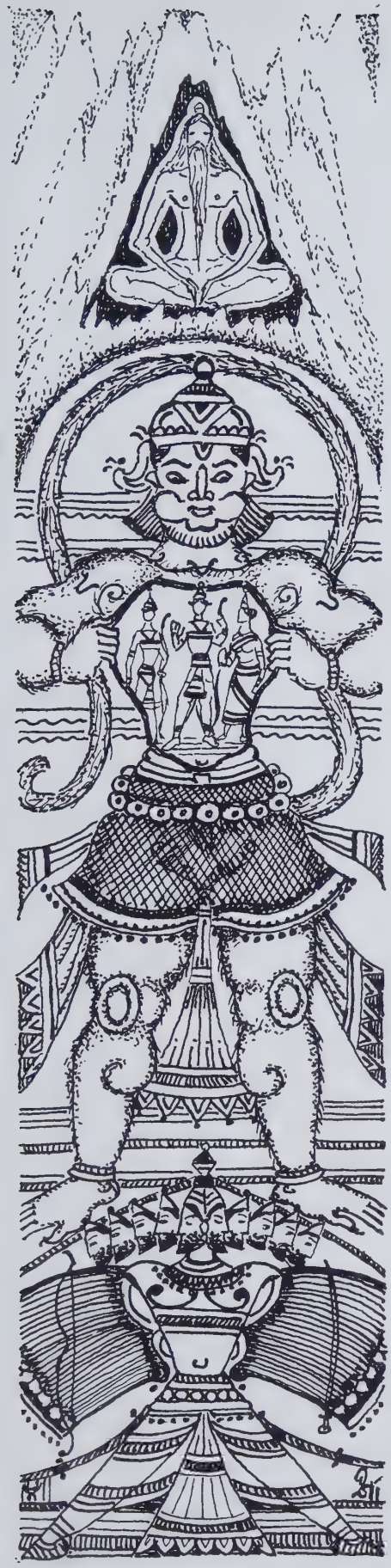
—Quiero averiguar hasta dónde llega tu generosidad —respondió el enano descaradamente—. ¿Puedes concederme lo que quiero? ¿O careces de poder para hacerlo?

—Soy el señor de los tres mundos, Tierra, Cielos y Paraíso —rugió Bali, divertido—. Puedo darte todo lo que yo quiera. Pide lo que desees.

—Entonces, concédeme el territorio que pueda recorrer en tres pasos.

Bali se echó a reír, pensando en el escaso terreno que podría recorrer aquel enano en tres pasos. Pero dejó de reír cuando Vamana dio una zancada con la que atravesó toda la Tierra, una segunda con la que recorrió el Cielo de punta a punta y una tercera que le llevó de un extremo a otro del Paraíso. A Bali no le quedaron más que las regiones inferiores del Infierno, adonde se retiró comprendiendo que había sido derrotado honrosamente por alguien más poderoso que él.

Privados de la dirección de Bali, los demás Danavas no representaban una amenaza para los dioses, y pronto fueron derrotados. Los dioses recuperaron todos los reinos y posesiones que los gigantes les habían arrebatado, y Visnú pudo volver a descansar sobre los anillos de la serpiente cósmica, Vasuki, flotando apaciblemente sobre el gran océano cósmico.



Las aventuras de Rama

En los espesos y oscuros bosques de Banda, cerca de Bundelkhand, vivía una pequeña familia. El padre se dedicaba a la caza para alimentar a los suyos y no vacilaba en matar a un animal, aunque éste tuviera cachorros a su cuidado. Siempre que tenía ocasión, robaba a los viajeros que pasaban, atacando por igual tanto a niños como a campesinos, sin pensárselo dos veces. Un día, mientras iba de caza, el ladrón vio a siete santones que se aproximaban.

—¡Alto! —ordenó—. Entregadme todo lo que llevéis.

—¿Qué esperas sacar a unos monjes que han renunciado a las cosas materiales? —le preguntaron.

—De algún modo tengo que mantener a mi familia —explicó el ladrón.

—Tu mujer y tus hijos comparten el fruto de tus pecados —dijo uno de los monjes—. ¿Estarían dispuestos a compartir también tu castigo?

—Por supuesto que lo harían —respondió el ladrón con tono de seguridad.

—Mejor será que vayas a preguntarles —aconsejó el santón.

—Iré —dijo el ladrón—, pero si esto es una treta para escapar, no os valdrá de nada. Os seguiré y os quitaré vuestras riquezas.

El ladrón fue a plantear la cuestión a su familia, sin sospechar que sus presuntas víctimas eran los Sapta-rishi, los siete grandes sabios nacidos de la frente de Brahma, el Creador, dotados de poder y sabiduría sin límites. No tardó mucho en regresar junto a ellos, abatido y avergonzado.

—No están dispuestos a cargar con mi culpa, aunque sí a aceptar sus resultados —les dijo—. ¿Qué puedo hacer para redimirme?

—Siéntate aquí y repite las sílabas Ma-Ra hasta que regresemos —respondió uno de los sabios.

En cuanto los siete viajeros se marcharon, el ladrón cayó de rodillas y empezó a recitar las dos sílabas; aunque no se daba cuenta, estaba pronunciando el nombre «Rama».

Durante años enteros permaneció allí repitiendo el cántico. Estaba tan inmóvil que a su alrededor comenzó a levantarse un hormiguero, pero el ladrón siguió sin moverse hasta que el hormiguero lo cubrió por completo. Pasaron más años y el ladrón continuaba inmóvil en su hormiguero, sin dejar de recitar el nombre de Rama, hasta que un día los sabios decidieron regresar. Al acercarse, el hormiguero se desintegró y el antiguo ladrón pudo incorpo-

rarse. Tenía la barba y el cabello muy largos y enredados, y brillaba con un aura de santidad. Parecía un hombre nuevo en todos los aspectos. Puesto que se había arrepentido de sus pecados y había vuelto a nacer en el seno de un hormiguero, los santos le pusieron el nombre de Valmiki (del sánscrito *valmik*, que significa hormiguero).

Los años de meditación le habían hecho adquirir un enorme poder espiritual, y de todas partes acudían monjes y devotos a verlo. Un día, Valmiki decidió visitar el río Tamasa, que nace en los montes Rhiksha, y bañarse en sus aguas sagradas en el punto de confluencia con el Ganges. Por el camino le llamaron la atención dos palomas que se arrullaban, e hizo a sus discípulos un comentario acerca de la inocencia del amor de los animales. No había acabado de hablar cuando una flecha atravesó el corazón de una de las palomas. Valmiki soltó un respingo y maldijo al cazador. En cuanto hubo pronunciado su maldición. Valmiki se dio cuenta de que sus palabras poseían un cierto ritmo. Hay quien dice que la maldición de Valmiki fue la primera estrofa poética que se compuso. Por haberla ocasionado el dolor del primer poeta, se llamó a este tipo de poesías «shloka», derivado de la palabra *shoka*, que significa «dolor».

Aquel mismo día, el propio Brahma acudió a visitar a Valmiki.

—Todo lo que te ha ocurrido forma parte de mi plan —le dijo—. Ahora quiero que escribas la historia de Rama.

—Pero si no conozco la historia de ese Rama —protestó Valmiki.

—Escribe todo lo que sabes e incluso lo que no sabes. Tu relato vivirá mientras sigan existiendo los océanos y las montañas —replicó Brahma.

Al marcharse el Creador, Valmiki quedó muy preocupado, pero decidió tener fe en Brahma y tratar de cumplir su divino encargo. Cayó en un profundo trance, concentrándose exclusivamente en Rama, cuyo nombre había repetido durante tantos años. Y entonces ocurrió un milagro: ante los ojos de Valmiki apareció la gran ciudad de Ayodhyá y se desplegó toda la vida de Rama.

Así fue como se escribió la gran epopeya del *Ramayana*, y se dice que aquellos que la leen con respeto y concentración se ven libres del peso de sus pecados.

Los primeros años de Rama

La espléndida ciudad de Ayodhyá era la capital del reino de Kosala, cuyo rey, Dasharata, era célebre por su valor en la batalla. En más de una ocasión, había ayudado incluso a los dioses en sus guerras con los demonios, privilegio que está al alcance de muy pocos mortales. Su pueblo lo amaba tanto como los propios dioses, pues se trataba de un rey benévolo y justo, pero Dasharata sentía una profunda tristeza, porque a pesar de haberse casado tres veces no tenía herederos. Sus esposas, princesas de importantes reinos, no le habían dado ningún hijo. Un día, Vasishta, el sabio de la corte, le aconsejó ofrecer un sacrificio con el fin de tener un hijo.

Se encendió un fuego ceremonial y Vasishta comenzó a oficiar los ritos. Mientras rezaba, las llamas se elevaron en el aire y una figura humana empezó a formarse en medio del fuego. Nadie lo sabía, pero se trataba de Visnú, el Restaurador.

—Dales esto a tus reinas —le dijó Visnú a Dasharata, entregándole un cuenco lleno de néctar—, y ellas te darán hijos.

Dasharata cayó de rodillas, dio las gracias al dios y corrió junto a sus esposas con la bebida mágica. Poco tiempo después, la primera reina, Kaushaliya, dio a luz un niño, al que llamaron Rama-Chandra. La segunda reina, Kaikeyi, tuvo otro hijo, al que pusieron el nombre de Bharata; y la reina más joven, Sumitra, alumbró a los gemelos Lakshmana y Shatrughana.

Cuando los niños crecieron, Rama-Chandra dio muestras de gran destreza como guerrero y estadista. Se asemejaba a Visnú, el Espíritu Supremo, pues en realidad el propio Visnú había reencarnado parcialmente en él, para cumplir una tarea especial en la Tierra. Sin embargo, ni el propio Rama se daba cuenta de que una parte de su ser era un dios. Rama era un joven moreno como una nube de tormenta; sus ojos tenían la forma de una flor de loto y eran tan negros y brillantes como su cabello rizado. Aunque su contextura era esbelta, tenía un pecho tan fuerte como el de un león. Sus brazos eran muy largos y sus manos, aunque fuertes, tenían dedos delicados, con uñas que brillaban como el nácar. Y su rostro relucía como la luna de otoño, con la belleza de la verdad y el amor. Todo el mundo lo apreciaba y daba

por seguro que sería un buen rey, pero Dasharata había prometido al padre de su segunda esposa que el hijo de ésta sería coronado como príncipe de Ayodhyá. Sin embargo, Kaikeyi, que era la segunda esposa y la favorita de Dasharata, se mostró de acuerdo en que Rama fuera rey.

Desde un principio, Lakshmana creció muy apegado a su hermano Rama, mientras su gemelo Shatrughana hacía mejores migas con Bharata, pero los cuatro príncipes se amaban entre sí y crecieron felices juntos, estudiando las artes, las ciencias, la escritura y los asuntos de estado. Un día, cuando aún eran jóvenes, llegó a la corte de Dasharata el gran sabio Vishvamitra.

—Necesito la ayuda de Rama —declaró— para derrotar a una diablesa que me acosa.

—Pero si no es más que un niño —protestó el rey.

Pero Vasishta le aconsejó que dejara que Rama fuera con Vishvamitra:

—Es uno de los sabios más grandes del mundo —explicó—, y a Rama le resultará muy provechoso pasar algún tiempo con él.

De mala gana, Dasharata cedió a las recomendaciones, y permitió que Rama y Lakshmana volvieran con Vishvamitra al retiro de éste. Cuando llegaron allí, Vishvamitra le entregó a Rama unas armas mágicas y con ellas, tras una dura lucha, Rama consiguió vencer a la diablesa.

—Ahora —dijo el mago—, viajarás conmigo a la capital de Vaideha, donde el rey Janaka se dispone a escoger un esposo para su hija Sita.

Esta era la verdadera razón por la que Vishvamitra había querido sacar a Rama de la corte, sabiendo que no le costaría mucho derrotar a la diablesa.

Sita era hija de la Tierra. Había surgido en forma de bebé ante el rey Janaka en un surco de un terreno arado, y se había criado como hija del rey, pero en realidad se trataba de una nueva encarnación de Lakshmi, la eterna esposa de Visnú en todas las encarnaciones de éste; esta vez había renacido para casarse con Rama. Como prueba de su origen divino, siempre dejaba a su paso una estela de luz. Era tan delicada y graciosa como un cisne; llevaba perlas en sus negros cabellos y su frente era como la media luna, adornada con joyas resplandecientes. Sus cejas describían un arco perfecto y bajo ellas brillaban unos ojos de ciervo, protegidos por lustrosas pestañas. Tenía los labios como corales y el cuello esbelto y con pecas. Su voz era tan dulce como el canto de un ruiseñor. Todo el que la veía una vez amaba a Sita al instante.

Todos los pretendientes a su mano debían participar en una competición denominada swayamvara, para decidir quién era el más digno de casarse con ella. En el centro del salón de la corte se había colocado un arco, regalo de Siva, y aquel que lograra levantarlo sería el agraciado. Cientos de aspirantes lo intentaron sin éxito. Y entonces, con gran alegría de Sita, Rama no sólo levantó el arco sino que tuvo fuerza suficiente para romperlo. Cuando la noticia de la próxima boda llegó a Ayodhyá, el rey Dasharata no cabía en sí de gozo y se apresuró a acudir a la ceremonia. Una vez concluidas las celebraciones, Rama, Sita y Dasharata regresaron a Ayodhyá y toda la ciudad salió a su encuentro. Tuvieron lugar nuevos festejos para dar la bienvenida a Sita, y entonces un hermano de la reina Kaikeyi se dirigió a Dasharata:

—Mi padre desea que su nieto Bharata venga conmigo para vivir unos años en nuestro reino y aprender nuestras costumbres. Ahora que han terminado los festejos, Majestad, ¿puedo llevarme a Bharata?

Dasharata accedió de mala gana y Bharata se marchó a la corte de su abuelo.

Pasaron los años y Rama demostró ser un buen esposo. Sita, por su parte, era una esposa amantísima y los dos vivían felices. Dasharata echaba de menos a Bharata, pero algo le preocupaba aún más: Rama tenía que ser proclamado rey antes de que Bharata regresara, porque Dasharata quería evitar las disputas entre los dos hermanos. Así pues, el rey convocó un consejo de ministros, sabios y reyes aliados, y anunció su decisión de coronar a Rama rey de Ayodhyá.

El consejo discutió el asunto y aprobó por unanimidad la decisión. Se hizo llamar a Rama y Dasharata le designó oficialmente como sucesor ante la asamblea. Luego llevó a Rama a sus habitaciones privadas y le comunicó que la coronación se celebraría al día siguiente. Rama se sorprendió mucho de que la coronación fuera a tener lugar antes de que regresara Bharata.

—Estas cosas tienen el poder de crear impulsos traicioneros en el más leal de los hom-

bres —explicó el rey, acallando las protestas de Rama— y lo mejor es hacerlas cuanto antes.

A continuación, dio instrucciones a Rama para que ayunara en compañía de Sita, como preparación para la ceremonia del día siguiente.

Tras ordenar a sus ministros que hicieran los preparativos necesarios para la coronación, Dasharata fue a los aposentos de Kaikeyi para comunicarle la noticia.

—La reina está en la Sala de Protestas, mi señor —dijo el sirviente de Kaikeyi.

La Sala de Protestas era un recinto reservado a las reinas que tuvieran alguna queja, y nunca se había utilizado durante todo el reinado de Dasharata, por lo que el rey se dirigió allí un tanto intranquilo.

Kaikeyi yacía tendida en el suelo, con el cabello desordenado y las joyas esparcidas por el suelo, llorando y lamentándose. Dasharata cayó de rodillas y le acarició con suavidad el pelo, preguntando:

—¿Quién te ha ofendido, querida reina mía?

—Nadie —respondió ella—, pero quiero pedirte ahora los dos deseos que me prometiste cuando te salvé la vida en el campo de batalla. Si me los niegas, me mataré.

Dasharata permaneció callado un momento mientras recordaba la batalla de la que hablaba Kaikeyi. El dios Indra había pedido a Dasharata que detuviera al demonio Shambara, cuyas incursiones preocupaban a los dioses. Dasharata había derrotado a los ejércitos del demonio, pero cayó gravemente herido en el campo de batalla y pensó que no saldría vivo. Kaikeyi, que había insistido en acompañarlo al combate, lo había llevado hasta su tienda y lo había cuidado día y noche hasta que se restableció. El rey, agradecido, le había prometido concederle dos deseos, pero ella había respondido «Estás vivo, señor, y eso es cuanto necesito. Déjame guardar mis dos deseos y te los recordaré cuando tenga necesidad». Ahora, el rey se daba cuenta de que Kaikeyi estaba a punto de pedirle algo que le costaría mucho conceder.

—Tú y Rama sois los dos seres que más quiero en el mundo —dijo—. Pide lo que desees y juro que lo tendrás.

—Entonces deseo, en primer lugar, que destierres a Rama durante catorce años; y, en segundo lugar, quiero que hagas rey a Bharata.

Dasharata quedó abrumado. No podía creer que Kaikeyi, que siempre había asegurado que amaba a Rama más que a su propio hijo y había sugerido a menudo que se le proclamase rey, hubiera cambiado tan radicalmente de opinión. Discutió con ella durante toda la noche, pero Kaikeyi no dio su brazo a torcer y Dasharata comprendió que debía mantener su promesa.

Al llegar la mañana, el rey estaba completamente agotado. Le destrozaba la sola idea de perder a su hijo más amado, ahora que empezaba a hacerse viejo, y no tenía valor para hablar con Rama cuando éste acudiera a solicitar su bendición antes de la ceremonia de coronación.

Rama también estaba preocupado.

—¿Habré ofendido a mi padre? —se preguntaba.

Entonces, viendo la severa expresión de Kaikeyi, decidió preguntarle a ésta:

—¿He ofendido a mi padre? ¿Por qué se le ve tan entristecido?

—Escucha, Rama —dijo Kaikeyi con voz dura—: tu padre te ama más que a su propio honor y no se atreve a ordenarte que vayas al destierro durante catorce años, mientras Bharata es coronado rey de Ayodhyá.

—Gracias por decírmelo, madre —replicó Rama—. Na hay mayor virtud que obedecer a los padres. Me marcharé inmediatamente. Bharata será un buen rey.

Rama dijo adiós a su desconsolado padre y después fue a despedirse de su madre, la reina Kaushaliya. Le explicó lo sucedido y le rogó que fuera amable con Dasharata, que estaba desolado por su partida. Con el corazón dolorido, Kaushaliya prometió rezar por la felicidad de su hijo en el exilio.

Entonces Rama acudió a despedirse de Sita y consolarla, pero ella no quiso ni oír hablar de separarse de su marido.

—Si tú puedes vivir entre penalidades y lejos de tu hogar y tu familia, también yo podré —declaró—. Iré contigo, pues ¿cómo iba a ser feliz viviendo entre lujos pero sin ti?

También su hermano Lakshmana se negó a quedarse, y aquel mismo día los tres abandonaron la corte. Rama iba en cabeza, vestido de santón, con el cabello enredado y cubriéndose el cuerpo con una piel de leopardo. Lo único que realmente indicaba que se trataba de un guerrero era la aljaba llena de flechas y el arco que llevaba colgados del hombro.

Rama y los demonios

Los tres se alejaron de la ciudad de Ayodhyá, cruzaron el río Ganges y subieron a los bosques de las laderas del Himalaya, donde llevaron una vida de santidad, dedicada a la oración y el ayuno.

Pasaron los meses y, un día, Rama estaba meditando cuando notó un alboroto en el bosque. Los pájaros levantaban el vuelo y los demás animales se escurrían entre la maleza buscando refugio. Lakshmana se subió a un árbol para tratar de descubrir la causa de aquel alboroto.

—¡Es Bharata! —gritó desde lo alto—. Viene con un ejército. Parece que quiere asegurarse el trono, matándote.

Rama meneó la cabeza en señal de negación.

—Bharata es un buen hombre —respondió—. Precisamente porque nos ama ha emprendido este viaje. Probablemente quiere que volvamos con él a Ayodhyá.

Las palabras de Rama tranquilizaron a su inquieto hermano. Cuando Bharata llegó hasta ellos, saludó cariñosamente a sus hermanos y luego dijo:

—Tienes que volver a Ayodhyá, Rama. Nuestro padre ha muerto de pena y nuestro país necesita a su auténtico rey. El trono te espera. Deja que yo me quede aquí cumpliendo tu destierro mientras tú regresas a hacerte cargo del reino.

Rama abrazó a su hermano y dijo con suavidad:

—Nuestro padre prometió a Kaikeyi que se cumplirían sus deseos. Nuestro deber es procurar que se mantenga su palabra.

Bharata y el sabio Vasishta, que le acompañaba, trataron de hacer cambiar de opinión a Rama, pero éste estaba decidido a cumplir las órdenes de su padre lo mejor que pudiera. Dándose cuenta de ello, Bharata sacó un par de sandalias doradas que había llevado consigo y dijo:

—Póntelas en los pies un momento.

Y cuando Rama lo hubo hecho, Bharata volvió a coger las sandalias con gran respeto.

—Colocaré estas sandalias delante de tu trono, como señal de que en realidad es tuyo —dijo—, y reinaré en tu nombre hasta que tú regreses. Pero si no has regresado dentro de catorce años, entonces me quemaré en una pira funeraria.

Y diciendo esto, dejó a sus hermanos y volvió a Ayodhyá.

Tras la partida de Bharata, Rama decidió seguir viaje y los tres se adentraron en el bosque, donde pronto encontraron a unos ermitaños.

—Nos vemos constantemente acosados por demonios y otros monstruos que infestan el bosque —explicaron los ascetas—. Cada día matan a varios de nosotros, sólo por diversión. Sabemos que tú eres Rama, el poderoso guerrero. ¿Podrías protegernos de estos terribles monstruos?

Rama prometió defender a los santones y los tres continuaron su camino a través del bosque. Poco después se encontraron con un sabio llamado Sutikshin.

—Veo que en el futuro tendrás que pelear con muchos demonios —dijo el sabio— y que por lo general saldrás vencedor. Pero cuídate de una gacela que retoza en un claro del bosque, pues se trata de un mal presagio.

Ninguno de los tres comprendió las misteriosas palabras, pero de todas formas dieron las gracias a Sutikshin por el aviso y prosiguie-

ron su viaje. Al cabo de un cierto tiempo llegaron a orillas de un lago y allí oyeron unas voces exquisitas que cantaban; se trataba de las voces de cinco doncellas celestiales que en cierta ocasión habían descendido del Cielo en aquel punto. Rama decidió construir allí una casa para vivir con Sita y Lakshmana en la orilla del lago. Allí permanecieron durante diez años, y Rama mantuvo su promesa de proteger a los ascetas de los monstruos y demonios del bosque; tanto se esmeró en ello que acabó por no quedar ni un solo monstruo.

Rama y sus compañeros decidieron reemprender sus viajes. Por el camino se encontraron son un enorme buitre que se presentó como Jatayú, rey de las aves.

—Fui amigo de tu difunto padre —dijo Jatayú—, y quiero que tú también me consideres tu amigo.

Rama le dio las gracias y los tres continuaron su camino hasta llegar a un lugar llamado Panchavati, donde decidieron establecerse. Pero no estaban destinados a permanecer allí mucho tiempo. Una diablesa, llamada Shurpanakha, vio a Rama y se enamoró de él. Transformándose en una hermosa mujer, fue al encuentro de Rama.

—Cásate conmigo —le dijo—. Devoraré a Sita y rondaremos felices por los bosques para siempre.

Rama no cayó en la tentación.

—Amo a mi esposa. Tendrás que buscar marido en otra parte.

La despechada Shurpanakha trató de matar a Sita, pero Lakshmana le cortó la nariz y las orejas y la persiguió hasta el bosque.

Desfigurada y ansiosa de venganza, Shurpanakha se dirigió a Janastán, el país de los demonios, donde reinaba su hermano Khara.

—Escucha las súplicas de tu hermana —sollozó la humillada diablesa—. Tienes que vengarme con tu horda de demonios. Quiero beber la sangre de Sita y Lakshmana

—No descansaré hasta haberte vengado —prometió Khara.

El demonio reunió un ejército de catorce mil demonios y marchó sobre Panchavati. El estruendo que hacía el ejército al aproximarse era tan fuerte que hasta los dioses lo oyeron y se asomaron a la Tierra para ver qué sucedía. Cuando Rama vio el ejército, escondió a Sita y Lakshmana en una cueva y, al acercarse los demonios, disparó una lluvia de flechas con su arco. Al poco tiempo, sólo Khara quedaba con vida. Sacando fuerzas de la desesperación, Khara arrancó el arco de las manos de Rama y destrozó el escudo de éste con su maza. A continuación arrancó un árbol y lo arrojó contra Rama, que lo esquivó justo a tiempo, recuperó apresuradamente su arco y lanzó una serie de flechas contra Khara. Por fin, cayó el último de los demonios, y su reino quedó completamente desolado.

Arriba en los cielos, los dioses dejaron escapar un suspiro de alivio. Estaba a punto de cumplirse la misión para la que habían puesto a Rama en la Tierra.

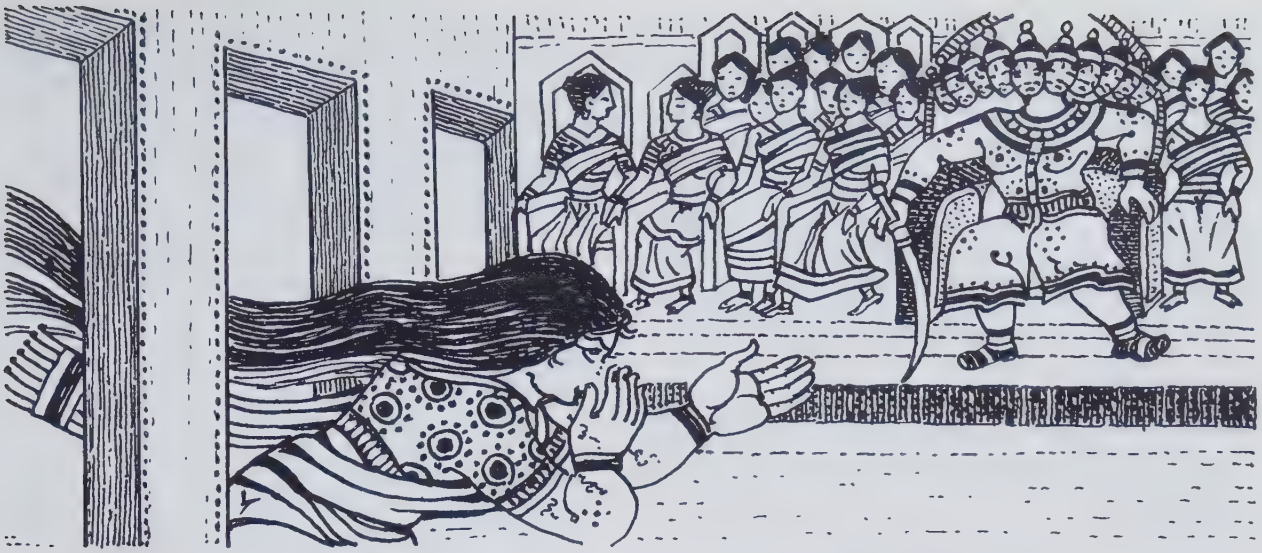
Sita y el rey de los demonios

El reino de Lanka había sido creado para Kuvera, dios de la riqueza, y hasta sus edificios más humildes estaban hechos de oro macizo; estaba repleto de espléndidos jardines y mansiones blancas como las nubes. Vishvakarma, el arquitecto de los dioses, lo había construido suspendido en el aire, pero ahora descansaba en medio del océano Indico, adonde lo había arrastrado Vayú, dios del viento, en un momento de furia. Allí sigue todavía, aunque ahora se lo conoce como la isla de Sri Lanka.

La capital de Lanka estaba protegida por siete anchos fosos y siete colosales murallas de piedra y metal, pero Kuvera ya no reinaba allí porque, muchos años atrás, el demonio Ravana lo había derrotado, conquistando el reino de Lanka.

Ravana era hermano de los demonios Khara y Shurpanakha, y los dioses lo odiaban más que a ninguna otra criatura. Su madre era una diablesa, pero su padre había sido un brahmán que le enseñó a ayunar y rezar. Ravana había rezado y ayunado con tanta devoción que el dios Brahma le prometió concederle un deseo como premio. Ravana había pedido que le hiciera invulnerable a los ataques de dioses y demonios.

Ravana tenía un aspecto terrorífico, con sus diez cabezas y veinte brazos. Sus dientes brillaban como el oro a la luz de la luna creciente, y su descomunal cuerpo estaba cubierto de cicatrices de un millón de combates con dioses y demonios. Ravana podía partir en dos una montaña, agitar los mares y desplazar de los



cielos al sol y la luna. Aprovechándose de que nada podía herirlo, Ravana humillaba a los dioses, obligándolos a realizar tareas de servicio en su palacio. Vayú, el dios del viento, barría los suelos; Kuvera, dios de la riqueza, le proporcionaba oro; Varuna, dios del mar, le proveía de agua; y Agni, dios del fuego, era su cocinero. Ravana se iba convirtiendo rápidamente en la más poderosa de todas las criaturas, hasta que Visnú encontró la solución.

Cuando Ravana logró que Brahma le concediera su deseo, sólo había pedido protección contra dioses y demonios; era demasiado arrogante como para sentirse amenazado por simples hombres y animales. Esto le dio a Visnú una idea: renacería, en su séptima encarnación, como hijo del rey Dasharata, como Rama-Chandra, y bajo esta forma humana podría derrotar a su todopoderoso enemigo. Sin embargo, no conservaría recuerdos de su anterior existencia como dios, y tendría que depender únicamente de su valor y capacidad humanos. Así, mientras Rama cumplía su destino, los dioses aguardaban, seguros de que pronto se verían libres de Ravana. Mientras tanto, Ravana vivía lujosamente en el hermoso reino de Lanka. Un día, Ravana se encontraba sentado en su corte, en compañía de sus numerosas esposas, cuando oyó unos alaridos histéricos y un momento después Shurpanakha entró en el salón.

—Tu hermana pide venganza —aulló la diablesa, echando chispas por los ojos—. Nuestro hermano Khara ha sido destruido con todos sus demonios por Rama de Kosala; es preciso que acabemos con él. Quiero beber la sangre de Lakshmana, que me cortó la nariz y las orejas, y la de Sita, que es la causa de todo. La belleza de Rama me cautivó y me convertí en una hermosa mujer para tentarlo. Creí que ningún hombre podría resistirse, pero no puede vencer el amor que Rama siente por Sita. Es más bella y virtuosa que ninguna otra mujer que haya existido.

Y Shurpanakha empezó a describir la belleza de Sita. Inmediatamente, Ravana sintió el deseo de apoderarse de ella. Subió a su carro mágico y voló sobre el océano hasta donde vivía un demonio llamado Maricha.

—Tienes que ayudarme a acabar con este Rama y arrebatarle su mujer —exigió Ravana—. Rama ha matado a catorce mil demonios y desfigurado a mi hermana sin provocación alguna.

—No conoces a Rama —replicó Maricha—. Es la perfección personificada y tiene a su disposición todas las fuerzas del bien. No podrás derrotarlo.

—Ni siquiera los poderes combinados de los dioses pueden conmigo —rugió Ravana—. Has olvidado mi poder. ¿Cómo te atreves a contradecirme? No tienes más remedio que obedecer. Haz lo que te ordeno o morirás.

Y tras darle cuidadosas instrucciones, Ravana llevó a Maricha a Panchavati, donde vivían Rama, su esposa y su hermano. Nada más llegar, Maricha se transformó en un antílope dorado y se puso a pastar en el claro, junto a la casa de Rama. Sita, que paseaba entre las flo-

res, vio al antílope, y éste la miró con unos ojos tan tristes que Sita quedó fascinada.

—¡Rama, Lakshmana! —gritó—. ¡Venid a ver este ciervo! Capturadlo para que pueda verlo siempre que quiera.

Rama recordó la advertencia del sabio acerca de una gacela que le traería la desgracia, pero Sita no se dio por vencida. También Lakshmana intentó razonar con ella, explicándole que la gacela podría ser un demonio, de los pocos que quedaban vivos, pero Sita se negó a creer que existiera peligro alguno, y por fin Rama accedió a capturar al antílope. No obstante, encargó a Lakshmana que no se moviera del lado de Sita y trazó un círculo a su alrededor.

—Este círculo mágico te protegerá de los demonios. No salgas de él hasta que yo regrese con la gacela.

La cacería fue larga y difícil, pero al fin Rama pudo acercarse lo suficiente para tomar puntería. Se proponía herir levemente al antílope para poder capturarlo, pero falló y la flecha se hundió profundamente en el cuerpo del animal. Al caer, la gacela gritó con la misma voz de Rama:

—¡Ay, Lakshmana! ¡Ay, Sita!

Al oír en la distancia la voz de su esposo, Sita pensó que Rama había sufrido un percance y necesitaba ayuda.

—¡Ve a ayudarlo inmediatamente! —le dijo a Lakshmana—. Rama te necesita.

—Rama me dejó aquí para protegerte —protestó Lakshmana—. No creo que necesite mi ayuda.

Pero Sita se echó a llorar y suplicó con tanto ahínco que Lakshmana accedió a ir a ver si Rama se encontraba herido.

En cuanto Lakshmana desapareció en la espesura, pasó por el claro un santón, que al ver a Sita le preguntó:

—¿Quién eres tú, que vives en el bosque pero vas vestida de seda como los nobles? ¿No tienes a nadie que te proteja?

—Soy Sita —respondió ella, saludando respetuosamente al santón—. Y vivo aquí con mi esposo Rama y su hermano Lakshmana.

—Entonces cumple con tu deber, virtuosa Sita —dijo el santón—, y tráeme algo de comer.

Sita salió del círculo mágico para prepararle comida al monje, pero, en cuanto estuvo fuera, el hombre se le echó encima.

—Soy Ravana, el de las diez cabezas, señor de Lanka —dijo el falso santón—. Sé mi esposa y te convertirás en señora del señor de los dioses.

Sita trató de resistirse, forcejeando y suplicando, pero Ravana la tenía bien sujeta por los cabellos. El demonio la ató a su carro y salió volando rumbo a Lanka. Durante el trayecto, Sita acertó a ver al buitre Jatayú y lo llamó.

—¡Rey de las aves! —rogó Sita—. ¡Dile a Rama que Ravana me ha secuestrado!

Jatayú voló frente al carro, extendiendo sus gigantescas alas para cortarle el paso a Ravana, pero el demonio desenfundó su espada y de un solo tajo le cortó un ala al buitre, que tuvo que descender maltrecho al suelo.

—No he podido ayudarte, Sita, pero informaré a Rama de tu situación —gritó el buitre mientras el carro volador se alejaba.

Entonces Sita empezó a arrojar sus joyas al suelo, con la esperanza de dejar una pista que Rama pudiera seguir. Al pasar sobre la cima de una montaña, vio abajo un grupo de monos y les tiró un puñado de joyas, junto con un pañuelo de hilo de oro, pensando que los monos se lo enseñarían a Rama si éste pasaba por allí yendo en su busca.

No tardaron mucho en llegar a Lanka. Una vez allí, Ravana instaló a Sita en su palacio y comenzó a cortejarla, convencido de que tarde o temprano accedería a ser su esposa. Pero Sita no tenía ninguna intención de ceder. Se cubrió la cara con un velo y se limitó a repetir que era esposa de Rama y que jamás se casaría con otro, aunque ello le costase la vida. Por fin, Ravana se hartó de sus negativas y la arrojó a un bosquecillo de árboles azoka, encargando de su vigilancia a un grupo de diablesas.

—Si no entras en razón en el plazo de un año, te devoraré —fue su última advertencia.

Sita esperó angustiada que Rama acudiera a salvarla, pero los meses iban pasando. Tenía las ropas hechas jirones, el cabello descuidado y el cuerpo tan enflaquecido que parecía reducida a piel y huesos. Y Rama seguía sin aparecer.

A pesar de todo, los dioses se congratulaban, porque sabían que pronto llegaría el día en que Rama atacaría Lanka para rescatar a Sita y, cuando aquel día llegara, sería el fin de Ravana.

La búsqueda de Sita

Rama no se sintió sorprendido de que la gacela dorada se hubiera transformado en un demonio al morir, pero esto le hizo pensar en la seguridad de Sita y volvió a su casa a todo correr. En el camino se tropezó con Lakshmana.

—¿Por qué has dejado sola a Sita? —preguntó indignado.

—Hemos oído tu voz y creímos que estabas en peligro —explicó Lakshmana—. Sita insistió en que viniera a ver qué te ocurría.

Sospechando lo peor, los dos hermanos echaron a correr. Pero antes de llegar a la casa encontraron a Jatayú, el buitre, tendido en un charco de sangre.

—Rama —susurró Jatayú—, date prisa. El demonio Ravana, rey de Lanka, se ha llevado a Sita. Intenté impedirlo, pero no lo conseguí. Pero no estoy triste, pues ahora veo bosques y campos dorados; es una señal de que voy a morir e iré al Cielo. Ravana fue hacia el sur. Síguelo y no desesperes; conseguirás encontrar a Sita.

Jatayú expiró y Rama y Lakshmana prepararon una pira funeraria. Cuando las llamas se alzaron, descendió del Cielo un carro de fuego que se llevó su espíritu al paraíso.

Los hermanos se pusieron en camino hacia el sur, buscando algún tipo de pista. Pronto se adentraron en un bosque de aspecto aterrador, repleto de demonios y fieras salvajes. De repente, vieron que los árboles que tenían delante eran arrancados de raíz, y que hacia ellos avanzaba un enorme ogro, con los brazos del tamaño de troncos de árbol, aplastando todo lo que encontraba a su paso. Pero lo más terrorífico era que el monstruo no tenía cabeza.

Rama y Lakshmana habían oído hablar de este ogro y sabían que su nombre era Kabandha. Por primera vez en su vida, Lakshmana tembló de miedo, y el propio Rama no estaba seguro de que pudiera derrotar a semejante monstruo, pero ninguno de los dos hermanos estaba dispuesto a rendirse sin luchar. Esquivaron los golpes del ogro y le atacaron al mismo tiempo, cortándole los brazos con sendos golpes de sus espadas. Con los brazos cercenados, Kabandha quedó indefenso. Entonces, con una voz tan suave que parecía proceder del mismo aire, el ogro preguntó:

—¿Quién me ha derrotado? —y al oír los nombres de Rama y Lakshmana, exclamó—: ¡Entonces, por fin soy libre!

A continuación, Kabandha explicó que era un inmortal que, en cierta ocasión, se atrevió a desafiar el poder del dios Indra. Indignado, Indra le había cortado la cabeza y le había dicho que permanecería descabezado hasta que Rama y Lakshmana le cortaran los brazos.

—Aunque soy inmortal, prefiero morir ahora, y os ruego que queméis mi cuerpo con todas las ceremonias adecuadas, para que mi alma pueda alcanzar la liberación —les dijo—. A cambio, os diré cómo podéis encontrar a Sita.

Rama accedió a lo que Kabandha le pedía. Al encender el fuego, se alzó entre las llamas un espíritu radiante que les dijo:

—Buscad a Sugriva, el rey de los monos, que está en el exilio. Su hermano Valina ha usurpado su trono y tendréis que ayudar a Sugriva a recuperarlo. Entonces Sugriva y sus monos os ayudarán a rescatar a Sita, pues estos monos son de origen divino y poseen poderes sobrehumanos. Dicen que el padre de Sugriva es el propio Surya, dios del sol.

Animados por estas palabras, Rama y Lakshmana apresuraron el paso, rumbo al sur. Poco después llegaron a un lago cuya superficie aparecía rebosante de lotos y nenúfares.

Rama empezó a vadear el lago, con el corazón oprimido por la pérdida de Sita. A mitad del mismo vieron un enorme mono, tan alto y fuerte como una torre, con el rostro rojo como un rubí y el cuerpo brillante como el oro fundido. Se encontraba encaramado en una roca y su cola se extendía tras él hasta una gran distancia. Al ver acercarse a los príncipes, saltó de la roca y voló hacia ellos, hablando con voz suave y respetuosa.

—Soy Hanuman, hijo de Vayú, dios del viento. Estoy al servicio de Sugriva, rey de los monos, cuyo hermano le ha arrebatado su reino y su esposa. Habíamos oído que estabais por aquí y conocemos vuestra reputación como guerreros. Sugriva me ha enviado en vuestra busca, para ofreceros su amistad.

Cuando Hanuman se enteró de que los hermanos también buscaban ayuda, les dijo que se subieran a sus hombros y de un solo salto los llevó a la montaña donde se encontraba Sugriva. Este les enseñó las joyas y el pañuelo que Sita había dejado caer desde el carro volador de Ravana.

—Ayudadme a recuperar mi reino de manos de mi perverso hermano, Valina —propuso Sugriva—, y yo os prometo que os ayudaré a rescatar a Sita.

—Te ayudaremos con mucho gusto —prometió Rama.

Al día siguiente, Rama y Lakshmana se pusieron en camino en compañía de Sugriva, Hanuman y su pequeño grupo de monos. Se ocultaron en los bosques que rodeaban la ciudad de Valina, mientras Sugriva se adelantaba hasta las puertas de la misma y empezaba a vociferar para hacer salir a Valina. Enfurecido por el desafío, Valina salió al frente de sus soldados. Los hermanos lucharon encarnizadamente hasta que Sugriva se vio obligado a pedir ayuda. Al ver que su amigo se debilitaba, Rama disparó una flecha que alcanzó a Valina en el corazón, matándolo instantáneamente.

Rama había cumplido su promesa. Sugriva era rey de nuevo y estaba dispuesto a ayudarlo a encontrar a Sita, pero habían llegado los monzones de verano y las lluvias torrenciales hicieron imposible proseguir la búsqueda. Tendrían que esperar a que terminara el verano para reemprenderla.

Las aventuras de Hanuman

Cuando por fin terminaron las lluvias monzónicas, Sugriva consideró llegado el momento de pagar su deuda con Rama, e hizo llamar a Hanuman.

Hanuman podía volar y saltar hasta la altura de las nubes; era, además, un experto mago, y tan sabio que nadie lo superaba en la interpretación de los *shastras*, o libros hindúes de la sabiduría. Si alguien podía encontrar a Sita, ése era Hanuman.

—Vuelve dentro de un mes para informarnos de lo que hayas averiguado —le ordenó Sugriva.

Rama estaba seguro de que Hanuman encontraría a su amada Sita y le dijo:

—Como muestra de la fe que tengo en ti, Hanuman, te doy mi anillo. Cuando encuentres a Sita, enséñaselo, y ella sabrá que yo te he enviado.

Hanuman partió con un ejército de monos y en compañía de Jambavana, rey de los osos, al que también seguía su ejército. Miles de monos y osos buscaron por todos los rincones del país, pero no averiguaron nada. El plazo de un mes estaba a punto de cumplirse y Hanuman se desesperaba, humillado por su fracaso. Por fin convocó a su ejército y anunció:

—He fracasado en mi misión y perdido un mes. No puedo soportar la humillación de este fracaso y merezco morir.

Hanuman estaba a punto de matarse cuando uno de sus compañeros observó un buitre de aspecto débil que planeaba en lo alto, con la esperanza de devorar el cadáver. El mono hizo señas al buitre y le gritó:

—Tu rey, Jatayú, vio el rapto de la esposa de Rama. ¿Puedes tú darnos alguna pista?

El buitre se dio cuenta de que aquellas criaturas sobrehumanas defendían una buena causa y decidió ayudarlas.

—Soy Sampati, hermano de Jatayú —dijo—. Me quemé las alas una vez que volaba demasiado cerca de Surya, el dios del sol, y desde entonces perdí la fuerza. No puedo ayudaros físicamente, pero un día oí a una mujer que llamaba a Rama y Lakshmana desde un carro volador. Sé que el demonio vive en una isla situada a cien leguas mar adentro. Se llama Lanka y la construyó Vishvakarma.

Surya, el dios del sol, había prometido a Sampati que sus alas recuperarían la fuerza si ayudaba a Rama, y el ave aún estaba hablando cuando sintió que las plumas volvían a crecerle y le volvían las fuerzas. Los osos y los monos le agradecieron su ayuda y se pusieron en camino hacia la costa del océano Indico, mientras el buitre se alejaba volando. Cuando llegaron a la costa, Hanuman respiró hondo, llenándose el pecho de brisa marina. Luego, enarbolando la cola, subió a una alta montaña mientras lanzaba rugidos de alegría. En la cima de la montaña, Hanuman se detuvo a rezar, preparándose para dar el tremendo salto que lo llevaría a Lanka. Tendría que ir solo, pues ninguno de sus acompañantes sería capaz de seguirlo.

Entonces, Hanuman saltó como una flecha disparada del arco, volando a través de las nubes y sobre las aguas, hasta caer en la isla de Lanka. Se acercó a la capital y decidió esperar hasta la noche para escabullirse por la puerta, pero los demonios centinelas lo descubrieron y atacaron. Hanuman tuvo que luchar y mató a todos sus atacantes.

A continuación se dirigió al palacio de Ravana y buscó en todos los pisos y habitaciones. Pero no cabía duda de que Sita no se encontraba allí.

Cuando salía del palacio, vio una luz que brillaba entre las hojas de un grupo de árboles, dio un salto hasta la arboleda y vio que la luz procedía de Sita, que aún seguía brillando con pálido resplandor. Debilitada por el hambre y las penalidades, la esposa de Rama estaba sentada tan inmóvil como una estatua. Hanuman se preguntaba qué hacer cuando oyó unos toques de trompeta que anunciaban la llegada de Ravana. Como de costumbre, Ravana le habló a Sita de amor, diciéndole que era una locura mantenerse fiel a Rama cuando se le ofrecía alguien a quien los propios dioses temían. Pero Sita se negó a escuchar y se limitó a trazar en el suelo una línea entre los dos.

—Jamás cruzaré esta línea, porque soy la esposa de Rama y no amaré a ningún otro. No deberías fijarte en la mujer de otro, Ravana. Aún es posible que Rama te perdone si me devuelves a él —dijo.

Furioso, Ravana se dio la vuelta.

—He esperado casi un año —rugió—. Si no has cambiado de opinión dentro de dos meses, al cumplirse el plazo ordenaré que me seas servida como desayuno.

Y con estas palabras se marchó.

En cuanto Ravana se hubo ido, Hanuman se deslizó silenciosamente entre los árboles, se inclinó ante Sita y le mostró el anillo que Rama le había entregado. Luego se presentó con estas palabras:

—Rama me encargó que te encontrara. Está bien, aunque muy preocupado por ti.

Sita pidió más noticias de Rama y Lakshmana y se extrañó de que aún no hubieran acudido a rescatarla. Hanuman explicó las dificultades que habían tenido para encontrarla.

—Dile a Rama de mi parte —dijo Sita— que me queda un mes de vida. Pasado el mes, juro que moriré.

Por último, le entregó a Hanuman una joya para que pudiera demostrar que la había encontrado. Hanuman prometió cumplir su encargo y se despidió, dispuesto a causar el mayor daño posible en Lanka antes de regresar con la noticia. Empezó a matar a las diablesas que vigilaban a Sita. Cuando los aterrados cortesanos informaron a Ravana de que un terrible mono había destrozado la arboleda, Ravana envió ochenta mil soldados contra él, pero Hanuman encontró un enorme garrote y les aplastó el cráneo de un solo golpe. Luego prendió fuego al templo de Ravana y mató a muchos de sus ministros y guerreros. Pero entonces, el más fuerte de los hijos de Ravana, llamado Indrajit, disparó una flecha que el propio Brahma le había regalado a Ravana y que estaba infundida de su poder divino. La flecha derribó a Hanuman y los esbirros de Ravana lo apresaron y lo llevaron en presencia de éste. Aun cautivo, Hanuman habló con orgullo:

—Soy Hanuman, hijo de Vayú y emisario de Rama. He venido a traerte un mensaje de su parte: devuelve a Sita a su legítimo esposo. Estas son las órdenes de Rama, y si no obedeces serás destruido.

Ravana se enfureció de tal modo ante las palabras de Hanuman, que intentó matarlo allí mismo, pero sus ministros le disuadieron.

—No es prudente matar al emisario de un enemigo —le aconsejaron—. ¿Por qué no le ofreces a Rama una muestra de tu poder, prendiendo fuego a la cola de Hanuman? La cola es algo muy importante para el mono, y sin ella estará desfigurado como tu desdichada hermana Shurpanakha.

Ravana accedió con un gruñido y los demonios procedieron a engrasar la cola de Hanuman y envolverla en algodón para que ardiera más fácilmente; luego la prendieron fuego. Pero aunque la cola de Hanuman ardía, Agni, el dios del fuego, lo protegió y Hanuman no sintió dolor. Mientras se preparaba para abandonar Lanka, Hanuman decidió hacer un último intento de desorganizar la isla antes de que empezara la guerra. De un salto, se plantó en el centro de la fortaleza de Ravana y empezó a agitar su larguísima cola, haciendo caer una lluvia de chispas por todas partes hasta que la ciudad entera fue pasto de las llamas. Luego, dando las gracias a Agni por su ayuda y ofreciéndole la ciudad incendiada a modo de sacrificio, corrió a la playa y metió la cola en el agua para apagar el fuego. Con otro prodigioso salto, regresó a la montaña del continente, donde se le recibió como a un héroe y tuvo que contar sus aventuras a los monos y a los osos. Y por fin emprendieron el viaje de regreso para ver a Rama, que aguardaba impaciente noticias de Sita.

La muerte de Ravana

Hanuman le entregó a Rama la joya que le había dado Sita y le explicó todo lo sucedido desde que partió la expedición. Inmediatamente, Rama partió hacia la costa, seguido por un ejército de monos y osos. Nada más llegar a la orilla del mar, una figura se acercó a Rama y le dijo:

—Soy Vibhishana, hermano de Ravana. He intentado convencer a Ravana de que devuelva a Sita y evite el derramamiento de sangre, pero no ha querido escucharme, de modo que estoy dispuesto a ayudarte todo lo que pueda. Poseo un poder especial: puedo ver a Indrajit, hijo de Ravana y su más formidable guerrero, allí donde se encuentre. Puede que esto te resulte útil en la batalla que se avecina.

Rama dio las gracias a Vibhishana y juró protegerlo, puesto que había abandonado su hogar y su familia para acudir en su ayuda. Luego se acercó a la orilla para rezar, solicitando el auxilio de Sagara, dios del océano, para cruzar el mar hasta Lanka.

Siguiendo los consejos de Sagara, los monos construyeron un puente que cubría las cien leguas de mar que separaban la India de Lanka, y, al poco tiempo, Rama, Lakshmana y los ejércitos de monos y osos llegaban a la isla. Los monos se extendieron rápidamente. Mientras tanto, Rama envió un mensaje a Ravana:

«He llegado a Lanka. Devuélveme a mi esposa o acabaré contigo y con tus demonios a flechazos. Si no me haces caso, lo perderás todo.»

El arrogante mensaje de Rama enfureció a Ravana, que ordenó a su hijo Indrajit que atacara a los invasores. Se desencadenó una terrible batalla y parecía que las tropas de Rama llevaban ventaja, cuando Indrajit se hizo invisible e hirió a Rama y a Lakshmana con su flecha mágica, la misma que había derribado a Hanuman, que siempre daba en el blanco y después volvía a su dueño. La flecha hirió gravemente a los dos hermanos e Indrajit siguió disparando, haciendo caer a muchos monos y osos, que no veían de dónde llegaba el ataque.

Pero entonces, Vibhishana, el hermano de Ravana, utilizó sus poderes para localizar a Indrajit y consiguió herirlo. Indrajit se vio obligado a abandonar el campo de batalla, jactándose de haber matado a Rama y a Lakshmana. Los osos y monos supervivientes contemplaron desolados el cuerpo caído de Rama y, con gran alivio, lo vieron moverse. De pronto estalló en el cielo una gran llamarada y de ella surgió una espléndida águila; se trataba de Garuda, la montura de Visnú, que descendió a tierra como un meteoro, se acercó a Rama y le dijo:

—Me han enviado para curar tus heridas y las de Lakshmana.

Y diciendo esto los abrazó, infundiéndoles nueva vida, y remontó de nuevo el vuelo.

En su palacio, Ravana escuchó los vítores de los monos y salió al frente de sus mejores guerreros. Los terribles demonios se lanzaron a la carga, pero Hanuman los mató a casi todos con facilidad, rechazando el ataque de Ravana. Por fin, Ravana comprendió que su único recurso consistía en despertar a su hermano, el voraz gigante Kumbhakarna, que permanecía dormido seis meses al año. Para despertarlo fue necesario que todos los habitantes de la ciudad hicieran ruido; tras mucha discusión, Kumbhakarna accedió a ayudar a Ravana y se bebió dos mil jarras de licor para coger fuerzas antes de salir a enfrentarse con Rama. Un tanto achispado, Kumbhakarna avanzó contra los ejércitos de Rama blandiendo su maza por encima de la cabeza. La batalla parecía perdida, y los osos y monos caían a centenares. Rama tomó su arco y disparó una lluvia de flechas contra el gigante, hasta que por fin lo hizo caer al suelo. Pero seguía agitando los brazos y derribó batallones enteros de monos, hasta que Rama pudo rematarlo de un certero flechazo. Durante algún tiempo cesó la lucha, pero pronto Indrajit se encontró lo suficientemente recuperado como para reemprender el combate. Montó en su carro y voló sobre las filas de osos y monos, acribillándolos con flechas y lanzas. Jambavana, Sugriva, Rama y Lakshmana cayeron heridos antes de que Indrajit regresara a su palacio y la lucha cesara.

Aquella noche, Jambavana, rey de los osos, habló con Hanuman acerca de unas hierbas curativas que crecían en el monte Kailasa, residencia de Siva.

—Esas hierbas pueden curar a nuestros heridos —dijo—, si es que podemos encontrarlas.

Hanuman voló directamente hasta Kailasa, pero fue incapaz de identificar las hierbas. Ansioso por regresar antes de que amaneciera,

arrancó toda la cima de la montaña y se la llevó a Jambavana, que encontró las hierbas y curó a los heridos con ellas. Entonces, Hanuman devolvió la cima a su montaña.

Con sus fuerzas y su entusiasmo renovados, los monos estaban decididos a terminar la guerra por la vía rápida. El rey Sugriva los guió en una carga contra las murallas de la fortaleza de Ravana y consiguió incendiar la ciudadela. En la lucha que siguió murieron todos los demonios, a excepción de Indrajit y Ravana. Viendo que todos sus guerreros habían caído, Ravana se volvió hacia su hijo:

—Rama es poderoso, pero tú has demostrado serlo más, puesto que ya lo has herido dos veces. Si matas a Rama y a Lakshmana aún podemos ganar esta guerra.

Indrajit se lanzó una vez más al ataque, utilizando todas las tretas diabólicas que conocía. Con el fin de acobardar a Rama, conjuró en su carro una imagen de Sita decapitada y se lanzó en picado desde el cielo. Pero Lakshmana tomó una flecha que le había dado Indra y la disparó contra Indrajit, arrancándole la cabeza de los hombros. El demonio estaba derrotado definitivamente.

A Ravana ya no le quedaba más remedio que enfrentarse a Rama personalmente. Desconsolado por la muerte de su hijo, salió de su fortaleza montado en su carro mágico y empezó a disparar flechas contra Rama con sus veinte brazos. Los dioses consideraron que aquello no era justo y enviaron a Matali, el cochero celestial, para que ambos combatientes se pusieran a la misma altura. Entonces Rama entonó un himno a los dioses, bebió tres tragos de agua para purificarse y prosiguió la batalla. Por fin, una de sus flechas atravesó el corazón de Ravana, haciéndolo caer a tierra.

Vibhishana, el hermano de Ravana, contempló el cadáver del otrora poderoso demonio, cubierto de sangre y polvo.

—¡Si hubieras hecho caso de lo que te dije —se lamentó—, se habría evitado toda esta destrucción!

Rama apoyó la mano en el hombro de Vibhishana y le dijo:

—Eres un héroe y los héroes deben luchar hasta la muerte. No es digno de ti llorar de esta manera. Prepárate para organizarle a tu hermano un funeral adecuado.

Tras haber enterrado a Ravana con los debidos rituales, Vibhishana fue coronado rey de Lanka. Después de la ceremonia, Rama envió a Hanuman para que informara a Sita de su victoria.

Hanuman penetró en la arboleda con la cabeza alta y el corazón satisfecho, y se inclinó ante Sita, que aguardaba impaciente noticias de Rama.

—Te traigo buenas noticias, reina —le dijo—. Rama me ha pedido que te diga que la guerra ha terminado, Ravana ha muerto y la justicia ha triunfado.

En aquel momento se aproximó el carro del rey Vibhishana, que descendió del mismo en todo su esplendor y se postró ante Sita.

—Si no tienes inconveniente, las mujeres de mi familia te atenderán y te prepararán para el reencuentro con Rama.

Sita lloró de alegría al oír que Rama y Lakshmana se encontraban bien y que pronto se reuniría con su esposo. En el palacio de Vibhishana se bañó, se vistió con ricas sedas y se adornó con toda clase de joyas, perfumándose con las más exquisitas y delicadas esen-

cias. Cuando estuvo dispuesta, Vibhishana ordenó a sus sirvientes que trajeran el palanquín más lujoso de la corte para llevarla ante Rama. Llegado el momento, Sita descendió del palanquín radiante de gozo por encontrarse de nuevo con su esposo, pero al mirarlo quedó sorprendida por la dura expresión del rostro de Rama.

—Hija de Janaka —dijo él con voz firme—, he dado muerte al enemigo y te he rescatado. He cumplido con mi deber y reparado nuestro honor. Pero no puedo acogerte de nuevo. Has sido tocada por Ravana. ¿Cómo puedo saber que eres pura? Eres libre para ir adonde quieras, pero yo ya no te deseo.

—Si Ravana me tocó —replicó Sita indignada—, no fue porque yo se lo pidiera. Parece que me he pasado todo este tiempo esperando a un hombre que no me ama, pero que emprendió una guerra sólo para satisfacer su honor. Me casé con un valiente príncipe que defendía a los débiles y ahora me encuentro con un hombre vulgar que habla de desconfianza y de culpa como cualquier miserable. Ya sabías lo que me pasaba cuando Hanuman te dijo dónde me encontraba. ¿Por qué no renunciaste entonces a mí? Si mi carácter y mi devoción no significan nada para ti, no tengo razón alguna para seguir viviendo —y volviéndose a Lakshmana le dijo—: Prepara una pira funeraria. Tengo la intención de arder en ella.

Lakshmana miró a Rama, pero éste no hizo nada por detenerlo, de modo que cumplió la orden de Sita. Cuando la pira estuvo preparada, Sita dio tres vueltas en torno a Rama y rezó a los dioses. Y al adentrarse entre las llamas, elevó una invocación a Agni, el dios del fuego:

—Protégeme, Agni, pues tú sabes que soy pura de cuerpo y alma.

Sin miedo, Sita permaneció de pie en medio del fuego, aguardando su destino. Y ante los ojos de todos, Agni surgió de las llamas, tomó a Sita en sus brazos y clavó en Rama su mirada abrasadora.

—Rama —dijo—. Tu esposa es casta e inocente de toda culpa. Abrázala y regresa con ella a Ayodhyá, para reinar con Sita a tu lado.

Y en aquel momento, todos los dioses se manifestaron ante los presentes. Tras ellos venía Dasharata, el difunto padre de Rama, en un carro volador. El padre se dirigió a su hijo hablando con voz suave:

—Rama, has cumplido con tu papel en el plan de los dioses, que no podían acabar personalmente con el demonio Ravana. El secuestro y los sufrimientos de Sita formaban parte del mismo plan. Si Ravana no la hubiera raptado, no habrías tenido ningún motivo para atacarlo.

A continuación, Dasharata le habló a Sita:

—Y tú, Sita, tienes que comprender el dolor que se oculta tras las palabras de Rama, y seguir amándolo y ayudándolo como has hecho siempre.

Cuando el difunto rey terminó de hablar, apareció el dios Siva, radiante de alegría por la muerte de Ravana.

—Ahora ya has visto a todos los dioses, Rama. Esto es el premio a tu devoción y tu valor. Queremos recompensarte por tus esfuerzos. Pide lo que quieras y lo tendrás.

—Señor Siva, quiero que devuelvas la vida a todos los monos y osos que han luchado y muerto por mí —respondió Rama.

—Así se hará —declaró Siva—. Los muertos en la guerra regresarán del sombrío reino de Yama.

E inmediatamente, los monos y osos caídos empezaron a revivir y se postraron ante los dioses. Entonces, Dasharata y los dioses se despidieron, ordenando a Rama que regresara inmediatamente a Ayodhyá. Se preparó el carro mágico, y poco después Rama se encontraba de vuelta en su reino, en compañía de Sita y Lakshmana.

Al entrar en la ciudad, se encontraron con Bharata vestido de harapos, con el rostro atormentado por la larga separación de sus hermanos y la penosa responsabilidad de un trono no deseado. Pero en cuanto vio a su hermano, la expresión de Bharata dio paso a la alegría. Se arrojó inmediatamente al suelo y puso las sandalias de oro en los pies de Rama. Rama abrazó a Bharata y lo bendijo, y los dos hermanos regresaron juntos al palacio, donde los recibió el sabio de la corte, Vasishta, que sentó a Rama y Sita en el trono enjoyado y los bendijo a ambos.

Entonces, Rama invitó a todos sus aliados a su reino, para darles las gracias y agasajarlos. El reino prosperó bajo su gobierno, obteniendo magníficas cosechas de grano y miel, y Sita jamás se apartó de su lado.

La vida de Krishna

Cuando el dios Visnú reencarnó en la Tierra por octava vez, lo hizo bajo el nombre de Krishna. Krishna no se limita a poseer una parte de la personalidad de Visnú, como Rama y las demás encarnaciones, sino que se le considera como el propio Visnú en forma humana. Fue Krishna quien compuso el texto religioso hindú titulado *Bhagavad Gita*, que explica el papel de la humanidad en la gran trama del universo, y donde se dice que aquel que dedique su vida a la causa de la justicia y esté dispuesto a cumplir con su destino podrá triunfar contra cualquier adversidad.

Krishna llegó a ser un sabio filósofo y un gran guerrero, pero se le aprecia más como el niño divino que robaba mantequilla de la vaquería, o como el romántico pastor que enamoraba a todas las doncellas con su flauta. Los himnos que se cantan en toda la India en honor del niño y del muchacho forman parte de la vida cotidiana de los hindúes, que los utilizan como canciones de cuna y de amor. Estos aspectos más humanos de la personalidad de Krishna son la principal razón de su inmensa popularidad.

La historia de Krishna comienza con el tiránico reinado del rey Kansa, que habitaba en la ciudad de Mathura, entre Agra y Delhi. Kansa era hijo de un hechicero, y sus fechorías causaron tanto daño que los dioses se sintieron ofendidos. Visnú decidió que había llegado el momento de liberar al mundo de aquel monstruoso tirano y para ello reencarnó en la ciudad de Mathura, como octavo hijo de un noble llamado Vasudeva y de su esposa Devika.

El rey Kansa, que no se fiaba de nadie, había utilizado sus poderes mágicos y sabía que el octavo hijo de aquella pareja estaba destinado a matarlo, pero no se atrevía a hacer ejecutar a Vasudeva y Devika por miedo a provocar un levantamiento popular. Así pues, sometió a la pareja a una estrecha vigilancia antes del nacimiento de cada uno de sus hijos y mató a los seis primeros nada más nacer. Vasudeva tenía otra esposa, llamada Rohini, que se sentía tan aterrada por la crueldad del rey que huyó a la pacífica aldea de Gokul, en la región de Vrindavana, para buscar refugio entre los pastores de cabras. Visnú, entonces, trasladó a su cuerpo al séptimo hijo de Devika, que también estaba destinado a participar en la destrucción del rey Kansa, y que se llamó Balarama. Luego, Visnú les explicó la estratagema a Devika y Vasudeva, y éstos le dijeron al rey Kansa que su hijo había muerto.

Devika quedó embarazada de nuevo y se la sometió a fuerte vigilancia hasta el momento del parto. Llegada la hora, dio a luz un

niño, pero la pareja no tenía ningún motivo para alegrarse, sabiendo que también este nuevo hijo estaba condenado a muerte. Mientras lo miraban desesperados, rezando por su salvación, el niño adoptó la apariencia del gran dios Visnú, y los padres comprendieron que su hijo Krishna era el propio Visnú reencarnado.

—No temáis —dijo Visnú—. Llevadme a la aldea de Gokul, donde Yashodha, esposa del vaquero Nanda, está a punto de dar a luz una niña. Cambiadme por ella y que Kansa la vea. Puesto que no tiene motivos para temer a una mujer, vuestros apuros habrán terminado.

Vasudeva pensó, sin mucho entusiasmo, que no podrían salir de la habitación cerrada y vigilada, pero entonces vio que los guardias se habían dormido y que las puertas se abrían solas. Volvió a mirar al niño que su esposa sostenía en los brazos y vio a su hijo Krishna que, una vez más, parecía un niño corriente, sin nada que indicara su naturaleza divina. No recordaba nada de la visión de Visnú, salvo que tenía que cambiar al niño por la hija de Yashodha. Sin perder tiempo, se puso en camino hacia Gokul, donde ya se ocultaba su hijo mayor, Balarama. No dejó de correr hasta llegar al río Yamuna. Era la época de los monzones, y el río, que tenía varios kilómetros de anchura, rugía amenazadoramente. Sin pensar más que en salvar la vida de su hijo, Vasudeva se introdujo valerosamente en las aguas y vadeó hasta que le cubrieron la boca y la nariz. Pero Krishna extendió un brazo y separó las aguas hasta que su padre hubo terminado de cruzar el río.

Cuando llegó a la casa de Yashodha, Vasudeva cambió los niños sin que nadie lo viera y regresó a palacio, donde las puertas se volvieron a cerrar tras él, mientras los guardias despertaban sin tener conciencia de haber caído dormidos.

Kansa sintió un inmenso alivio al enterarse de que Devika había dado a luz una niña y dejó en libertad a la pareja, ofreciéndoles disculpas. Pero en el momento de salir de la habitación, oyó una voz que decía: «Ha nacido el que acabará contigo.» Ciego de miedo y de rabia, Kansa ordenó matar a todos los niños recién nacidos de la ciudad. Pero Krishna se encontraba a salvo en Gokul, con Yashodha y su esposo Nanda.

Krishna y el torbellino

Todos los habitantes de la aldea se alegraron cuando los astrólogos pronosticaron que el hijo de Nanda y Yashodha sería el famoso matador de demonios, pero la infancia de Krishna iba a estar repleta de peligros. El rey Kansa no tardó en descubrir la verdad acerca del niño destinado a acabar con él, pero comprendió que para matar a Krishna tendría que recurrir a procedimientos mágicos, porque ninguno de sus soldados sería capaz de hacer daño a semejante niño.

Cuando Krishna tenía tan sólo seis meses, Kansa envió a una diablesa, llamada Putana, que se hizo pasar por una joven que acababa de perder a su marido y sus hijos. La bondadosa Yashodha le dio trabajo como nodriza de Krishna, y la diablesa se llenó el pecho de veneno y se dispuso a amamantar al niño. Pero el veneno no le hizo ningún efecto a Krishna, que chupó con tanta fuerza que absorbió todas las energías de Putana, haciéndola caer al suelo muerta y revelando su verdadera apariencia.

Esto convenció al rey Kansa de que tenía que matar a Krishna mientras aún era niño, pues después resultaría imposible, y durante los años siguientes el rey se dedicó a buscar demonios y otras criaturas malignas que poseyeran fuerza e inteligencia suficientes para la tarea. Un día, el demonio Trinavarta acudió a él para proponerle una idea:

—Me convertiré en un torbellino y lo arrastraré, estrellándolo contra las rocas y exponiéndolo al frío de las cumbres del Himalaya y al calor de las regiones infernales. Luego volaré con él hasta el punto más elevado del universo y lo dejaré caer en las profundidades del océano cósmico.

Kansa pareció complacido.

—Un plan excelente, Trinavarta. Nadie podría sobrevivir a semejante tratamiento. Adelante, pon manos a la obra.

Trinavarta voló inmediatamente hacia Gokul y se transformó en un fuerte viento que empezó a girar en espiral, levantando la tierra y esparciéndola por todo el campo. Poco a poco, el torbellino fue ganando velocidad y el cielo se fue oscureciendo sobre Gokul a causa del polvo. Yashodha salió corriendo de su casa, buscando al pequeño Krishna, que estaba jugando en el patio, para ponerlo a salvo de la

tormenta. Pero la oscuridad le impidió ver nada. Empezó a llamarlo a gritos, pero Krishna no acudió ni respondió a sus voces, pues el rugido del torbellino era tan fuerte que no dejaba oír nada más.

Amparado por las tinieblas, Trinavarta se apoderó de Krishna y voló hacia las alturas, subiendo y bajando bruscamente sin soltar su presa sobre el niño. Pero cuando se remontaba a máxima velocidad, notó que el cuerpo del niño se hacía cada vez más pesado, hasta que llegó a pesar más que la mayor de las montañas. Incapaz de sostener un peso tan enorme, Trinavarta empezó a perder cada vez más altura, hasta que cayó en picado, aplastándose contra el suelo.

Al instante, el aire se despejó, volvió a brillar el sol y se extinguieron los terroríficos ruidos. Yashodha apareció en una ventana, gritando el nombre de su hijo, y de pronto lo vio jugueteando alegremente junto al cadáver del poderoso demonio. Corrió hacia él y lo introdujo en la casa, regañándolo cariñosamente por no haber acudido a sus llamadas. Krishna se limitó a guiñarles un ojo a las muchachas de la aldea, que se habían congregado para ver qué ocurría.

La misma suerte corrieron otros monstruos que Kansa envió contra Krishna: éste los destruyó a todos sin sufrir ningún daño, igual que destruiría a Kansa cuando llegara el momento; y, mientras tanto, seguía siendo un niño encantador, que se hacía querer por todos los que lo conocían.

Radha y las gopis

Krishna y su hermano Balarama se criaron entre los pastores de cabras y vacas de Gokul, donde Krishna se hizo célebre por su habilidad para tocar la flauta y por su afición a las travesuras, que muchas veces irritaban a las gopis, las muchachas encargadas de ordeñar a las vacas y hacer mantequilla. A Krishna le encantaba la mantequilla y, desde que aprendió a andar, se encaramaba a los estantes de las vaquerías, en busca de mantequilla y yogur. Las gopis se quejaban con frecuencia a Yashodha, y ésta tenía que castigarlo para que no volviera a robar, aunque muchas veces se echaba a reír ante las impertinentes excusas del niño: unas veces decía que las gopis le habían regalado la mantequilla; otras, que la mantequilla era el pago por algún trabajo que había realizado para ellas.

En cierta ocasión, Yashodha sorprendió a su hijo con las manos en la masa, sentado en el centro de un grupo de niños y repartiendo grandes puñados de mantequilla, parte de la cual caía al suelo durante el proceso. Cuando el niño vio que su madre lo estaba mirando, puso cara de inocencia.

—No sé quién ha cogido la mantequilla, ni quién ha podido derramarla —dijo, con las manos y la boca aún llenas de mantequilla—. Soy inocente.

Incapaz de contener la risa, pero decidida a escarmentar a su hijo, Yashodha se lo llevó a rastras y lo ató a un poste del patio para que no hiciera más travesuras.

Mientras se encontraba allí atado, los dioses le dijeron a Krishna que tenía que rescatar a dos hombres, a quienes los demonios habían transformado en árboles, condenándolos a permanecer así hasta que Krishna los liberase. Dando un fuerte tirón, el niño consiguió arrancar el poste del suelo y se encaminó hacia el bosque vecino, arrastrando el poste a su espalda. Una vez en el bosque, arrancó dos árboles, que se transformaron en seres humanos. Los dos hombres se arrojaron a los pies del niño y le agradecieron reiteradamente que los hubiera salvado. Los pastores y las gopis habían visto el milagro, pero como todavía no se daban cuenta de quién era Krishna, se limitaron a dar gracias a los dioses por la fuerza que le habían concedido.

Un día, mientras estaba jugando en el patio, Krishna se tragó un poco de tierra. Cuando Yashodha le abrió la boca para mirar, vio los tres mundos de la Tierra, el Cielo y el Paraíso; la mujer quedó sobrecogida, pensando que era imposible que el gran Visnú hubiera honrado su hogar. Cuando volvió a mirar, Visnú se había ocultado de nuevo, borrando de la mente de Yashodha todo recuerdo de la visión.

Pasaron los años y Krishna se convirtió en un atractivo joven que cautivaba a todos los aldeanos con la magia de su flauta, con la que atraía por igual al ganado perdido y a los pastores. Todas las gopis se enamoraron sin remedio de él, comprendiendo que gozaba de la bendición de Visnú.

—Quién fuera flauta —decían—, para que todo el día me acariciaran los labios de Krishna.

Krishna se daba cuenta de sus sentimientos y a veces se divertía excitándolas. Un día, mientras las muchachas se bañaban en el río, Krishna se apoderó de sus ropas y las llevó hasta un árbol cercano. Cuando las muchachas salieron del agua, vieron a Krishna junto al árbol, vestido de color azafrán, con la cabeza y el cuello cubiertos de guirnaldas, y con la piel azul del propio Visnú; avergonzadas de su desnudez, volvieron a meterse en el agua, pero Krishna les habló con voz suave:

—Las ropas tienen poca importancia en la otra vida —dijo—. Vuestra desnudez no es más que un signo de vuestra proximidad a mí. Un niño no se avergüenza ante su padre ni una mujer ante su marido. Salid de una en una y recoged vuestros vestidos. Mientras permanezcáis en este mundo tendréis que cubriros con ellos, pues éste es el mundo de las cosas materiales, en el que importan las apariencias y las costumbres.

Cuando todas se hubieron vestido, Krishna les prometió que bailaría con cada una de ellas durante la noche de luna llena, y todas regresaron complacidas junto a sus maridos.

Entre todas las gopis, Radha era la que más amaba a Krishna, y se arriesgaba a muchos peligros para poder verlo. Por eso, después del baile de luna llena, Krishna se llevó a Radha y desapareció con ella. Poco a poco, Radha fue tomándose confianzas y pidió a Krishna que la llevara a hombros, porque estaba cansada. Entristecido al ver que ella anteponía su comodidad personal a la compañía de un dios, Krishna la dejó sola. Radha se quedó llorando de arrepentimiento, y su pena la hacía brillar como un rayo de luna separado de la luna que lo engendró. Por fin, las demás gopis la encontraron y todas se arrodillaron a rezar por el regreso de Krishna. Cuando éste reapareció, tomó a Radha en sus brazos y la estrechó con cariño, mientras las demás muchachas los miraban suspirando, ocultas tras los árboles y arbustos del bosque. Krishna sabía que estaban allí y, para complacerlas, creó imágenes de sí mismo, de modo que todas pudieron cogerlo de la mano y bailar con él; pero sólo Radha abrazaba al verdadero Krishna.

Después de aquello, Radha se arriesgó cada vez más por ver a Krishna. Una noche, su marido la sorprendió saliendo de casa para encontrarse con Krishna y la encadenó a una pared. Tan grande fue el dolor de Radha por no poder ver a Krishna, que su alma abandonó el cuerpo y corrió a su encuentro. Krishna tomó el alma bajo su protección, declarando que había realizado el acto de amor definitivo y que a partir de entonces ya nunca se separarían. Radha se vio recompensada por su gran amor, pues es la devoción, y no la alta cuna ni los grandes conocimientos, lo que hace inmortal al alma.

Krishna levanta una montaña

Vrindavana era una región fértil y próspera, donde los cultivos daban buenas cosechas. Aunque Krishna era príncipe por derecho de nacimiento, había preferido criarse en una población rural para que en el futuro todos supieran que Dios era accesible a todos, y que las riquezas de los reyes y las penitencias de los santos no le complacían más que la devoción de la gente sencilla. Krishna sabía que las tribus de la zona adoraban a Indra, rey de los Cielos, con la esperanza de que a su vez Indra les enviase lluvias frecuentes y mantuviera a raya a los demonios de la sequía. Con frecuencia, Krishna se esforzaba en convencerlos de que su salvación estaba en el amor y el conocimiento de Visnú, y que así podrían escapar al ciclo de las reencarnaciones.

—Sois gente de la tierra —les decía—. ¿Por qué tendríais que adorar a un rey, aunque se trate del rey de los Cielos? Visnú está presente en todas las cosas, y todos los sacrificios que ofrezcáis a Indra no podrán cambiar lo que Visnú tiene planeado. En vez de adorar a un dios inútil, más os valdría adorar a la tierra, al monte Govardhana, que os protege contra los elementos, y a los arroyos que bajan de él para regar vuestros bosques y cultivos. Adorándolos a ellos adoráis a Visnú.

—Pero Indra se preocupa por todos nosotros, nos cuida y hace que nuestra tierra dé siempre frutos —replicaron los campesinos—. Nos gustaría dejar las cosas tal y como están.

Krishna sabía que aquello no era obra de Indra, sino una consecuencia directa de la función de Visnú como mantenedor del mundo,

y siguió insistiendo en que los aldeanos debían adorar al dios que se manifestaba en la naturaleza. Por fin, acabó por convencerlos, y la gente empezó a llevar ofrendas al monte de Govardhana. Con el fin de darles una señal clara de que habían hecho lo correcto, Krishna proyectó una porción de sí mismo en la cima de la montaña, apareciendo ante los campesinos como el dios de la montaña, mientras Krishna, el pastor, permanecía al lado de su padre, Nanda. El dios de la montaña aceptó los sacrificios y bendijo las ofrendas, pero Indra se enfureció por haber perdido a sus adoradores.

«La única manera de conseguir recuperarlos —se dijo— es darles una muestra auténtica de mi poder.»

Entonces Indra ordenó a la lluvia que cayera sin interrupción sobre Vrindavana, hasta que sus habitantes empezaron a creer que había llegado el fin del mundo y todos serían barridos por las aguas.

—Krishna —imploraron—, tú nos dijiste que Govardhana nos protegería contra los elementos. Haz algo; dile que nos salve.

Krishna fijó la mirada en la gran montaña y dirigió al centro de la misma la energía de su cuerpo, hasta que la montaña empezó a brillar y a emitir calor. Entonces Krishna creció hasta adquirir un tamaño gigantesco y, extendiendo un brazo, levantó la montaña con el dedo meñique y la colocó en el aire por encima de Vrindavana, para proteger los cultivos contra la cólera de Indra. La lluvia seguía cayendo, pero al tocar la ardiente montaña hervía y se evaporaba. Durante siete días, la lluvia no dejó de caer, y durante siete días Krishna sostuvo la montaña con el dedo meñique sin cansarse ni cambiar de posición. Y durante todo aquel tiempo, ni una gota de agua cayó sobre Vrindavana.

Al cabo de una semana, Indra interrumpió la lluvia y reconoció que Krishna era verdaderamente la encarnación de Visnú, el Ser Supremo. Krishna devolvió el monte Govardhana a su posición original, e Indra acudió a rendir homenaje a Visnú. Montado en su espléndido elefante Airavati, Indra se acercó a Krishna y se inclinó ante él, jurándole fidelidad ante los ojos de todos los habitantes de Vrindavana. Después de aquello, Krishna pasó a ser conocido como Giridhara, el que sostiene la montaña.

El *Bhagavad Gita*, la canción de Krishna

Krishna se había educado como un simple pastor, pero a pesar de ello sabía que estaba destinado a matar al rey Kansa algún día. También Kansa quería matar a Krishna, y un día lo invitó a acudir a Mathura, con el pretexto de que Krishna asistiera a un festival en honor de Siva, pero con la intención de tenderle una emboscada. Sin embargo, Krishna consideró que había llegado el momento de enfrentarse con Kansa y aceptó de buena gana la invitación.

El primer atentado contra la vida de Krishna se produjo en cuanto éste y su hermano Balarama entraron en la ciudad. En las puertas se encontraba encadenado un enorme elefante salvaje, que golpeaba el suelo con las patas y agitaba furiosamente su trompa. Los esbirros de Kansa soltaron al elefante, que trompeteó con fiereza y cargó contra Krishna; pero Balarama se interpuso entre los dos y golpeó tan fuerte al elefante que la bestia rodó por los suelos.

Entonces Krishna penetró en la ciudad apareciendo en muchas formas al mismo tiempo. Los luchadores que participaban en el festival lo veían como un luchador y los payasos como un payaso; pero para Kansa y sus compañeros tenía la apariencia de la muerte misma.

Cuando Krishna entró en el recinto donde se celebraba el festival, fue desafiado por los luchadores, a los que derrotó rápidamente uno tras otro. Tras haber vencido al último de ellos, saltó hacia la tribuna donde estaba Kansa y lo mató en presencia de toda la ciudad. Luego consoló a las numerosas viudas del rey.

—Todo lo que vive tiene que morir —les explicó—. No lloréis por vuestro esposo. El mundo de los mortales no es más que una sucesión de vidas y muertes. Volved los ojos al otro mundo y alegraos de que Kansa se haya librado por fin de las maldades de su vida actual.

Y entonces, durante un instante, se manifestó ante ellas en su auténtica naturaleza, hermoso y benigno, con los ojos llenos de amor, vestido de amarillo y sentado en un magnífico trono cubierto de lotos blancos.

Krishna devolvió el reino a su legítimo monarca y se quedó a vivir en Mathura con Balarama y sus parientes de sangre real. Algún tiempo después, Krishna se enteró de que otros familiares suyos, los Pandavas de Indraprastha,

habían sido injustamente desterrados por sus primos, los Kauravas, y se propuso ayudarlos. Fue a visitar a los Kauravas y procuró persuadirlos de que devolvieran lo que habían arrebatado sin derecho, pero éstos se negaron.

—El único modo de resolver honorablemente este asunto —le dijeron— es la guerra.

Krishna se lamentó del fracaso de su misión de paz, pero abandonó el palacio sin más discusiones. Al salir fue atacado por varios soldados de los Kauravas. Inmediatamente, Krishna aumentó de tamaño hasta hacerse miles de veces más grande que una persona normal. Sus ojos despedían relámpagos y su risa era como el rugido del trueno más violento. Aterrorizados, sus atacantes corrieron a esconderse. Entonces Krishna fue a ver a los Pandavas, acompañado por varios embajadores de los Kauravas.

—Los Kauravas no quieren más que la guerra —les dijo con tristeza— y cada uno de vosotros cuenta con aliados. Aunque os superen en número, no tenéis más remedio que luchar por lo que es justo. Quiero hacer una oferta a los dos bandos. Podéis escogerme a mí como aliado, aunque no lucharé personalmente, o podéis escoger a mis ejércitos de Vrishnis.

Sin dudarlo ni un segundo, el príncipe Arjuna de los Pandavas replicó:

—Elegimos a Krishna.

—¿Estás seguro? —preguntó Krishna sonriendo—. Te recuerdo que yo no lucharé y que andáis escasos de hombres.

Arjuna negó con la cabeza.

—Estoy seguro de lo que hago, Krishna. Prefiero tenerte a ti que a tus soldados.

—Entonces te serviré de cochero —dijo Krishna.

Los embajadores de los Kauravas estaban encantados con la elección de Arjuna. Krishna no combatiría contra ellos y los ejércitos Vrishni lucharían en su bando.

Durante los días que siguieron, ambos bandos hicieron sus preparativos para la guerra y por fin se dispusieron a la gran batalla. Los Kauravas contaban con casi el doble de guerreros que los Pandavas, pero éstos iban dirigidos por Arjuna y asesorados por Krishna, que además guiaba el carro de Arjuna, tirado por cuatro caballos blancos. Cuando Krishna dio la señal, Arjuna tocó su trompeta con todas sus fuerzas, para que diera comienzo la batalla. Al instante le respondieron las trompetas de los Kauravas y sus aliados, llenando el aire de toques estridentes. Krishna miró a Arjuna y vio que se había puesto pálido y temblaba.

—Príncipe Arjuna —dijo suavemente—. ¿Por qué das muestras de duda y de horror cuando la batalla está a punto de comenzar?

—Porque miro al otro bando —respondió Arjuna— y veo a mis tíos, a mis queridos maestros, a mis parientes. No sería capaz de matarlos ni para conseguir el mismo cielo. No tiene sentido que nos matemos por un simple reino.

Krishna esperó un momento antes de hablar con una voz que repercutió en lo más profundo del alma de Arjuna.

—Príncipe Arjuna —dijo—, debes superar esta prueba. Tu destino es luchar en esta guerra. Tú no eres más que un arma, es Dios el que combate. No son los hombres los que matan: el nacimiento, la infancia, la juventud y la muerte son estados pasajeros, decididos y ejecutados por Dios. Tú eres un guerrero y tu tarea es luchar; y debes hacerlo sin vacilaciones —y viendo que Arjuna aún dudaba, Krishna asumió su forma divina y añadió—: Haz lo que te digo; soy Visnú, el Espíritu Supremo.

Arjuna miró a su primo y en su lugar vio una gigantesca figura que abarcaba la totalidad de la creación: el pasado, el presente y el futuro se reflejaban en él. Comprendió que no podía hacer más que obedecer; se inclinó ante la figura y ésta le puso la mano en la cabeza, diciendo:

—Lucha, pero con el espíritu de un devoto.

Durante un tiempo que le pareció eterno, Arjuna permaneció arrodillado a los pies de Krishna, mientras el dios cantaba su divina canción, explicándole la diferencia entre lo justo y lo injusto, la verdad y la ilusión, la honradez y la impiedad. Este himno se recogió en forma escrita en un libro denominado *Bhagavad Gita*, uno de los textos más sagrados del Hinduismo. Cuando Arjuna se levantó por fin, estaba iluminado. Dirigió una mirada a sus hombres, dispuestos al ataque, pero inquietos por la vacilación de su jefe, tensó su arco y apuntó.

La guerra duró dieciocho días, al cabo de los cuales los Kauravas habían quedado aniquilados, aunque cayeron muchas buenas personas en ambos bandos. La canción celestial de Krishna resonaba todo el tiempo en los oídos de Arjuna, impulsándolo a la victoria, puesto que la guerra representaba el triunfo del bien sobre el mal. En el siguiente capítulo se explican las causas que desencadenaron la guerra.

Relatos del *Mahabharata*

El *Mahabharata* es la más larga de todas las epopeyas compuestas en las grandes civilizaciones del mundo, y consta de unos doscientos setenta mil versos. Se recopiló aproximadamente hacia el año 500 a. de C. y narra una serie de historias interrelacionadas, centradas alrededor de dos familias reales, los Kauravas y los Pandavas. Ambas familias descendían de un antiguo monarca, el rey Bharata, y de ahí procede el título de esta epopeya *(Maha Bharata)*, que significa «La gran guerra de los hijos de Bharata».

Gran parte de la epopeya está dedicada a relatos bélicos, pero también hay en ella historias de amor y profundas disertaciones acerca del Hinduismo. En los largos episodios religiosos de la epopeya se recalca la importancia de los sacerdotes en tareas poco corrientes, como la enseñanza de artes marciales y el gobierno de las naciones. Muchas leyendas, mitos y cuentos populares tienen su origen en el *Mahabharata*. El propio *Bhagavad Gita* (pág. 89), probablemente el texto religioso más importante del Hinduismo, forma parte del *Mahabharata*.

Entre el sagrado Ganges y el río Yamuna se extendía el reino de Kurujangal, en cuya capital, Hastinapur, residía el joven rey Shantanu. Un día, Shantanu paseaba a orillas del Ganges cuando vio a una hermosísima mujer sentada al borde del agua. Sus largos cabellos tenían reflejos plateados, y sus vestidos de seda azul ondeaban como las olas del mar. Ceñía su cintura con un cinturón de perlas que brillaban como las aguas besadas por el sol. Shantanu quedó fascinado por la visión.

—Hermosa doncella —dijo acercándose a la mujer—, no sé si eres una ninfa celestial o una diosa, pero obviamente eres demasiado bella para ser una mujer mortal. Te suplico que seas mi esposa, pues me he enamorado de ti.

La mujer se acercó a Shantanu, con los ojos brillantes, mientras su vestido ondeaba como el mismo río.

—Me casaré contigo —dijo—, pero jamás debes preguntar mi nombre ni discutir mis acciones, por muy irracionales que puedan parecer.

Incapaz de pronunciar palabra, Shantanu asintió con la cabeza, y poco después los dos se casaron con gran pompa y ceremonia. La joven reina tenía un hijo cada año, pero, ante el horror del rey, en cuanto nacían los arrojaba a las aguas del Ganges diciendo: «Es por tu bien.»

Shantanu mantuvo su promesa y no interfirió, pero cuando nació su octavo hijo y la reina lo llevó, como a los anteriores, a la orilla del río, acunándolo y arrullándolo mientras decía: «Es por tu bien; tú también serás libre», Shantanu ya no pudo contenerse. Cuando la reina arrojó al niño al río, él lo cogió al vuelo y se encaró con su esposa.

—¿Cómo puedes ahogar así a tus propios hijos? —gritó con lágrimas en los ojos, lamentando la pérdida de los otros siete.

La reina lo miró con severidad y le contestó:

—Te daré este octavo hijo como regalo de despedida. Has roto tu promesa y debo abandonarte.

—Reconozco mi culpa —dijo Shantanu—, pero ahora te suplico que me digas quién eres.

—Soy Ganga, la diosa del río —respondió ella—. Mis hijos eran los ocho dioses que servían a las órdenes de Indra, y que debían reencarnarse como mortales corrientes como castigo por haber intentado robar la vaca sagrada, Surabhi. Yo los arrojé al río para lavar sus pecados y así quedaran libres para poder regresar a Svarga con Indra.

Y diciendo estas palabras, Ganga se introdujo en las aguas del río y desapareció en sus profundidades.

El rey Shantanu le puso a su hijo el nombre de Bhishma, y éste creció hasta convertirse en un joven fuerte e inteligente, muy versado en las artes marciales y con un gran sentido de la justicia. Bhishma se dio cuenta de que, con mucha frecuencia, su padre se sumía en la añoranza y el recuerdo de su esposa, y decidió recomendarle que se casara de nuevo. Pero Shantanu siempre rechazó la idea, hasta que un día, mientras cazaba en el bosque cerca del lugar donde había encontrado por primera vez a Ganga, vio a una joven y hermosa pescadora. Era primavera y todas las plantas estaban en flor; los pájaros revoloteaban cantando, llamándose unos a otros, y las abejas volaban de capullo en capullo. Aun así, la pescadora emitía una fragancia propia, más dulce que la de ninguna flor. Fascinado, Shantanu desmontó de su caballo y se acercó a ella.

—¿Quién eres, muchacha? —preguntó—. ¿Estás casada?

—Soy Satyavati —respondió la pescadora—. No estoy casada y vivo con mi padre.

En vista de que la muchacha no tenía marido, Shantanu la llevó consigo a su palacio e hizo llamar inmediatamente a su padre. El pescador llegó a toda prisa y se postró a los pies del rey.

—Te lo suplico, señor —dijo—. No me pidas la mano de mi hija. No es más que una humilde pescadora que jamás podría ser feliz desempeñando el papel de reina. Al fin y al cabo, ya tienes un heredero y los hijos de Satyavati no podrían ser nunca reyes. Mucho me temo que mi hija, que no conoce las costumbres de la corte, se pondría insoportable al saber que sus hijos no tendrán derecho al trono. Te lo ruego: escoge a otra mujer para ser reina.

Shantanu inclinó la cabeza, preocupado. Sabía que el pescador tenía razón, pues estaba decidido a que su amado hijo Bhishma heredara el trono. Además, Bhishma poseía todas la cualidades propias del buen gobernante. Pero el príncipe miró a su padre con simpatía y le dijo:

—Padre, no tengo ningún deseo de ser rey. Cederé con gusto el trono a los hijos de Satyavati.

Shantanu negó con la cabeza.

—Eso no, hijo mío... —empezó a decir; pero el pescador lo interrumpió.

—Señor —dijo—. Aunque el príncipe Bhishma renuncie al trono, cuando crezcan sus hijos podrían reclamarlo.

Shantanu empezó a perder la paciencia ante el insolente regateo del pescador, pero Bhishma habló de nuevo:

—Si eso es todo lo que se interpone entre tú y Satyavati —declaró—, juro, poniendo por testigos al sol, la luna y las estrellas, que ni yo ni mis hijos reclamaremos el trono de Kurujangal. ¿Estás satisfecho con eso?

En el instante en que pronunció estas palabras resonó un espantoso trueno, como si los cielos se hicieran testigos del juramento del príncipe. Shantanu intentó persuadir a su hijo de que retirara la promesa, pero Bhishma se negó.

—Entonces te bendigo y te concedo un don —dijo el rey—. La muerte no se te acercará nunca hasta que tú mismo hayas decidido morir.

Y gracias al juramento de Bhishma, pudo celebrarse la boda en medio de grandes festejos.

Los Kauravas y los Pandavas

El rey Shantanu y la reina Satyavati vivieron felices muchos años. Al morir dejaron un hijo, que falleció antes de ser coronado rey, y dos nietos. El mayor, Dhritarashtra, era fuerte y valeroso, pero como había nacido ciego no se le consideraba capacitado para ser rey. En consecuencia, su tío y regente, Bhishma, el del solemne juramento, propuso para el trono al nieto más joven, Pandú, a lo cual accedió Dhritarashtra. Pandú fue coronado rey de Kurujangal y se acordó que debía casarse. Habiéndose enterado de que el rey de un país vecino había convocado una competición —denominada swayamvara— para elegir al esposo de su hija Kunti, Pandú decidió participar en ella.

De todos los países habían acudido príncipes ansiosos por demostrar su destreza y su talento artístico; pero, cuando finalizó el swayamvara, la princesa Kunti colocó una guirnalda de flores en el cuello de Pandú para indicar que él había vencido.

La boda se celebró inmediatamente y Pandú regresó con su esposa a Kurujangal, pero cuando llegaron se enteraron de que su tío Bhishma había salido de viaje rumbo al sur. A los pocos días, Bhishma regresó en compañía de Madri, una hermosa muchacha hermana del rey Madrás, a la que había elegido como esposa de Pandú. Ante tan embarazosa situación, Pandú discutió el asunto con Kunti y, teniendo en cuenta que los reyes solían tener varias esposas, Kunti accedió al nuevo matrimonio. Las dos jóvenes vivieron en armonía y llegaron a hacerse muy buenas amigas.

Varios años después, Pandú decidió retirarse al bosque durante algún tiempo, con objeto de meditar y llevar a cabo ciertos ritos religiosos, y designó a Dhritarashtra para que ocupara el trono durante su ausencia. Así pues, Pandú y sus dos esposas fueron al bosque para dedicarse a la oración, el ayuno y la caza.

Un día, mientras Pandú estaba cazando, disparó contra un ciervo que estaba medio oculto entre el follaje. Al acercarse a la pieza caída, descubrió que se trataba de una hembra y que junto a ella estaba el macho, llorando tristemente. El afligido animal se encaró con el rey y le dijo:

—Esta cierva y yo acabábamos de casarnos; estaba embarazada y tú la has matado. Nuestro amor ha sido inútil e infructuoso. Como castigo, morirás en el momento de engendrar un hijo, para que también a ti se te niege el placer de ser padre.

Pandú regresó muy entristecido junto a Madri y Kunti, y les explicó lo que le había sucedido.

—Volved a Kurujangal —les dijo—. Yo debo expiar solo mi pecado y he decidido no regresar jamás a hacerme cargo del trono. Decidle a Dhritarashtra que le restituyo el derecho que le arrebaté, como legítimo rey de Kurujangal, y que me quedo a vivir aquí bajo su protección.

Pero Kunti y Madri eran dos mujeres valerosas y muy enamoradas.

No tenemos la menor intención de dejarte solo —respondieron—. Estemos o no destinadas a tener hijos, nosotras iremos donde tú vayas.

Y los tres juntos se dirigieron a una región remota, más allá de las cumbres del Himalaya, donde las estrellas descansan durante el día en forma de flores brillantes.

Dhritarashtra pasó a ser rey de manera permanente a pesar de su ceguera, gobernando bajo la tutela de su tío Bhishma. Un día, Bhish-

ma anunció que había organizado la boda de Dhritarashtra con la princesa Gandhari de Gandhara, un reino situado a orillas del río Indo. Dhritarashtra no estaba muy convencido de que la hermosa y noble princesa accediera a casarse con un ciego, pero Bhisma lo tranquilizó.

—La princesa está tan profundamente enamorada de ti —le dijo—, que ya ha emprendido el viaje hacia aquí. Y, además, se ha vendado los ojos para así no tener ninguna ventaja sobre ti.

Dhritarashtra no podía creer que existiera una persona tan devota y recibió a Gandhari con amor y gratitud. Al poco tiempo de casarse, la joven reina quedó embarazada, pero pasaron dos años y todavía no había dado a luz. Bhishma pidió a un sabio llamado Vyas que acudiera a la corte para averiguar lo que ocurría. Tras haber examinado a la reina, Vyas declaró que ésta se encontraba embarazada de cien hijos y una hija, que nacerían todos juntos, formando una gran masa viva. Encargó a Bhishma que hiciera traer ciento una jarras de loza y, cuando la reina dio a luz la masa, Vyas la lavó en agua fría, la dividió en ciento un trozos, metió un trozo en cada jarra y las tapó, diciéndole a Gandhari que empezara a abrir las jarras cuando hubiesen pasado dos años.

Cuando transcurrieron los dos años, Gandhari empezó a abrir un jarra cada día. De la primera jarra salió su hijo Duryodhana, de la segunda, Duhshasana, y así sucesivamente, hasta que de la última jarra salió una niña, a la que llamaron Duhshala. Estos príncipes fueron los fundadores de la dinastía Kaurava, que se estableció de manera firme en el reino de Kurujangal.

Mientras tanto, al otro lado del Himalaya, Pandú y sus dos esposas ayunaban y rezaban todos los días para expiar el crimen que había cometido Pandú, el cual desesperaba pensando que nunca conseguiría tener hijos. Kunti no podía soportar ver a su esposo tan afligido y le dijo:

—En cierta ocasión, antes de casarme, fui muy amable con un gran mago, y éste me explicó un encantamiento secreto. Con él puedo conjurar al dios que yo desee para que sea padre de mi hijo. Si tú me lo permites, lo utilizaré y podrás gozar de las delicias de la paternidad.

Al oír esto, Pandú lloró de alegría y sugirió a Kunti que conjurase a Dharma, dios de la justicia y la verdad. Puesto que los hijos de los dioses nacen en un solo día, al día siguiente Kunti dio a luz un niño al que llamaron Yudhishtra.

A continuación, Pandú le pidió a Kunti que conjurase a Vayú, dios del viento, que se presentó montado en un ciervo rojo. Y a la mañana siguiente nacía Bhima, que al crecer se convirtió en un hombre de tremenda fuerza física.

Por último, conjuraron a Indra, rey de los dioses, que engendró a Arjuna, destinado a ser el más famoso de los hijos de Pandú, a causa de su gran nobleza, su hermosura y su enorme destreza con las armas, en especial con el arco.

Al ver que Kunti había tenido tres hijos en tres días, Madri preguntó si también ella podía utilizar el encantamiento. Kunti le enseñó de buena gana las palabras secretas, y Pandú pidió a su segunda esposa que conjurara a los Asvins, seres luminosos que ejercían como médicos celestiales y heraldos del amanecer. Y de ellos tuvo Madri a los gemelos Nakul y Sahadeva.

El nacimiento de estos cinco hijos celestiales dio un nuevo sentido a la vida de Pandú, que volvió a interesarse por los asuntos del mundo, enseñando a sus hijos todo cuanto sabía acerca del gobierno de un reino y las habilidades de un guerrero. Un día, Madri se le acercó mientras se estaba bañando en el río, y Pandú la abrazó. Olvidando la maldición que había hecho el ciervo, concibieron un hijo, y a los pocos momentos Pandú caía muerto. Y la desconsolada Madri murió también de pena en sus brazos.

Los dos cuerpos quedaron flotando abrazados hasta que los descubrieron unos nagas (dioses-serpientes), que fueron a contar a Kunti y sus hijos lo sucedido. Después de llevar a cabo los ritos funerarios, los nagas aconsejaron a Kunti que regresara a Kurujangal con los cinco hijos de Pandú, para que éstos pudieran educarse como correspondía a unos príncipes. Kunti estuvo de acuerdo, y los nagas los escoltaron hasta Kurujangal, donde Dhritarashtra y Bhishma los recibieron con gran alegría. A partir de entonces, los cinco Pandavas se criaron en compañía de sus primos, los cien Kauravas.

La envidia de los Kauravas

El rey ciego trataba a los cinco príncipes Pandavas con tanto cariño como a sus propios hijos, y lo mismo hacía Bhishma. Con el tiempo, los Pandavas se hicieron más populares entre los habitantes de Kurujangal, y esto despertó la envidia de Duryodhana y de su segundo hermano, Duhshasana. Duryodhana, siendo el mayor de los Kauravas, se consideraba legítimo heredero del trono, y empezó a temer que su padre y Bhishma se inclinaran por el mayor de los Pandavas, Yudhishtra, y lo designaran rey en su lugar, ya que Yudhishtra era un muchacho que destacaba por su honradez.

Duryodhana estaba constantemente peleando con Bhima, el segundo de los Pandavas, a quien hacía objeto de burlas por su apetito y corpulencia. Por lo general, Bhima salía vencedor porque poseía una fuerza prodigiosa, como hijo que era del dios del viento. Y aunque tenía buen carácter, cuando se enfurecía no vacilaba en pelear sucio. Bhima no era el único Pandava que superaba a sus primos. Arjuna destacó desde pequeño por su sorprendente habilidad con el arco, y los gemelos Nakul y Sahadeva podían derrotar a cualquiera en una carrera.

Un día, todos los príncipes estaban jugando en los jardines de palacio y Duryodhana lanzó una pelota jactándose de ser tan fuerte que podía hacerla llegar del cielo al infierno. Pero la pelota fue a caer en un pozo seco y muy profundo. Los muchachos se asomaron al pozo, preguntándose cómo se las arreglarían para sacarla de allí, y entonces se les acercó un extraño brahmán, que se burló de ellos por ser incapaces de hacer algo tan sencillo.

—Os demostraré lo fácil que es recuperar la pelota; sólo es preciso conocer las técnicas adecuadas.

Entonces, el brahmán arrancó una brizna de hierba y la arrojó al pozo con tanta fuerza que la clavó en la pelota. A continuación, arrancó una segunda brizna y la arrojó con tan buena puntería que la clavó en la primera. Una vez tras otra, el brahmán continuó lanzando briznas de hierba, clavando cada una en la anterior, hasta que la cadena de hierba llegó al borde del pozo y pudo sacar la pelota sin esfuerzo alguno.

El brahmán se identificó entonces como Dron, un célebre guerrero, y Bhishma le invitó a quedarse en palacio para encargarse de la educación de los príncipes. Dron se dio cuenta inmediatamente de que Arjuna destacaba entre todos sus discípulos. Además de ser un excelente corredor, luchador y esgrimista, no tenía rival como arquero, y podía dar en el blanco incluso en la oscuridad, valiéndose de sus otros sentidos. Arjuna se convirtió en el mejor guerrero entre todos los príncipes, aunque todos los demás Pandavas sobresalían también en alguna otra disciplina. La envidia de los Kauravas aumentaba de día en día, lo mismo que su temor a perder el derecho al trono.

Un día, el rey Dhritarashtra convocó un concurso de tiro con arco. Como era de esperar, Arjuna derrotó sin dificultades a todos sus competidores, hasta que fue desafiado por un joven desconocido que dijo llamarse Karna y ser hijo de un cochero. Arjuna aceptó confiadamente el reto y dio comienzo la prueba. Ante el asombro de todos, el vencedor fue Karna, y Duryodhana se alegró tanto que abrazó al joven desconocido y le regaló un pequeño reino situado en el este. Con esta recompensa al hombre que había derrotado a su primo, los Kauravas demostraron cuánto odiaban a los Pandavas. El mismo Duryodhana trató de convencer a su padre de que desterrara a los cinco hermanos, pero Dhritarashtra era un hombre justo y rechazó la sugerencia.

—No necesito ayuda para elegir un sucesor entre todos vosotros —dijo—. No trates de influirme de ningún modo.

Pero Duryodhana y sus hermanos insistieron, hasta que el viejo rey empezó a preocuparse por la seguridad de los Pandavas. Por fin, los hizo llamar y les dijo:

—En Varanavata va a celebrarse un importante festival religioso. Creo que deberíais ir allí en peregrinación y llevar también a vuestra madre.

Los cinco jóvenes obedecieron y partieron hacia Varanavata en compañía de Kunti. Cuando llegaron allí, encontraron un magnífico palacio preparado para ellos. Empezaron a explorarlo con gran interés y descubrieron que estaba recién construido y que muchos de los materiales eran fácilmente inflamables. Los muros y columnas eran de resina roja, los col-

gantes de yute, y las flores que decoraban las habitaciones, pasillos y escaleras eran de cera. Los Pandavas comprendieron que algo iba mal, y a los pocos días se dieron cuenta de que también su tío-abuelo estaba preocupado por ellos, cuando un hombre acudió a visitarlos y dijo:

—Soy un minero enviado por vuestro tío-abuelo Bhishma. Tengo que cavar un túnel para que podáis escapar por él en caso de necesidad.

Durante varias semanas, los príncipes recorrieron los campos de los alrededores, a la espera de lo que pudiera ocurrir. Y por fin, una noche, los esbirros de los príncipes Kauravas incendiaron el palacio. Pero mientras el edificio ardía con llamas que llegaban hasta el cielo y podían verse a muchos kilómetros a la redonda, los príncipes Pandavas y Kunti huyeron por el túnel y llegaron a un bosque, donde decidieron detenerse a descansar. Mientras tanto, los Kauravas recibían la noticia de la muerte de sus primos y respiraron aliviados, pensando que ya no tenían que temer nada de ellos.

Agotados, los Pandavas se echaron a dormir en el bosque, mientras Bhima montaba guardia, sin saber que el bosque pertenecía al feroz demonio Hidimb-asura y a su hermana Hidimba. Atraída por el olor a carne humana, Hidimba se acercó al campamento y vio a Bhima vigilando el sueño de su madre y sus cuatro hermanos. Al instante, Hidimba quedó totalmente prendada del joven Bhima y se acercó a él adoptando la forma de una hermosa mujer. Pero en aquel momento llegó el demonio Hidimb-asura, el cual, furioso al ver a su hermana enamorada de un mortal, desafió a Bhima. El hercúleo joven mató al demonio sin ninguna dificultad, y la diablesa se arrojó a los pies de Kunti.

—Mi hermano ha muerto —se lamentó—, y no tengo a nadie que me proteja. Apelo a ti, como mujer, que podrás comprender mi problema: pídele a Bhima que acceda a casarse conmigo.

Kunti consultó a su hijo mayor, Yudhishtra, a quien la petición le pareció razonable. Se celebró la boda e Hidimba resultó ser una buena esposa y una nuera ideal. Poco tiempo después quedó embarazada y entonces tuvo que explicarle con pena a su suegra que la costumbre exigía que los humanos abandonaran el bosque cuando nacía el hijo de un demonio. Hidimba dio a luz un hijo al que llamaron Ghatotkach, que, como todos los demonios, nació crecido y con poderes sobrenaturales. Los Pandavas se dispusieron a abandonar el bosque, como Hidimba había pedido, para establecerse en otro lugar. Bhima se despidió de su hijo, y Ghatotkach le juró fidelidad.

—Si alguna vez me necesitas, padre —declaró—, lo único que tienes que hacer es pensar en mí y yo acudiré en tu ayuda.

Tras dejar el bosque de Hidimba, los Pandavas viajaron disfrazados de brahmanes hasta la aldea de Ekchakrapur. Poco después de su llegada, descubrieron que la aldea estaba acosada por un demonio que vivía en un túnel a las afueras de la misma. Cada día, los aldeanos tenían que llevarle un carro tirado por dos bueyes y cargado de comida. El demonio se lo comía todo, incluido el carretero. Cuando los Pandavas se enteraron de esto, decidieron liberar a la aldea del monstruo. Al día siguiente, Bhima se encargó de conducir el carro de la comida, y cuando el demonio salió de su cueva lo desafió. Al poco rato, el demonio yacía muerto, y los aldeanos pudieron celebrar el haber quedado libres de sus garras.

Los Pandavas continuaron viviendo en el exilio y librando al mundo de demonios, hasta que éstos terminaron aprendiendo a mantenerse apartados y a no hacer nada que pudiera atraer sobre ellos las iras de los Pandavas.

La boda de Draupadi

Cierto día, unos viajeros pasaron por la aldea.

—Venimos del reino de Panchala —dijeron—. El rey Drupada ha decidido que ya es hora de que su hija Draupadi elija marido. Draupadi es famosa por su belleza e inteligencia, y vendrán príncipes y reyes de toda la India a competir por su mano.

Los cinco príncipes Pandavas decidieron acudir al swayamvara de Draupadi. Pidieron permiso a Kunti y partieron hacia Panchala con sus disfraces de brahmanes pobres. Al llegar, descubrieron que entre los numerosos príncipes y reyes que aspiraban a la mano de la hermosa princesa se encontraban sus primos Duryodhana y Duhshasana, de la familia Kaurava. Mientras se preparaban para la competición, se produjo un repentino silencio en toda la concurrencia, pues acababa de llegar la princesa Draupadi, precedida por su hermano Dhrishtadyumma, famoso por sus dotes guerreras.

Draupadi era una mujer alta y esbelta, con una negra cabellera que le llegaba hasta los pies. Su piel oscura brillaba como la caoba pulida y poseía la fragancia de los lotos azules. Sus ojos eran tan grandes como un pétalo de loto y brillaban como el rocío matutino. El rey Drupada había sentido la secreta esperanza de que Draupadi eligiera como esposo a Arjuna, cuya reputación como arquero había impresionado profundamente al viejo rey. Pero cuando recibió la noticia de la muerte de los hermanos Pandavas decidió organizar una competición tan difícil que solamente un hombre con las facultades de Arjuna pudiera salir airoso de ella.

Dhrishtadyumma señaló una torre increíblemente alta que se levantaba en el centro del recinto donde se habían congregado los pretendientes de Draupadi.

—En lo alto de esta torre hay un anillo del que cuelga un pez que da vueltas. Aquel que consiga acertar cinco veces seguidas en el ojo del pez, disparando con este arco, obtendrá la mano de Draupadi.

Un murmullo de consternación recorrió la asamblea. Los reyes y príncipes empezaron a disparar por turno, pero el blanco era tan pequeño y el arco tan pesado que todos acababan eliminados. Cientos de ellos lo habían intentado ya cuando le tocó el turno a Arjuna.

Cuando Arjuna se acercó al centro del recinto, Draupadi lo miró con interés.

«He aquí un hombre de fuerza y atractivo innegables —se dijo—, pero no es más que un pobre brahmán. Es imposible que pueda competir con guerreros tan avezados.»

No obstante, ella misma se sorprendió, deseando que aquel desconocido ganara el concurso, y aún mayor fue su asombro al ver que Arjuna tendía sin esfuerzo alguno el pesado arco y, tras apuntar cuidadosamente, clavaba cinco flechas, una tras otra, en el ojo del pez. La princesa se puso en pie inmediatamente y avanzó hacia Arjuna para colocarle al cuello una guirnalda en señal de victoria. Mientras tanto, los aspirantes derrotados se soliviantaban.

—¿No os da vergüenza que os derrote un brahmán muerto de hambre? —gritaba Duryodhana.

Excitados por las voces, los pretendientes intentaron atacar a Arjuna. Bhima se bastó para rechazarlos, mientras sus hermanos formaban un corro alrededor de Draupadi y se la llevaban a su aldea. Con toda aquella confusión, Arjuna y sus hermanos no pudieron hablar con el rey Drupada para identificarse ante él. Como es natural, el rey sentía curiosidad y le preocupaba el bienestar de su hija, por lo que ordenó a su hijo Dhrishtadyumma que siguiera a los brahmanes y averiguara todo lo que pudiera acerca de ellos.

Arjuna y sus hermanos regresaron directamente a su casa con Draupadi. Al llegar, Arjuna entró gritando:

—¡Madre, ven a ver lo que he conseguido hoy!

Pero Kunti estaba ocupada en la cocina y respondió sin volverse a mirar:

—Sea lo que sea, espero que lo compartas equitativamente con tus hermanos.

Por un momento, Arjuna se quedó perplejo, mirando a sus hermanos y a Draupadi, que habían entrado a tiempo para oír las palabras de Kunti. Al notar el repentino silencio, Kunti se volvió y vio a Draupadi. Al principio se sintió encantada al darse cuenta de que su hijo volvía a casa con una esposa tan bella, pero al instante se dio cuenta de lo que le había pedido a su hijo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es lo que he dicho?

Inmediatamente, Yudhishtra intentó arreglar la situación:

—Es Arjuna quien ha ganado la competición y debe casarse con Draupadi.

—¿Quieres que cometa un pecado, desobedeciendo una orden de mi madre? —protestó Arjuna.

—Hijo mío —dijo Kunti—. Hablaba sin saber lo que decía. No tienes que tomar mis palabras al pie de la letra.

Pero Arjuna se mantuvo firme. Draupadi se sentía confusa y molesta, de modo que se decidió enviar a los gemelos Nakul y Sahadeva a pedir consejo al sabio Vyas.

Cuando llegó Vyas, habló durante unos minutos con Draupadi y luego explicó a todos el porqué de las palabras de Kunti. Al parecer, Draupadi había sido una mujer de grandes méritos en una encarnación anterior; pero, a pesar de ello, su padre no había conseguido encontrarle esposo. La muchacha había rezado a Siva pidiéndole un marido, pero cuando el dios se manifestó ante ella, fue tanto el miedo que sentía la pobre mujer de ofender a Siva con su petición, que sólo pudo musitar la frase «Quiero un marido», repitiéndola cinco veces. Esto hizo gracia a Siva, que decidió divertirse a su costa.

—En tal caso —declaró jovialmente—, tendrás cinco maridos.

Escandalizada por las palabras de Siva, la muchacha rogó que le concediera solamente un marido.

—No puedo retirar mis palabras —respondió Siva, sonriendo—, pero puedo aplazar su cumplimiento: tendrás cinco maridos en otra vida futura.

Vyas explicó que se estaba cumpliendo el destino de Draupadi, y que el destino es algo a lo que nadie debe oponerse. Y así, el hermano de Draupadi llegó a la aldea a tiempo de ver a su hermana casada con los cinco príncipes Pandavas. Furioso y desconcertado, regresó a informar a Drupada. El rey se dirigió en persona a la aldea, y allí averiguó la razón del extraño matrimonio. Cuando se dio cuenta de que los cinco brahmanes que se habían casado con su hija eran los príncipes Pandavas, les ofreció de buena gana su bendición.

Al poco tiempo, la noticia de que los hermanos Pandavas estaban vivos llegó hasta los Kauravas, y Duryodhana empezó a temer la venganza de sus primos. Tanto él como sus hermanos intentaron convencer a su padre y a su tío-abuelo Bhishma de que debían desterrar a

los Pandavas o enviar tropas contra ellos, pero Bhishma se mantuvo firme en su decisión de dividir el reino en dos mitades y conceder una a los Pandavas. El rey Dhritarashtra se mostró conforme, y se envió un mensaje a los Pandavas para que regresaran a Kurujangal a hacerse cargo de su mitad del reino. Los cinco hermanos fueron muy bien recibidos por su tío y su tío-abuelo; se les concedió la zona montañosa del norte y allí se instalaron, nivelando un terreno y construyendo en él casas, jardines y fuentes, hasta convertirlo en una ciudad tan hermosa que se la acabó llamando Indraprastha, como la residencia de Indra.

La gran guerra

Como primogénito de los Pandavas, Yudhishtra fue coronado rey de Indraprastha, y los cinco hermanos vivían felices con Draupadi en un espléndido palacio. También los habitantes del reino vivían cómodamente, y los Pandavas fueron adquiriendo una notable reputación por su bondad y sus heroicas hazañas. Todo ello ha-

cía aumentar la envidia de los Kauravas, que en unión de un tío llamado Shakuni tramaron un plan y desafiaron a Yudhishtra a una partida de dados, sabiendo que éste era el único vicio conocido de Yudhishtra. Aunque costó mucho convencerlo, obtuvieron la autorización de su padre, el rey ciego Dhritarashtra. Yudhishtra sabía que Shakuni era muy hábil haciendo trampas con los dados, pero su honor no le permitía rehuir el desafío, de modo que los Pandavas acudieron al palacio de sus primos para asistir a la partida.

Comenzó el juego y Shakuni no tardó en empezar a hacer trampas. Sin embargo, Yudhishtra siguió jugando, cada vez más absorto por la partida, apostando todo lo que poseía. Por último, apostó su palacio, su reino y todo lo que contenían por un período de trece años. Como es natural perdió, y su familia se dispuso a partir. Pero antes de que los Pandavas salieran del palacio, Duryodhana le dijo con insolencia a Draupadi que se sentara en sus rodillas, y su hermano Duhshasana la insultó diciendo:

—Ahora nos perteneces; tu marido te perdió jugando a los dados.

Cuando Draupadi se resistió, Duhshasana le agarró el velo y tiró de él.

Bhima era un invitado en casa de sus primos y no podía atacarlos, pero se juró que algún día le rompería a Duryodhana las piernas en que había intentado sentar a Draupadi, y que Duhshasana pagaría sus insultos con su propia sangre. Yudhishtra y su familia partieron al destierro abandonándolo todo.

Transcurrieron muchos años, y los hermanos Pandavas llevaron una vida errante, aunque jamás olvidaron sus ideales, que les ayudaron a hacer excelentes amistades entre los reyes de los países que recorrieron. Muchos de los reyes prometieron su ayuda si alguna vez los Pandavas la necesitaban.

Arjuna y su familia realizaron muchas hazañas heroicas durante sus años de destierro. Al cumplirse los trece años, los príncipes Pandavas acudieron a sus aliados y celebraron un consejo, en el que se decidió solicitar a los Kauravas que devolvieran Indraprastha a sus legítimos gobernantes. El divino Krishna se ofreció a actuar personalmente como embajador, pero Duryodhana se negó a devolver nada y prefirió la guerra. En consecuencia, los dos bandos se prepararon para el enfrentamiento.

Los ejércitos de los Kauravas eran mucho más numerosos que los de los Pandavas y sus aliados. Al frente de las tropas de los Kauravas iba Bhishma, con el corazón destrozado por tener que luchar contra sus amados sobrinos, aunque consideraba que su deber era combatir en el bando del rey de Kurujangal. Tampoco el príncipe Arjuna acababa de decidirse a pelear contras sus amigos y parientes, hasta que Krishna le explicó que su deber de guerrero era luchar por causas justas. Como Arjuna seguía dudando, Krishna se manifestó con la apariencia del dios Visnú, para demostrar la veracidad de sus palabras. El primer día de batalla, Bhima se enfrentó a Bhishma, que llevaba armadura blanca y guiaba un carro blanco. Su melena y su barba blancas ondeaban al viento, dándole un aspecto semejante al de la luna llena. Los dos salieron del choque sin heridas graves.

El segundo día, Bhima mató a los hijos del rey Magadha, aliado de los Kauravas, y a continuación derribó de un solo y certero golpe al elefante del rey, matando también a éste. La batalla se prolongó durante varios días, aunque cada noche los dos bandos se retiraban a llorar las bajas producidas en sus propias filas y en las de sus familiares del bando contrario.

Los Pandavas se sentían especialmente afligidos. No deseaban causar la muerte de sus familiares y amigos de la infancia. Arjuna confiaba en capturar vivo a su apreciado maestro Dron, pero su suegro Drupada estaba decidido a matar a Dron, que se había apoderado de su reino años atrás. Por encima de todo, ninguno de los Pandavas quería hacer daño a su tío-abuelo Bhishma. Sin embargo, era algo que no dependía de ellos, puesto que Bhishma había obtenido, muchos años antes, una bendición de su padre que le permitía decidir el momento de su propia muerte; y considerando que ya había vivido bastante, Bhishma decidió morir a manos de Arjuna, el más noble y capaz de los guerreros que allí se enfrentaban.

El décimo día de batalla, las flechas de Arjuna hirieron a Bhishma, que cayó al suelo, pidiendo que alguien le sostuviera la cabeza. Arjuna disparó inmediatamente tres flechas que se clavaron en el suelo, formando una especie de almohada, y levantó con gran suavidad la cabeza de Bhishma para apoyarla en las flechas.

A continuación, ambos se abrazaron y Bhishma le dijo a Arjuna que viviría hasta el fin de la guerra. No obstante, el mando de los ejércitos de los Kauravas pasó a Dron, el brahmán, que combatió sin descanso hasta que el decimocuarto día Bhima y Dhrishtadyumma decidieron gastarle una jugarreta.

El elefante de Bhima se llamaba Ashvathammana, y éste era también el nombre del hijo único de Dron, al que su padre amaba por encima de todo. Bhima sacrificó a su elefante y corrió a Dron gritando:

—¡Ashvathammana ha muerto!

—¡No te creo! —exclamó Dron por encima del fragor de la batalla—. Sólo lo creeré si tu hermano Yudhishtra me lo confirma.

Era bien sabido que Yudhishtra era incapaz de mentir, pero el príncipe confirmó la noticia tres veces, diciendo: «El elefante Ashvathammana ha muerto», aunque pronunciando las primeras palabras en voz tan baja que Dron no pudo oírlas y cedió el mando a Karna, el rey arquero, para sumirse en profundas meditaciones hasta que su alma abandonó su cuerpo. Sin saber que Dron ya estaba muerto, el hijo de Drupada se le acercó por detrás y le cortó la cabeza. Por un instante, en el cielo se vieron dos soles brillantes; luego, uno de ellos se perdió entre las nubes.

La guerra prosiguió a pesar de todo. Desde un principio, el hijo de Bhima, el demonio Ghatotkach, había ayudado con sus ejércitos demoníacos, logrando en varias ocasiones hacer retroceder a los Kauravas por medio de ilusiones. En un momento dado, Ghatotkach se vio enfrentado a Karna, el rey arquero. El demonio creó una montaña mágica, pero Karna la destruyó con un rayo que le había proporcionado Surya, el dios del sol. Entonces Ghatotkach creó una nube de tormenta de la que llovían piedras, pero Karna la hizo alejarse con un amuleto, regalo del dios del viento. Por último, Ghatotkach se hizo invisible y dejó caer un lluvia de espadas y antorchas sobre los hombres de Karna.

Los aterrados soldados rogaron a Karna que utilizara un arma mágica que le había regalado el dios Indra. Era un arma capaz de matar a cualquier criatura, pero sólo se podía usar una vez, y Karna no quería malgastarla. No obstante, viendo que sus hombres eran presa del pánico, Karna arrojó el arma contra Ghatotkach, atravesándole el corazón. Ghatotkach se dio cuenta de que todo había terminado para él, pero aún intentó ayudar a su padre: creció hasta un tamaño gigantesco, se prendió fuego y se dejó caer sobre todo el batallón de soldados de Karna, matándolos a todos mientras él mismo moría.

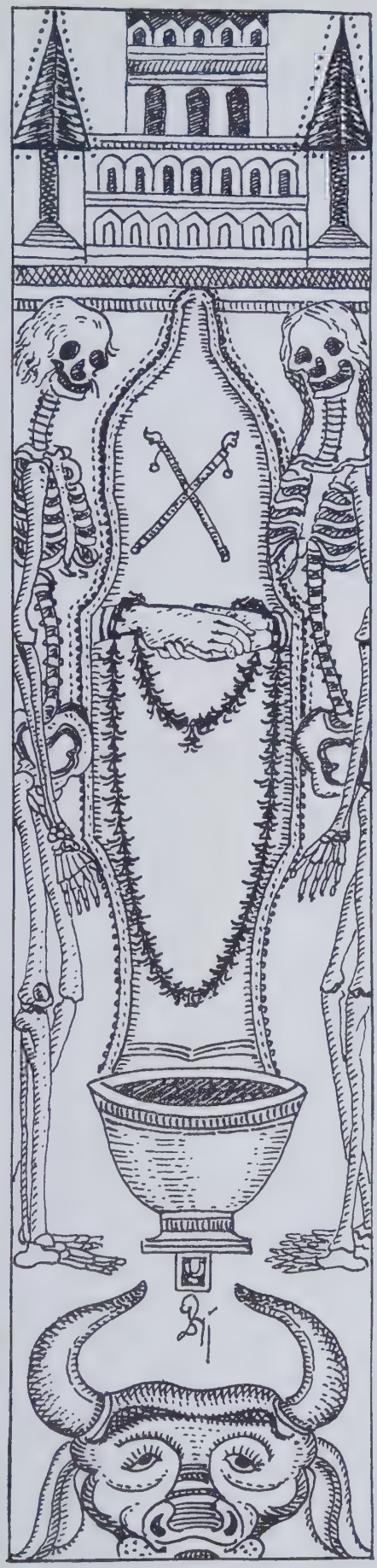
Los Pandavas lloraron su heroica muerte, pero Krishna los consoló diciendo que la muerte de Ghatotkach era un anuncio de su inminente victoria.

El decimoséptimo día, Bhima mató al príncipe Duhshasana y bebió su sangre, tal como había prometido que haría. Todos los príncipes Kauravas habían caído ya, con excepción de Duryodhana, que huyó a esconderse en un lago. Al principio se negó a salir de su refugio, declarando que los Pandavas podían quedarse con todo su reino y que él pensaba dedicar su vida a la meditación, pero el decimoctavo día Bhima lo retó a un duelo personal y Duryodhana no pudo negarse. Durante un cierto tiempo, parecía que Bhima llevaba la peor parte de la pelea, pero entonces recordó cómo Duryodhana había humillado a Draupadi después de la partida de dados. Con un movimiento engañoso, aprendido en sus peleas infantiles, lanzó un golpe bajo que destrozó la pierna de Duryodhana y a continuación le propinó el golpe de gracia.

La gran guerra había terminado con un elevado saldo de muertes y dolor, aunque hubiera triunfado la causa de la justicia. Yudhishtra acudió entonces al lecho de su tío-abuelo Bhishma, para pedirle consejo acerca de lo que debía hacer un buen rey.

—Este es el momento para el que me he mantenido vivo —replicó el malherido Bhishma. A continuación, transmitió a Yudhishtra todos sus años de experiencia como gobernante, y al acabar pidió a Yama, dios de la muerte, que acudiera a llevárselo. De este modo se cumplió, al cabo de tantos años, la bendición de su padre, y Bhishma pudo por fin reunirse con sus siete hermanos en el reino de Indra.

Desde aquel día, los príncipes Pandavas gobernaron el reino con sabiduría y lo mantuvieron en paz, defendiendo siempre las causas justas. Yudhishtra siguió los consejos de su tío-abuelo y reinó durante muchos años hasta que, habiendo llegado a viejo, decidió adoptar la vida de un asceta y llegar al Cielo a pie.



Leyendas de amor y aventura

Existen en el folclore indio grandes relatos de amor: uno de los más conocidos tuvo su origen en el Punjab, y narra el gran amor de Hir y Ranjha.

En la aldea punjabí de Takht-Hazara vivía un rico propietario llamado Maujú, miembro de la tribu Jat. Entre todos sus hijos, su favorito era el más joven, Ranjha; sus hermanos, sin embargo, le tenían antipatía, pues le consideraban un vago que se limitaba a tocar la flauta mientras ellos trabajaban las tierras. Cuando Maujú falleció, sus hijos repartieron la tierra y a Ranjha le tocó un terreno rocoso y estéril. Dispuesto a sacarle el máximo partido, Ranjha se levantaba cada mañana a trabajar su campo, sin obtener resultados, hasta que un día se le rompió el arado. Agotado, Ranjha se sentó a tocar la flauta a la sombra de un árbol, habiendo decidido que bien se merecía un descanso. En aquel momento, llegaron sus cuñadas con la comida del mediodía y, al escucharlo tocar, llegaron a la conclusión de que seguía siendo un vago y un inútil.

—¡Escucha, perezoso! —le gritaron—. ¿Vas a depender siempre de tus hermanos, para que te vistan y te den de comer?

—Jamás os atrevisteis a hablarme así cuando mi padre vivía —replicó él—. No quiero nada de vosotras ni de vuestros maridos, que me dieron el peor trozo de la tierra de mi padre.

—Si tan odiosos te resultamos —se burlaron las mujeres—, ¿por qué no vas a buscar fortuna a otra parte? A lo mejor consigues una belleza como la famosa Hir. Sólo una mujer tan hermosa y aristocrática como ella podría satisfacer tus exigencias.

Nada más oír el nombre de Hir, Ranjha se enamoró de ella. Es posible que hubieran sido amantes en una vida anterior y estuvieran destinados a reunirse de nuevo. Sin decir nada, decidió hacer precisamente lo que las mujeres habían sugerido.

Al día siguiente, Ranjha se marchó de casa, llevando tan sólo su flauta. Caminó durante muchos días, aceptando agradecido la comida que le daban en los albergues religiosos para viajeros pobres, y cuando no tenía nada que comer vivía a base de soñar con Hir. Una noche, mientras dormía en un campo, se le aparecieron cinco santones vestidos de blanco y con largas barbas blancas.

—Tenemos hambre, Ranjha —le dijeron—. Danos de comer.

—No tengo nada que ofreceros —respondió Ranjha avergonzado.

—¿Y de quién es esa vaca? —preguntaron los santones, seña-

lando una gran vaca parda, de ubres abultadas, que acababa de aparecer ante ellos. Asombrado, Ranjha reconoció que era suya.

—Pero no tengo ningún recipiente para la leche —se excusó.

Entonces, uno de los santones le ofreció el cuenco que le servía para pedir limosna. Ranjha lo tomó en silencio, pensando que allí no cabría ni un buen trago de leche, y empezó a ordeñar la vaca. Ordeñó hasta vaciar las ubres, pero el cuenco no se desbordaba. Los piras (santos musulmanes) bebieron hasta saciarse, se declararon satisfechos y devolvieron a Ranjha el cuenco, que aún seguía lleno.

—Bébete lo que queda —le dijeron—. Sabemos que tú también tienes hambre.

Mientras Ranjha bebía, los santos desaparecieron y él se encontró de repente a orillas del río Chenab, que rugía brillando a la luz de la luna. Al otro lado se extendía la tierra de Jhang, su punto de destino.

Ranjha pidió a un barquero que lo ayudara a cruzar el río, pero el barquero no accedió, hasta que Ranjha se puso a tocar la flauta y el hombre, encantado, se prestó a cumplir todos sus deseos. Al llegar a la otra orilla, atracaron la barca junto a un hermoso jardín, repleto de flores fragantes y frutos jugosos. Ante su vista se extendía una inmensa campiña verde.

—Estoy cansado —dijo Ranjha al barquero—, y veo que hay una cama en tu barca. ¿Me permitirías dormir en ella?

—Esta barca pertenece a Hir —protestó el horrorizado barquero—. Estoy autorizado a cruzar gente de una orilla a otra, pero Hir me haría cortar en cien pedazos si se enterara de que un extraño ha dormido aquí.

Pero aún resonaban en su mente los ecos de la flauta de Ranjha y, por fin, el barquero capituló.

Al amanecer, Ranjha se despertó al oír los cantos de los pájaros, seguidos por risas de mujeres y el delicado tintineo de ajorcas de cristal. Al incorporarse, comprendió que había dormido demasiado tiempo, pues ante él se encontraba Hir. Sus facciones eran como las curvas de un manuscrito trazado por un maestro escriba; sus labios, rojos como el coral; su barbilla era como una manzana de Kabul; sus dientes, tan perfectos como semillas de granada y tan luminosos como perlas; su cabello era negro como una cobra del desierto guardando su tesoro. Su porte era majestuoso, pero sus ojos refulgían como lanzas de los ejércitos del Punjab ante la visión de un extraño acostado en su lecho. Incapaz de guardar silencio, Ranjha exclamó:

—¡Amor mío!

—¿Quién eres? —preguntó ella indignada—. ¿Cómo te atreves a hablarme con tanta confianza?

—No tengo nada que ocultarte, hermosa Hir —respondió él con suavidad, y le explicó por qué había venido en su busca.

El desagrado de Hir era perfectamente visible, pero Ranjha le explicó que estaba convencido de que se habían amado en muchas encarnaciones anteriores y que ahora se habían reunido una vez más. Y por fin, Ranjha se puso a tocar con su flauta una melodía tan cautivadora que Hir acabó jurándole amor enterno.

—Tocas la flauta como el propio Krishna —suspiró—. No podría soportar perderte.

Ranjha entró al servicio del padre de Hir, y todas las tardes la muchacha acudía corriendo a los prados donde Ranjha apacentaba los búfalos. El tocaba la flauta y luego le hablaba de amor. Sin embargo, este idilio no iba a durar mucho, porque un pariente de Hir, llamado Kaido, empezó a espiarlos. Kaido era un redomado metomentodo, y se decía que odiaba a los jóvenes amantes porque, a causa de su cojera, no había podido encontrar esposa. Pronto empezó a hacer correr rumores acerca de la pareja, hasta que Hir, irritada por sus murmuraciones, lo atacó con la rabia de una tigresa, desgarrándole las ropas y golpeándolo en la cabeza hasta hacerle prometer que la dejaría en paz. Pero no consiguió el efecto deseado; en lugar de mantenerse callado, el humillado Kaido, ávido de venganza, contó todo a los padres de Hir. Estos se opusieron a los amores de los jóvenes, pero Hir les rogó que la autorizaran a casarse con Ranjha.

—Pertenece a una rica familia de la tribu Jat, en Takht-Hazara —explicó—, y trabajaba de vaquero sólo para estar cerca de mí.

—Tú eres hija de una tribu Rajput, famosa por su gran valor en el combate —le gritaron—. ¿Cómo te atreves siquiera a pensar en casarte con un simple Jat? ¡Si no son más que campesinos!

La familia estaba apesadumbrada ante la idea de que su hija pudiera deshonrarla, y expulsa-

ron a Ranjha de sus propiedades. Entonces, Hir se dirigió a casa de Kaido, rompió todos los cacharros que había en ella y la prendió fuego. Pero no iba a estar mucho tiempo separada de Ranjha, porque los búfalos de la manada se negaron a comer y beber en su ausencia, y los aldeanos no tardaron en solicitar que se hiciera volver a Ranjha. La familia de Hir seguía oponiéndose a su relación con el joven, y decidieron casarla lo antes posible con Saida de Rangpur. El matrimonio se había acordado cuando ambos eran muy niños, y aunque Hir no lo amaba tuvo que resignarse. Se celebró la ceremonia e Hir se fue a vivir a Rangpur con la familia de su esposo.

Ranjha quedó abrumado por la pérdida de Hir e ingresó en un monasterio con la intención de renunciar al mundo. Mientras tanto, Hir vivía en la casa de Saida, pero los cinco santos fueron a decirle a éste que no tenía derecho a tratarla como a una esposa, porque a los ojos de Dios no estaban casados. Hir suplicó a los santones que la reunieran con Ranjha, y ellos le prometieron que lo harían llegar hasta ella, aunque antes de marcharse añadieron:

—Pero es la otra vida lo que verdaderamente importa.

Poco después, Hir se enteró de que había llegado a Rangpur un curandero cuya flauta poseía poderes mágicos. Convencida de que se trataba de Ranjha, empezó a hacer planes para encontrarse con él. Fingiendo haber sido mordida por una serpiente venenosa, hizo llamar al curandero. Hir supo que era Ranjha en cuanto éste entró en la habitación, pero se mantuvo inmóvil como pudo, fiel a su papel de moribunda.

—Dejadme a solas con ella —ordenó Ranjha.

Y en cuanto Saida y su familia hubieron salido de la habitación, Ranjha e Hir se abrazaron, y el falso curandero contó lo que había ocurrido.

—Había renunciado al mundo y seguía las enseñanzas de un maestro cuando los cinco santos llegaron a nuestra ermita. Me dijeron que me hiciera pasar por curandero y viniera a Rangpur, donde te encontraría de nuevo. Ahora, amor mío, tenemos que pensar lo que vamos a hacer.

La siguiente noche, Hir se escapó de casa de su marido y huyó con Ranjha. Saida y sus parientes persiguieron a los amantes, pero éstos consiguieron llegar a la corte del rey y le explicaron su triste historia. Cuando terminaron, el rey dijo:

—Tu matrimonio con Saida queda anulado. Puedes casarte con Ranjha sin miedo a ninguna represalia de Dios ni de los hombres.

Felices por la decisión del rey, los dos jóvenes regresaron a Jhang, donde Hir debía esperar con su familia la llegada de Ranjha y su cortejo familiar para hacerse cargo de la novia como de costumbre. Pero Kaido no había perdonado lo que Hir le había hecho.

—El rey puede declarar nulo el matrimonio de Hir, pero todo el mundo la vio marchar con Saida después de la boda —le dijo Kaido al padre de Hir—. Aceptar esta boda con Ranjha equivaldría a respaldar la inmoralidad, y tu familia quedaría deshonrada.

Abrumado, el padre de Hir reconoció que Kaido tenía razón y que el único modo de proteger el honor de su clan era impedir la boda, envenenando a Hir. Mientras tanto, la muchacha seguía haciendo preparativos para la boda, hasta que un día alguién le ofreció una vaso de zumo de limón. Pocos segundos después de haberlo bebido, cayó al suelo, gritando el nombre de Ranjha con su último aliento.

Tras el funeral, se envió una carta a Ranjha con la noticia de su muerte. Nada más leer el mensaje, Ranjha exhaló un profundo suspiro y cayó muerto en su asiento. La historia de los desdichados amores de Hir y Ranjha se sigue contando aún en todo el subcontinente, y son muchos los viajeros que aseguran haber visto a los amantes retozando alegremente entre los bosques y arroyos donde pasaron las horas más felices de su vida.

El príncipe Ahmad rescata a la princesa Shehernaz

La princesa Shehernaz vivía sola en el Palacio de las Lamentaciones, a las afueras de un pueblo situado al borde de un bosque encantado. Un día, un joven príncipe llamado Ahmad se encontraba cazando por allí cuando vio el palacio.

—¿Quién vive allí? —preguntó.

—Una misteriosa princesa —le respondieron—. Dicen que la raptó un gigante cornudo,

que la llevó a su palacio. Alguien mató al gigante poco después, pero los padres de la princesa la consideraron deshonrada y no la quisieron aceptar, de modo que se quedó allí. Muchos valientes la han cortejado, pero ella ha dicho que sólo se casará con el hombre que cumpla sus dos condiciones.

Intrigado, el príncipe Ahmad decidió visitar a la princesa. Al verla, quedó prendado de su belleza y preguntó qué tenía que hacer para conseguir su mano. La princesa Shehernaz le explicó que todos los días, después de medianoche, se escuchaban en el palacio espantosos gemidos.

—Los habitantes del pueblo están aterrorizados, y reconozco que a mí me molestan bastante. Tu primera tarea será conseguir que acaben los gemidos.

El príncipe visitó a todos los ancianos del pueblo, en busca de datos, pero ninguno pudo ofrecerle una pista.

—Muchos hombres, y mejores que tú, lo han intentado en vano —dijeron los ancianos—. Muchos perdieron la vida en el empeño. Más vale que renuncies y vuelvas a tu casa.

Pero el príncipe Ahmad se había enamorado de la hermosa princesa y estaba decidido a hacerla su esposa. De una cosa estaba seguro: los gritos procedían de un alma atormentada. Aquella noche se acercó a un montículo del que parecían surgir los gemidos, y justo a medianoche el príncipe vio aparecer diez fantasmas. Nueve de ellos fueron a sentarse junto a él, pero el décimo se quedó a cierta distancia. A la luz de las estrellas, Ahmad vio que las ropas de los fantasmas estaban ensangrentadas y hechas jirones. De pronto, en las manos de todos ellos aparecieron platos. Los fantasmas intercambiaron unas palabras y le ofrecieron un plato, y fueron desfilando ante él, echando cada uno un poco de arroz en el plato. El décimo fantasma se quedó algo rezagado y al pasar dejó caer una piedra en el plato de Ahmad.

—Puesto que los demás te honran como invitado —gruñó—, yo haré lo mismo.

Y diciendo esto, se apartó de nuevo y se sentó a comer. Ahmad dio las gracias a los fantasmas por su hospitalidad.

—Os ruego que me expliquéis el significado de esta piedra —pidió.

Entonces el jefe de los fantasmas empezó a contarle su historia. Unos cien años atrás, en aquel bosque tenía su guarida una banda de ladrones. No contentos con despojar a los viajeros que pasaban por allí, los asesinaban sin piedad. Un día llegó a la aldea un grupo numeroso de viajeros.

—Ayudadnos a seguir nuestro camino a salvo —rogaron a los aldeanos— y os recompensaremos por ello.

Diez de los aldeanos más valientes se ofrecieron a escoltar a los viajeros, pero, a pesar de todo, los ladrones atacaron a medianoche, matándolos a todos y apoderándose de sus pertenencias. Puesto que los diez aldeanos habían muerto en la defensa de otros, se los consideró mártires; pero uno de ellos, llamado Nuruddin, no había llevado una vida virtuosa, sino que había sido un rapaz prestamista, que explotaba a los pobres aldeanos obligándolos a pagar elevados intereses por pequeños préstamos. Por esta razón, mientras los otros nueve mártires recibían alimentos mágicos cada noche, Nuruddin recibía en cambio piedras.

—Dentro de un momento, lo oirás aullar de hambre —dijeron las almas de los mártires.

—¿No existe un modo de aliviar su pena? —preguntó Ahmad, compadecido. Pero los espíritus negaron con la cabeza.

—Por favor, dejadme que hable con él —rogó Ahmad.

Los nueve mártires lo escoltaron hasta su compañero, que mordisqueaba histéricamente las piedras y gemía a causa del hambre de cien años.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó el príncipe.

El espíritu de Nuruddin lo miró fijamente.

—Nunca di un céntimo en toda mi vida —confesó—. Enterré todo mi tesoro en el sótano de mi casa, y quité todo lo que pude a los pobres, mientras mi oro y mi plata aumentaban. Lo cierto es que no hice nada bueno en toda mi vida hasta el día en que decidí ayudar a los viajeros. Si desentierras mi tesoro y lo repartes entre los pobres, quizá pueda compensar una parte de mis pecados y me permitan descansar en paz.

En aquel momento, los fantasmas empezaron a desvanecerse, y el príncipe se encontró solo en el montículo.

El príncipe Ahmad hizo averiguaciones en el pueblo y descubrió que Nuruddin no había dejado descendientes, a excepción de una ta-

taranieta muy pobre que vivía en una miserable cabaña de ramas.

—Es imposible que Nuruddin viviera en esta cabaña —se extrañó.

La mujer le explicó que la familia de Nuruddin no había heredado nada a la muerte de éste. Su casa la había comprado un mercader, cuyo hijo vivía allí con su familia. Ahmad dio las gracias a la mujer y le prometió volver pronto con buenas noticias.

El príncipe se dirigió entonces a la casa y preguntó si podría comprarla por el doble de lo que había costado. El propietario era un buen hombre, y cuando oyó la historia del alma en pena accedió a vender la casa. Ahmad empezó a cavar en el sótano y no tardó en encontrar el magnífico tesoro de Nuruddin. Mandó llamar a la mujer que lo había ayudado y le hizo entrega de la casa y de una tercera parte del tesoro. Con el resto compró ropas y alimentos; y durante meses los fue repartiendo entre los pobres, mientras los lamentos de Nuruddin se iban haciendo cada vez más suaves. Por fin, se agotó el tesoro y cesaron los gemidos de Nuruddin. Entonces Ahmad volvió a presentarse ante la princesa.

—He cumplido tu primera condición. ¿Cuál es la segunda?

—Tráeme noticias de la reina Mumtaz, esposa de Gul Badshah —dijo la princesa—, y me casaré contigo.

Gul Badshah vivía en una fortaleza construida en lo alto de una montaña, más allá del bosque encantado. El príncipe Ahmad se puso en camino aquel mismo día. Atravesó los países de los leones, los monos, los pájaros y las serpientes, y por fin llegó a un río ancho y profundo que rodeaba la montaña donde se alzaba la fortaleza de Gul Badshah.

Era un día seco y caluroso, y el sol caía a plomo sobre el príncipe, que se sentó al pie de un frondoso árbol, con la intención de descansar un poco, antes de emprender la última parte de su fatigoso viaje. Estaba a punto de quedarse dormido, cuando oyó unos chillidos terribles que procedían de la copa del árbol.

Estirando el cuello, el príncipe Ahmad vio un enorme nido entre las ramas. Tres enormes pájaros, las crías del ave-camello llamada Shutra Murgha, miraban aterrorizados desde arriba y gritaban pidiendo auxilio. Ahmad bajó la mirada y vio una serpiente venenosa que reptaba por las ramas acercándose al nido. La mató al instante con su espada, los polluelos le dieron las gracias y el príncipe se echó a dormir. Cuando los padres regresaron al nido, vieron al príncipe dormido y exclamaron:

—Al fin hemos encontrado al enemigo que llevaba años devorando a nuestras crías. Matémoslo inmediatamente.

—¡Alto! —gritaron los polluelos—. Este hombre nos ha salvado de la serpiente. Mirad su cadáver ahí tendido.

Agradecidas, las grandes aves mojaron sus alas en las aguas del río y dieron sombra al príncipe Ahmad, refrescándolo y protegiéndolo del sol mientras dormía. Cuando el príncipe despertó y vio a los extraños animales, mitad camello y mitad avestruz, que se cernían sobre él con las alas extendidas, pensó que había llegado su hora; pero las aves le dieron las gracias y le preguntaron qué hacía por allí. Ahmad explicó que tenía que conseguir noticias de la reina Mumtaz, y el ave padre se ofreció a llevarlo volando hasta la fortaleza. Al depositar al príncipe frente a la entrada, el ave le entregó una pluma.

—Si te ves en apuros, quema la punta de esta pluma y yo acudiré al instante.

En cuanto el ave se hubo marchado, Ahmad miró a su alrededor. Un centinela hacía guardia en el patio.

—Quiero ver a Gul Badshah —dijo el príncipe.

—Sólo los desesperados vienen aquí —le advirtió el centinela—. Una vez que el rey te permita entrar en su fortaleza, es posible que no salgas de ella vivo.

—Acepto la condición —respondió Ahmad—. Déjame entrar.

Gul Badshah repitió la advertencia, pero el príncipe se mantuvo firme y el rey lo incluyó entre sus soldados. Durante los días siguientes, Ahmad registró a fondo la fortaleza, pero no logró encontrar a la reina. Por fin se le ordenó vigilar una torreta que albergaba a un importante prisionero, al que ni siquiera los guardias podían ver, bajo pena de muerte. Todos los días oía sollozos cuando hacía pasar la comida a través de la reja del ventanuco, hasta que por fin decidió echar un vistazo. En el fondo del oscuro y sucio calabozo se acurrucaba una mujer.

—¿Quién eres? —preguntó.

—La desdichada reina Mumtaz —respondió ella—. Mi marido me encerró aquí cuando descubrió que, a pesar de ser su esposa, amaba más a un gigante cornudo que a él. Y a nadie se le permite salir de la fortaleza, para que el mundo exterior no se entere de mi situación.

—¿Quién era aquel gigante? —preguntó Ahmad.

—El que tenía un palacio al borde del bosque encantado —replicó la reina prisionera.

—Pero aquél es el Palacio de las Lamentaciones —dijo Ahmad—, y en él vive la princesa Shehernaz.

La reina Mumtaz reaccionó con ira.

—El gigante se enamoró de ella y la llevó allí, pero yo no estaba dispuesta a permitir que ocupara mi puesto. Había aprendido algo de magia, y en una de mis visitas la hice dormir y sujeté sus muñecas y tobillos con cadenas invisibles. Cuando se despertó, descubrió que apenas podía moverse. Pero entonces mi marido descubrió mi secreto. Llegó al palacio guiado por su perro y mató al gigante. Luego me encerró en esta torreta y me alimenta con las sobras que deja el perro. No obstante, me queda la satisfacción de saber que Shehernaz está inmovilizada por sus cadenas y jamás podrá casarse.

—¿Y dónde está la llave de sus grilletes?

La reina se echó a reír.

—Nadie podrá recuperarla nunca. Está en el nido de una familia de aves-camello que vive junto al bosque encantado. La dejé caer cuando me traían aquí y vi cómo la madre la recogía y la llevaba a su nido para que sirviera de juguete a sus crías.

Por fin, Ahmad sabía por qué Shehernaz quería encontrar a la reina Mumtaz. Corrió a lo alto de la fortaleza y quemó la punta de la pluma en una antorcha instalada en la pared. Al instante, el Shutra Murgha acudió a la llamada y Ahmad montó en su lomo. Mientras se alejaban volando, el príncipe preguntó por la llave mágica. El Shutra Murgha se sintió encantado de poder devolver el favor al hombre que había salvado la vida de sus crías y, tras recoger la llave en el nido, lo llevó volando hasta el palacio de Shehernaz.

Por tercera vez, el príncipe Ahmad compareció ante la princesa.

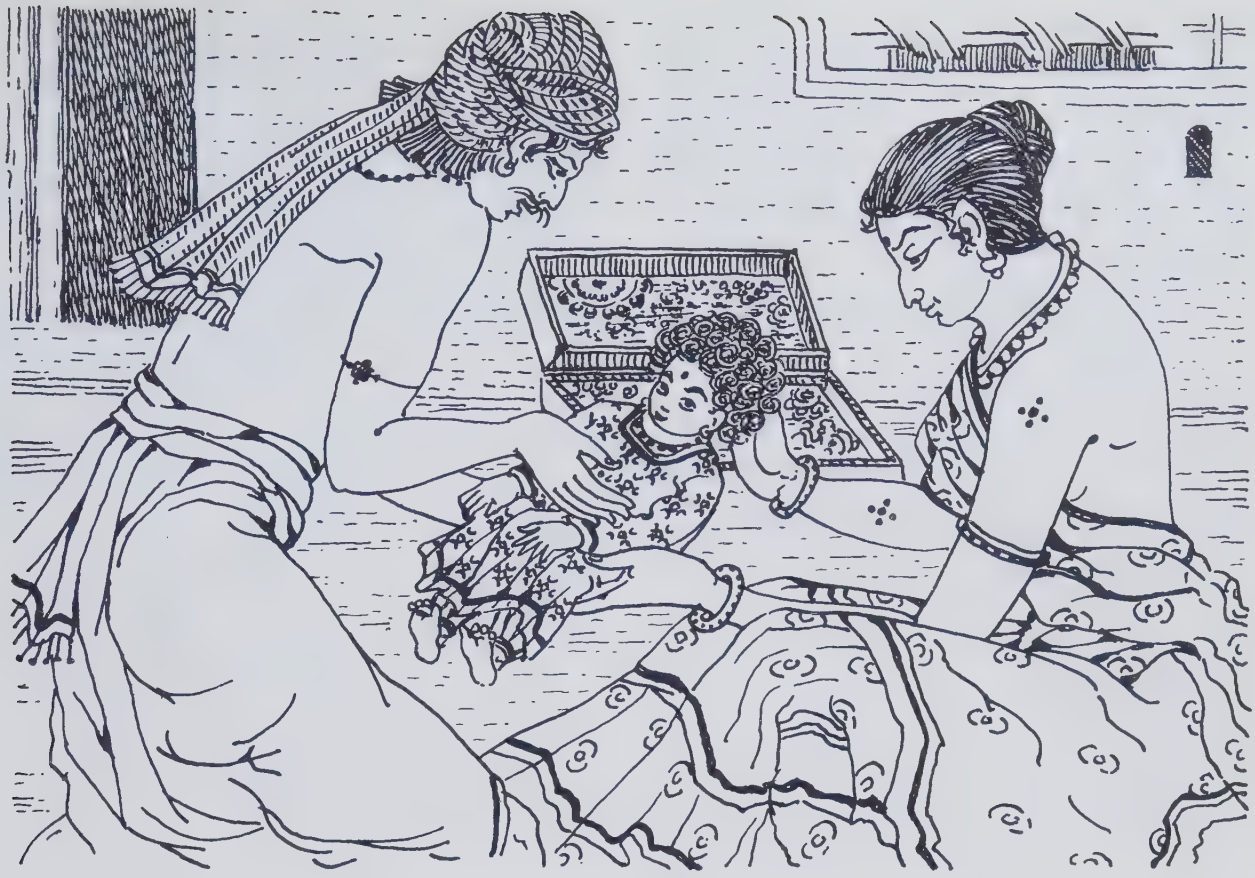
—Traigo noticias de la reina Mumtaz —dijo—. Extiende las manos y te libraré de tus ligaduras.

Aquel mismo día se celebró la boda de los dos príncipes, que vivieron felices en el palacio al que rebautizaron con el nombre de Palacio de la Alegría.

La leyenda de Sassi

El reino de Bhambore estaba situado en la desembocadura del río Indo y su rey era Adama Jama. Su reinado era tan justo que hasta los genios, hadas y animales que habitaban en los ríos y desiertos se sentían satisfechos de su gobierno. La felicidad del rey no conoció límites cuando un día su esposa dio a luz una hermosa niña, pero entre las personas que acudieron a la corte a bendecir a la recién nacida se encontraba un adivino, que le dijo al rey que su hija estaba destinada a deshonrar su noble casa.

Con gran pesar, Adama Jama decidió que no tenía más remedio que librarse de su hija. Aquella misma noche le puso un amuleto al cuello y la abandonó en el río Indo, dentro de una caja de madera llena de monedas de oro. Después de rezar una oración por ella, regresó a su casa sintiéndose muy desdichado.



La caja flotó río abajo durante toda la noche, hasta que quedó atascada entre unos juncos de la orilla. Cerca de allí vivía un lavandero, llamado Atta, que bajaba todos los días a lavar al río. Aquella mañana llegó como de costumbre y acababa de empezar a trabajar cuando divisó la caja. Se introdujo en el agua para rescatarla y la llevó a la orilla. Al abrirla descubrió al bebé, vestido de sedas exquisitamente bordadas y envuelto en brocados. Atta, que no tenía hijos, pensó que Dios había respondido a sus oraciones concediéndole aquella preciosa niña. La llevó inmediatamente a su casa y allí se dio cuenta de que la caja contenía además un amuleto, con una escritura incomprensible para él, y numerosas monedas de oro.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó—. No sólo nos ha dado una hija, sino también los medios para mantenerla.

Le pusieron de nombre Sassi, y la niña fue creciendo hasta convertirse en una muchacha de radiante belleza. Atta invirtió el oro en educarla, y la joven poseía un encanto y una gracia que la hacían sobresalir entre todos los que la rodeaban.

Un día, Atta le dijo a Sassi que había acordado un matrimonio con un artesano de la aldea vecina. Pero Sassi respondió:

—He leído la historia de mi nacimiento, que está escrita en este amuleto que llevo al cuello. Creo que ha llegado el momento de ir a ver a Adama Jama y reclamar mis derechos.

Sus padres adoptivos accedieron de mala gana, y Sassi se puso en camino para visitar a sus padres reales. El rey y la reina no habían dejado de añorar a su hija perdida, y no tuvieron valor para rechazarla cuando la vieron ante ellos. Instalaron a Sassi en un enorme palacio, poniendo a su servicio doncellas, con las que hizo gran amistad. Un día decidió visitar una galería de arte en Bhambore, y allí vio el retrato de un atractivo joven, con una expresión tan conmovedora que la princesa se enamoró de él al instante.

Sassi preguntó quién era el modelo y averiguó que se trataba del príncipe Punnu, del reino desértico de Katch-Makran, de donde no salía casi nunca porque su padre no podía soportar verse separado de él. Sassi regresó al palacio pensativa. Esperó a que llegaran mercaderes de Katch-Makran y los hizo detener inmediatamente.

—Enviad un mensaje a vuestra tierra, diciendo que sólo el príncipe Punnu puede conseguir vuestra libertad —les ordenó.

Cuando el príncipe Punnu recibió este mensaje, partió hacia Bhambore, donde se entrevistó con Sassi y consiguió que dejaran en libertad a sus súbditos. Pero, naturalmente, todo el episodio formaba parte del plan de Sassi para concertar un encuentro con Punnu, y el asunto no pudo salir mejor: en cuanto se vieron, ambos quedaron mutuamente prendados. Punnu no regresó a su reino, sino que se quedó para casarse con Sassi y vivir con ella en su magnífico palacio. Sin embargo, su padre se sentía incapaz de soportar la separación, y envió a Bhambore varios caballeros con orden de traer de vuelta a Punnu, por las buenas o por las malas. Cuando llegaron, se hicieron recibir en el palacio e insistieron en organizar una fiesta para celebrar la boda del príncipe. Pusieron un narcótico en el vino y, cuando todos los asistentes cayeron en un profundo sopor, ataron a Punnu, lo cargaron a lomos de un camello y partieron al galope hacia el desierto.

A la mañana siguiente, Sassi se despertó y descubrió la desaparición de Punnu. Desolada por haber perdido a su marido, corrió a ver a su padre, el rey.

—Despierta a la guardia y sal en su persecución —le rogó—. Yo también iré con vosotros.

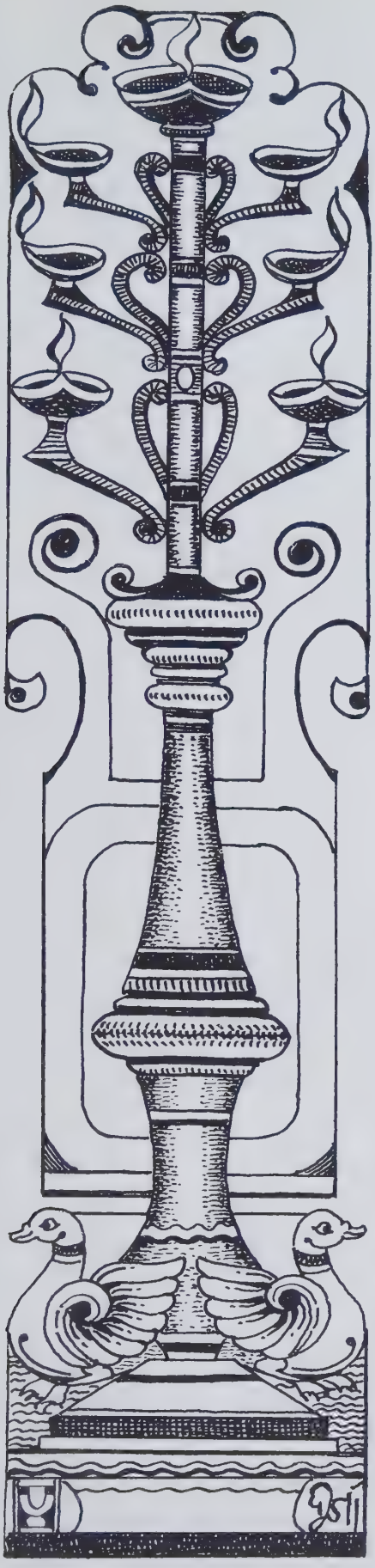
—Nos quedaremos aquí y tú te quedarás también —respondió severamente el rey Adama Jama—. No estamos en guerra con el reino de Katch-Makran, y tu esposo es libre de salir de mi reino con sus parientes si así lo desea. Si el príncipe Punnu te ama de verdad, volverá en cuanto pueda. Y en cuanto a ti, Sassi, lo correcto es que esperes a que regrese tu príncipe; sería vergonzoso que una mujer persiguiera a un hombre, aunque se trate de su marido.

Durante cuatro días, Sassi fue incapaz de comer, beber o dormir; vagaba de un lado a otro de su jardín, aguardando el regreso de Punnu. Y por fin, convencida de que él no volvería, Sassi salió en secreto del palacio y corrió a través del desierto en busca de su amado Punnu.

Sassi había vivido rodeada de comodidades toda su vida, incluso cuando vivía con Atta. No estaba acostumbrada al implacable calor del desierto, pero a pesar de ello avanzó decididamente bajo el abrasador sol de la tarde. Sus sandalias no duraron mucho y la arena del desierto le quemó los pies. Tenía los labios agrietados y la piel achicharrada, pero siguió adelante, con los ojos pendientes de cualquier huella dejada por los compatriotas de Punnu. Varias veces creyó ver una charca de agua y corrió a refrescarse, pero siempre se trataba de un espejismo. Aun así, continuó avanzando, sin encontrar ninguna pista, hasta que descubrió una pisada de camello. Buscó con ansiedad otras pisadas, pero no encontró ninguna. La pobre Sassi estaba convencida de que había encontrado la pista de Punnu, pero en aquel momento vio que un hombre la miraba desde detrás de una roca. Reuniendo todas sus fuerzas, Sassi lo llamó, pero el viajero pensó que se trataba de un espíritu maligno y huyó de ella, asustado por su aspecto enloquecido y convencido de que ninguna mujer normal vagaría sola por el desierto. Sassi quedó perdida y por último cayó en la arena y expiró.

Pero su amor por Punnu era tan fuerte que ni siquiera la muerte podía acabar con él. El espíritu de Sassi abandonó su cuerpo inerte y voló hasta Punnu para contarle lo sucedido. Aunque todavía se sentía muy débil, debido a los efectos del narcótico, Punnu consiguió escapar con un camello y siguió al espíritu hasta el lugar donde Sassi había caído muerta. Al llegar, vio que el viajero, que había regresado al darse cuenta de su error, acababa de enterrarla. Punnu saltó de su camello y cayó de rodillas, llorando por Sassi y lamentando no haberla podido ver antes de que muriera.

En aquel momento, la arena que cubría el cadáver empezó a moverse y a ondular, hasta formar dunas a los lados del cuerpo de Sassi. Estaba tan hermosa como había sido en vida, y parecía sonreír a su amado esposo. Punnu saltó a su lado y las arenas se cerraron sobre los dos amantes, que así quedaron solos y protegidos donde nadie podría volver a separarlos.



Relatos de ingenio y astucia

Los dioses hindúes son poderosos, pero no invencibles, y en algunas ocasiones una persona normal puede conseguir derrotarlos, a base de suerte o de astucia. Un buen ejemplo es la historia del rey Puranjaya de Ayodhyá, incluída en la epopeya titulada *Ramayana*.

Los Danavas eran una raza de gigantes que descendían de un gran sabio que se llamó Kashyapa y que era nieto de Brahma. Tomó por esposas a doce hijas de Daksha y con ellas engendró a casi todas las criaturas del mundo. Los Danavas eran muy poderosos y les gustaba pelear y hostigar a los dioses. En cierta ocasión, después de una larga y dura batalla, los dioses se hartaron y celebraron una conferencia. Resultaba evidente que no iban a poder librarse de los Danavas sin ayuda.

—El más poderoso de los reyes mortales es Puranjaya de Ayodhyá —dijo Indra sin mucho convencimiento—. Al fin y al cabo, es un descendiente de nuestro querido Surya, dios del sol. Quizá debiéramos pedirle ayuda.

Puranjaya había adquirido su nombre (que significa «conquistador de ciudades») cuando tomó la ciudad en la que habitaba otra feroz estirpe de gigantes, llamados Daityas. Era célebre por su valor y su astucia guerrera, lo cual no acababa de gustar a los dioses, que sentían una cierta envidia. Les molestaba ver a aquel mortal venciendo donde ellos habían fracasado, y por eso lo trataban mal, creando frecuentes complicaciones en su vida. Ahora que lo necesitaban, no se decidían a solicitar su ayuda, temiendo que los humillara con una negativa.

—Enviad a Indra, vuestro rey, a hablar con Puranjaya —recomendó Visnú—. Yo infundiré parte de mi ser en el cuerpo de Puranjaya, para aumentar sus fuerzas y facilitar así la derrota de los Danavas.

De mala gana, Indra accedió a presentarse en la corte de Puranjaya.

—Los dioses necesitan tu ayuda —le dijo sin más preámbulos—. Los Danavas constituyen una molestia y tenemos asuntos más importantes de que ocuparnos. Si no se hace algo inmediatamente, todo el funcionamiento del mundo se detendría.

A Puranjaya le hizo gracia aquel modo tan arrogante de pedir un favor.

—Por supuesto que ayudaré, señor Indra —respondió respetuosamente—, pero con una condición.

—Estaba seguro de que habría condiciones —replicó Indra—. Naturalmente, considérala aceptada. Y ahora date prisa. No hay tiempo que perder.

—Entonces, ponte a cuatro patas —ordenó Puranjaya—, pues mi condición es acudir a la batalla montado sobre ti.

Indra, al ser cogido por sorpresa, no tuvo más remedio que hacer lo que le habían pedido. Con objeto de suavizar la situación, Puranjaya sugirió que Indra adoptase la apariencia de un toro para salvaguardar su dignidad. Y así fue como Puranjaya, montado a lomos de Indra, luchó y venció en nombre de los dioses.

Savitri, la esposa perfecta

El reino del rey Ashvapati se colmó de alegría al anunciarse la boda de la princesa Savitri. El esposo elegido, Satyavana, era un joven apuesto y virtuoso que vivía con sus padres en un refugio del bosque. Su padre, Senapati, había sido rey en otros tiempos, pero había perdido el trono a consecuencia de una revuelta palaciega. Senapati quedó ciego por las heridas recibidas y se había retirado al bosque con su familia. El rey Ashvapati había accedido a la boda de su hija con Satyavana, a pesar de la pobreza de éste, porque la pareja ya se amaba antes del derrocamiento y destierro de Senapati. Sin embargo, la princesa y sus padres tenían una pena secreta.

Era costumbre consultar las cartas astrológicas de las parejas que iban a casarse, para averiguar si el matrimonio sería feliz, de modo que Ashvapati había invitado al gran sabio Narada para que realizara la lectura. Tras consultar las cartas, Narada levantó la cabeza con gesto triste.

—Satyavana será un esposo realmente perfecto, pero está destinado a morir al cumplirse un año exacto de su matrimonio con Savitri —declaró.

Savitri rogó a su padre que mantuviera aquello en secreto y siguió adelante con los preparativos de la boda, a pesar de las recomendaciones de sus padres.

Durante el año que duró su matrimonio, Savitri demostró ser una esposa animosa y devota. Rezaba y ayunaba constantemente, invocando la protección de la diosa que llevaba su mismo nombre, y rogándole que la librara de la pena de ser viuda. Y supo de algún modo que la diosa había escuchado sus plegarias y la ayudaría como pudiera. Cuando estaba a punto de cumplirse el plazo, Satyavana descubrió miradas de preocupación en el rostro de su esposa y le preguntó el motivo, pero ella siempre le daba alguna explicación plausible. Durante la última semana, Savitri siguió a Satyavana a todas partes, aguardando el momento final. Y por fin, el último día del año, Satyavana, que se encontraba partiendo leña en el bosque, cayó muerto sin previo aviso. Yama, el dios de la muerte, se adelantó a reclamar su alma, pero Savitri estaba esperándolo y se encaró con el dios:

—Devuélveme a mi esposo, Señor de la Muerte, o llévame contigo.

—La Vida y la Muerte no se planean atendiendo a los caprichos de una mujer desconsolada —replicó Yama—. El viene conmigo.

—Entonces os seguiré adonde vayáis.

Yama se echo a reír, consciente de que ningún mortal podía cruzar las fronteras del mundo y seguir con vida. A pesar de todo, la joven lo siguió, confiando en la ayuda de la diosa Savitri. Al llegar al borde de la Tierra, Yama se detuvo.

—Estoy a punto de entrar en los dominios del Sol —advirtió—. En ellos sólo yo puedo sobrevivir, porque soy hijo de Surya, el Sol. Ni

siquiera los otros dioses pueden soportar la intensidad de su calor. Pero como premio por tu fortaleza y tu determinación, le devolveré la vista a tu suegro, Senapati, para que pueda mantenerte en tu viudedad.

—¿De qué le sirve a un padre la vista si no puede ver a su hijo? —replicó Savitri, y siguió los pasos del dios, adentrándose en el reino del Sol y pasando ante el Sol mismo. Asombrado, Yama se detuvo.

—Alguna deidad te protege, valiente mujer —dijo, ahora en tono más suave—. Como regalo adicional, haré que Senapati recupere su reino.

—¿De qué sirve un reino sin un heredero? —respondió ella.

Savitri siguió a Yama hasta las mismas puertas del Reino de los Muertos y, antes de que el dios pudiera cruzarlas, se agarró a él. Yama se vio imposibilitado de entrar en su reino con el alma de Satyavana mientras la mujer viva no le soltara.

—¡Un último regalo! —rugió, con la esperanza de asustarla.

—Hazme madre de cien hijos —solicitó Savitri.

—¡Que así sea! —concedió Yama.

—¿Y cómo podrá ser, señor, si no tengo marido? —preguntó Savitri.

Yama se echó a reír, admirado de la agilidad mental de la mujer.

—No en vano te llamas igual que la diosa de la sabiduría —dijo sonriendo—. Vuelve a la Tierra y encontrarás a tu esposo vivo. En cuanto a los regalos puedes quedártelos. Pocas personas los merecen más que tú.

Savitri regresó a la Tierra, donde encontró a su marido vivo y a su suegro recuperado de la ceguera. La pareja se instaló en el reino de Senapati y allí vivió feliz. Y, ni que decir tiene, tuvieron muchísimos hijos.

La astucia de Dakshina

Dakshina vivía en el bosque con su marido Ashvina y su padre Kanwal Singh, que trabajaban como peones. Dakshina era una mujer animosa, a pesar de que no siempre había sido pobre. Kanwal Singh había sido rey de un reino cercano hasta que ofendió a Lakshmi, diosa de la riqueza y la fortuna, al malgastar los tesoros que ella le había concedido. Por esta razón, lo había empujado a jugarse su reino y, desde entonces, Kanwal Singh había vivido en la pobreza, en los bosques de un reino vecino. Dakshina nunca se quejaba, porque estaba totalmente convencida de que, si mantenía la entereza y la paciencia, la suerte acabaría por sonreírle.

Un día, mientras recogía leña para hacer la cena, Dakshina encontró una serpiente muerta y la colocó junto a un árbol para tirarla más tarde. Poco después, mientras trabajaba en el patio, vio que un halcón volaba sobre su cabeza, llevando algo en el pico. Acordándose de la serpiente, la recogió y la tiró al tejado de la casa, para atraer la atención del halcón. Este dejó caer el objeto brillante que llevaba en el pico, atrapó la serpiente muerta y se alejó volando.

Aquella noche, cuando los hombres regresaron a casa, le dijeron a Dakshina que la reina había perdido su collar. Lo había dejado en el alféizar de una de las ventanas de su palacio y un pájaro lo había cogido y se lo había llevado.

—Yo tengo el collar —dijo alegremente Dakshina—. Se lo llevaré a la reina.

A la mañana siguiente, Dakshina fue a ver a la reina.

—¿Es éste vuestro collar, Majestad? —preguntó.

—¡Lo es! —respondió la reina, loca de alegría—. ¿Qué deseas como recompensa?

—Quiero que todo tu reino permanezca a oscuras la noche del festival de Divali —solicitó Dakshina—. Todo el que quiera encender lámparas puede hacerlo en mi patio, a las afueras de la ciudad.

El festival de Divali se celebra cada año en toda la India en honor de la diosa Lakshmi, y sus devotos encienden velas y lámparas en sus casas para atraer la buena suerte. El rey y la reina no estaban muy dispuestos a romper con la tradición, por miedo a ofender a la diosa, pero accedieron de mala gana a la petición de Dakshina.

Cuando llegó la noche de Divali, el reino permaneció a oscuras, pero el patio de Dakshina, al borde del bosque, resplandecía con todas las luces que habían colocado allí los habitantes del país. Poco después de la medianoche, la diosa Lakshmi entró en el reino y se sorprendió al encontrarlo a oscuras. Tenía la costum-

bre de entrar en la casa de un devoto y bendecirla, pero sin las luces del Divali le resultaba imposible distinguir las casas de sus adoradores entre todas las demás. Al acercarse al bosque, divisó las luces que rodeaban la casa de Dakshina. Aliviada al ver que su viaje no había sido en vano, llamó a la puerta. Dakshina abrió inmediatamente.

—Vete —dijo—. No eres bien recibida aquí.

—¿Sabes quién soy yo? —le preguntó la diosa.

—Eres Lakshmi, y nos has condenado a una vida de miseria. Ya no puedes quitarnos absolutamente nada.

Lakshmi, que no quería convertirse en el hazmerreír de los dioses por haber sido rechazada de la casa de un mortal, insistió y le dijo a Dakshina:

—Déjame entrar, y te concederé suerte y riquezas durante siete generaciones.

Al escuchar la promesa, Dakshina cedió, tal y como tenía planeado desde un principio. A la mañana siguiente, cuando Lakshmi se marchó, dejó tres cofres de oro repletos de joyas. Kanwal Singh, Ashvina y Dakshina regresaron de nuevo a su antiguo reino y pronto recuperaron todo lo que habían perdido antes.

La elección de Damayanti

La belleza de la princesa Damayanti de Berara no tenía parangón. Aunque la pretendían muchos hombres, e incluso dioses, ella amaba a un hombre al que no había visto nunca, el rey Nal de Nishad, porque había oído hablar de su gran atractivo, sabiduría y dotes guerreras.

También Nal había oído hablar de la hermosura y méritos de la princesa, y se sentía atraído por ella, pero ninguno de los dos conocía los sentimientos del otro.

Un día en que Nal se encontraba en su jardín, soñando con Damayanti, vio una bandada de cisnes que se disponía descender sobre un estanque cercano. Sus alas resplandecían al sol, porque estaban tachonadas de oro, y Nal comprendió que se trataba de aves mágicas. Se acercó a ellas sigilosamente y consiguió atrapar al jefe de la bandada. Cuando el cisne se percató de que no podría escapar, a pesar de todos los esfuerzos que estaba realizando, se volvió hacia Nal y le dijo:

—Si me dejas libre, oh rey, te prometo hacer cualquier cosa que me pidas.

—Puesto que tú también eres un rey entre las aves, creo que puedo confiar en tu palabra —dijo Nal—. Busca a la princesa Damayanti y dile que la amo.

El cisne emprendió el vuelo sin detenerse a descansar, hasta que logró encontrar a Damayanti, que estaba en su jardín, rodeada de doncellas. Descendió con suavidad y le transmitió el mensaje.

—Dile a Nal que yo también le amo —dijo Damayanti, fascinada por el encanto del maravilloso cisne.

Poco después, el padre de Damayanti convocó un swayamvara para elegir al esposo de la princesa. Acudieron príncipes de todos los países y también cuatro de los dioses más importantes: Indra, rey de los dioses; Yama, dios de la muerte; Agni, dios del fuego; y Varuna, dios de los vientos. La princesa era tan hermosa que hasta los dioses se sentían atraídos por ella. Sabiendo que Damayanti estaba enamorada de Nal, los cuatro tomaron la apariencia de éste y se situaron junto a él, con la intención de engañar a Damayanti y lograr que ésta eligiera a uno de ellos, en lugar de a Nal.

Todos los pretendientes fueron presentados a la princesa, que los saludó con respeto, pero pasó de largo hasta llegar donde se encontraban Nal y los cuatro dioses. Sabía que, a veces, los dioses se burlan de los humanos y no tenía intención de dejarse engañar, pero lo cierto era que los cinco hombres que tenía ante ella parecían completamente idénticos. Damayanti pensó intensamente, mirando con atención a cada uno de los hombres. De pronto, se dio cuenta de que los dioses no parpadeaban ni proyectaban sombra. Inclinándose humildemente ante los cuantro dioses, les ofreció su devoción.

—Me abruman vuestras atenciones —dijo—, y no seré tan arrogante como para elegir a un dios por compañero. Me conformo con Nal, un simple mortal.

Incapaces de mostrarse ofendidos ante un tratamiento tan respetuoso, los cuatro dioses reconocieron que Damayanti había acertado en su elección y bendijeron su matrimonio con Nal, que se celebró aquel mismo día.

Historias de reyes y príncipes

En cierta ocasión, Surya, el sol, envió a su hijo Vaivaswata a poblar la Tierra. Poco después, el mundo se quedó anegado por una gran inundación y sólo Manú sobrevivió, con la ayuda del dios Visnú. Más tarde, cuando el mundo se quedó seco de nuevo, Manú emprendió su tarea. Un día, estornudó, y por la nariz le salió un hijo, al que le puso de nombre Ikshvakú.

Con el tiempo, Ikshvakú fundó una gran dinastía de reyes, que gobernaron el reino de Kosala desde la famosa ciudad de Ayodhyá: muchos grandes reyes fueron descendientes suyos, entre ellos Rama. El *Ramayana* contiene muchos relatos acerca de estos reyes, entre los que destacan Trishankhu, que antes se llamó Satyavrata, y Harishchandra; sin embargo, el más célebre de los príncipes de la tradición india es el príncipe Hritadhvaja, que rescató del reino de los muertos a la princesa Madalasa.

Vivía en aquellos remotos tiempos un santo, llamado Galava, que se pasaba todo el tiempo entregado a la oración y la meditación. Un día, un demonio, llamado Patalaketu, apareció en su ermita bajo la forma de un animal salvaje, interrumpiendo sus rituales y distrayéndole de sus meditaciones. A Patalaketu le encantaba atormentar santos y acudía cada día a la ermita de Galava, cada vez con un aspecto distinto, a cuál más aterrador.

Galava se encontraba al borde de la desesperación, cuando una tarde vio aparecer un caballo y oyó una voz que decía:

—Este caballo te llevará donde desees. Ve a la corte del rey Shatrujit, a orillas del Kali-nadi, y pídele que envíe en tu ayuda a su hijo, el príncipe Hritadhvaja. Montado en este caballo, el príncipe podrá derrotar a Patalaketu.

Galava hizo lo que la voz le indicaba y el rey Shatrujit hizo llamar a su hijo y le pidió que ayudara al santo.

—Es un honor que te hayan escogido —dijo—. Rezaremos para que cumplas tu misión y regreses victorioso.

—Acepto el honor que se me concede —respondió con orgullo el príncipe Hritadhvaja—. No regresaré a tu reino hasta haber acabado con este maligno demonio.

El rey le entregó su arma Tvashtra —un terrible rayo que sólo se podía emplear una vez— y el príncipe fue con el santo a la ermita de éste a aguardar la llegada del demonio. Galava se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, mientras el príncipe permanecía montado en el caballo mágico, listo para entrar en acción. De pronto, un enorme jabalí los embistió desde unos matorrales.

—¡Ese es Patalaketu! —gritó Galava.

Al instante, Hritadhvaja tendió el arco e hirió al jabalí con una flecha. La fiera rugió de dolor y se volvió por donde había venido, regresando a su reino de ultratumba, seguido de cerca por el príncipe. Tras una larga carrera a través del bosque, el jabalí se arrojó a un profundo y oscuro pozo. Hritadhvaja lo siguió y se encontró cayendo por un túnel interminable y en las tinieblas más absolutas. Por fin, notó que las pezuñas de su caballo aterrizaban en suelo firme y sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la oscuridad, hasta que pudo ver que se encontraba en una magnífica ciudad con palacios de oro y elevadas murallas. La única luz de la ciudad parecía surgir de las paredes doradas de los edificios y las joyas que las adornaban. Reinaba en la ciudad un absoluto silencio y no se veía signo alguno de vida: ni flores, ni pájaros, ni animales de ninguna clase. Patalaketu había desaparecido, y el príncipe decidió regresar a la ermita y aguardar allí con Galava el retorno del demonio.

Se disponía a ordenar a su caballo mágico que trepara por las empinadas paredes del pozo, cuando vio a una hermosa mujer que entraba en uno de los palacios. Hritadhvaja desmontó y la siguió en silencio a través de pasillos y salones, hasta llegar a una alcoba lujosamente decorada. En la cama yacía otra hermosa mujer.

—Te traigo buenas noticias, Madalasa —dijo la mujer que Hritadhvaja había seguido, y que se llamaba Kundala. Pero antes de que pudiera añadir otra palabra, la mujer que estaba tendida en la cama se había incorporado, había visto a Hritadhvaja y había caído de nuevo, desmayada.

Kundala se volvió a mirar lo que había asustado a su amiga y vio por primera vez a Hritadhvaja.

—¿Quién eres? ¿Y qué haces aquí? —preguntó.

—Soy el príncipe Hritadhvaja —respondió él—. He herido a un demonio que había adoptado la forma de un jabalí, y le he perseguido hasta esta extraña tierra. Pero ahora decidme, ¿quién es esta hermosa muchacha? ¿La he asustado?

—Esta es la princesa Madalasa, de los Gandharvas —respondió Kundala—. Vamos, Madalasa, abre los ojos y explica cómo llegaste aquí.

Madalasa se incorporó de nuevo y con voz muy triste contó su historia. El día anterior se encontraba en su jardín, esperando a su amiga Kundala, pero Patalaketu rondaba por allí, en busca de una esposa. En cuanto vio a la bella Madalasa, se apoderó de ella y la llevó a su mundo.

—En cuanto mi hermano Talaketu llegue con su ejército, me casaré contigo —había dicho el demonio.

Incapaz de aceptar tan horrible destino, la princesa Madalasa había decidido quitarse la vida. Cuando Patalaketu la dejó sola, encontró una espada y se disponía a matarse con ella cuando oyó una voz, fuerte y dulce a la vez, que le decía:

—No lo hagas, Madalasa.

Madalasa había dejado la espada y mirado en torno suyo, y había visto a Surabhi, la vaca divina que es capaz de satisfacer todos los deseos. La vaca le dirigió una mirada tranquilizadora.

—No desesperes —había dicho—. Patalaketu no está destinado a casarse contigo. El que será tu esposo lo herirá pronto.

Al desaparecer Surabhi, Kundala había entrado en la habitación. Poseía ciertos poderes mágicos y los había empleado para encontrar el camino al palacio de ultratumba. Madalasa le había explicado lo sucedido y Kundala había salido en busca del jabalí. Al ver que éste regresaba herido, se había apresurado tanto a volver a contárselo a Madalasa que no se había fijado en el príncipe Hritadhvaja.

Hritadhvaja apenas escuchaba todas estas explicaciones: se había enamorado de Madalasa en cuanto la había visto y sólo tenía ojos para ella.

—¿Y por qué te desmayaste, Madalasa? —preguntó—. ¿Acaso te asusté? ¿Tan repulsivo te he parecido?

Madalasa se sonrojó y no respondió, pero afortunadamente Kundala habló por ella:

—Creo que puedo responder a esa pregunta —dijo—. Madalasa se enamoró de ti al verte entrar en la habitación, pero no sabía que tú eras el hombre que había herido al jabalí, y por lo tanto el destinado a ser su esposo. Se desmayó de dolor, por haberse enamorado de quien no le correspondía.

Sin más dilación, el príncipe y la princesa acordaron casarse y, recurriendo una vez más a sus poderes mágicos, Kundala convocó a un

sacerdote para que oficiara la ceremonia. Pero, aunque los dos príncipes estaban ya casados, Hritadhvaja no podía regresar todavía a casa con su novia hasta haber cumplido su promesa de acabar con la vida de Patalaketu. Por lo tanto, decidió volver a la ermita de Galava y aguardar allí la próxima aparición del demonio.

Mientras tanto, Patalaketu había salido a recibir a su hermano Talaketu y había comenzado los preparativos de su boda. Al regresar a su palacio y ver que los jóvenes habían huido al mundo exterior, juró vengarse de Hritadhvaja, que no sólo lo había herido, sino que además le había robado la novia, y levantó en armas sus ejércitos.

Las fuerzas demoniacas de los dos monstruosos hermanos rodearon a Hritadhvaja y amenazaban con destruirlo. El príncipe había luchado con gran valor, matando a numerosos demonios, pero se encontraba gravemente herido y al borde de la derrota. Entonces, con sus últimas fuerzas, alzó su rayo mágico y lo arrojó contra sus enemigos. El rayo estalló en medio de los demonios y produjo un enorme incendio que pronto redujo a cenizas a los malignos espíritus. Sólo quedó vivo Talaketu, que se retiró humillado a su inframundo, jurando vengar la muerte de su hermano.

Cumplida su misión Hritadhvaja pudo regresar con su esposa al reino de su padre, donde toda la población salió a recibirlos con júbilo.

Meses después, Hritadhvaja cabalgaba a solas, lejos de su casa, cuando encontró un santón a la orilla del río.

—¿Podrías darme tu collar de oro, príncipe? —pidió el asceta—. Necesito oro para un sacrificio importante.

Hritadhvaja desmontó al instante y le entregó su collar al santón, que le dio las gracias y le rogó que se quedara a cuidar de su ermita mientras él partía en peregrinación.

El príncipe accedió y el santón, con abundantes muestras de agradecimiento, emprendió su camino. Estuvo muchos más días de lo que Hritadhvaja había esperado y, cuando volvió, el príncipe se apresuró a regresar a su casa, sabiendo que su familia estaría preocupada por su ausencia, que se había prolongado más de lo habitual.

Cuando llegó a la ciudad, la encontró de riguroso luto. Aunque era de noche, las lámparas estaban apagadas y por todas partes se oían llantos y lamentaciones. Incluso el palacio estaba a oscuras. No había centinelas y el ambiente del patio era de completa desolación. Hritadhvaja saltó de su caballo y corrió hacia los aposentos privados de su padre. El palacio estaba casi vacío y los pocos sirvientes que encontró se quedaban mirándolo horrorizados. El rey yacía sin fuerzas en su lecho. Había envejecido de un modo increíble y lloraba sin poder controlarse. Hritadhvaja corrió a abrazar a su padre.

—Padre, ¿qué ha sucedido mientras estuve fuera? —preguntó.

El rey Shatrujit miró a su hijo sin dar crédito a sus ojos.

—¡Estás vivo! —exclamó—. Entonces el santón mintió cuando nos aseguró que habías muerto.

Y a continuación, explicó que un santón había llegado a la corte pocas horas después de salir Hritadhvaja, diciendo:

—Vengo a comunicaros que vuestro hijo ha muerto. Yo lo atendí en su últimos momentos y él me dio este collar de oro como muestra de gratitud.

Al ver el collar del príncipe, su familia quedó convencida de que el santón decía la verdad. Y su convencimiento aumentó aún más cuando el santón arrojó el collar a Madalasa diciéndole:

—Esto no me sirve de nada.

La noticia de la muerte de su esposo impresionó de tal modo a Madalasa que perdió el color y cayó de bruces, gritando:

—Tampoco a mí me sirve de nada este mundo si mi marido ha muerto.

Toda la corte corrió en su ayuda, pero Madalasa estaba ya muerta. La doble tragedia sumió en luto al país. El rey se había retirado a sus aposentos sin ganas de seguir viviendo, pero ahora resultaba que Hritadhvaja había regresado ileso. Cuando el rey finalizó su relato, Hritadhvaja dijo en voz baja:

—Talaketu ha conseguido vengarse.

Efectivamente, el santón no era sino el demonio superviviente en forma humana, que había cumplido su juramento provocando la muerte de la persona más querida del príncipe Hritadhvaja.

—No puedo hacer volver a Madalasa, pero juro que ninguna otra ocupará su puesto —declaró Hritadhvaja.

Durante los meses siguientes, Hritadhvaja ocultó su dolor por la pérdida de su amada esposa y la sensación de culpa por haber permitido que el demonio lo engañara. Se dedicó a trabajar incansablemente para ocupar el tiempo y amortiguar de algún modo la añoranza que sentía.

Un día lo vieron trabajar dos hijos de Ashwatara, el rey de los Nagas. Los Nagas eran semidioses con rostro humano y cuerpo de serpiente, con el cuello expandible como el de las cobras; sólo que, a diferencia de éstas, tenían no una, sino tres caperuzas. Podían adoptar muchas formas, entre ellas la humana. Fascinados por la actividad y dedicación del príncipe, se acercaron a él disfrazados de brahmanes y le dijeron que eran forasteros recién llegados a la ciudad. El príncipe los invitó inmediatamente a comer con él en su palacio.

Los príncipes nagas encontraron muy agradable a Hritadhvaja y comenzaron a frecuentar su compañía, hasta que por fin averiguaron la razón de su melancolía. Mientras tanto, Ashwatara encontraba preocupante la prolongada ausencia de sus dos hijos, hasta que éstos regresaron y le explicaron que habían pasado todo el tiempo en compañía de un príncipe célebre por su valor y otras virtudes.

—¿Y qué le habéis dado vosotros a cambio de su hospitalidad? —preguntó.

—¿Qué se le puede dar a alguien que sólo desea algo que ni los dioses pueden concederle? — preguntaron a su vez los dos príncipes nagas.

Intrigado, Ashwatara pidió que le explicaran lo que querían decir.

—Se pasa todo el tiempo suspirando por volver a ver a su amada esposa, aunque sólo sea una vez más —dijeron, después de relatar la triste historia del príncipe—. ¿Acaso tú puedes ayudarlo?

Ashwatara se sintió conmovido por el sufrimiento de fidelidad de Hritadhvaja y prometió hacer lo que pudiera. Durante los días siguientes, ayunó y rezó al dios Siva, que por fin se apareció ante él.

—¿Qué deseas de mí? —preguntó.

—Deseo que la princesa Madalasa regrese de nuevo a la vida en mi palacio —respondió el rey naga.

—Que así sea, rey de las serpientes —concedió Siva—. Volverá a la vida a través de tu caperuza central.

Ashwatara continuó con sus ayunos y plegarias, y pocos días después Madalasa renacía nuevamente a través de su caperuza, tal como había prometido Siva. Ashwatara ordenó a sus esposas que la escondieran y luego encargó a sus hijos que invitaran a Hritadhvaja a su palacio.

—Vayamos inmediatamente —dijo Hritadhvaja cuando los jóvenes brahmanes le comunicaron la invitación de su padre.

—Entonces, síguenos.

Al salir de la ciudad, los brahmanes se introdujeron en el río. El príncipe también los siguió, creyendo que pretendían cruzarlo, pero, ante su sorpresa, los brahmanes se sumergieron y empezaron a nadar hacia las profundidades. Aún más sorprendido, el príncipe se dio cuenta de que podía respirar y hablar como si se encontrara en tierra firme.

Cuando llegaron al fondo del río, los príncipes nagas se manifestaron con su auténtica forma, mitad humana y mitad serpiente. Hritadhvaja dio un salto hacia atrás y desenfundó su espada, temiendo haber caído en otra trampa de Talaketu, pero los príncipes nagas lo tranquilizaron y lo condujeron al magnífico palacio de su padre.

Se celebró un suntuoso festín en honor del príncipe y, al concluir el banquete, Ashwatara le dijo:

—Hijo mío, quiero hacerte un regalo maravilloso, algo que no puedas conseguir en el mundo de los hombres.

Tal como el rey de las serpientes había esperado, Hritadhvaja replicó al instante:

—Entonces, déjame ver, aunque sólo sea un momento, el rostro de mi Madalasa. Me muero por una sola mirada, aunque se trate de una mera ilusión.

Ashwatara se levantó y descorrió lentamente una gruesa cortina de brocado, tras la cual apareció la propia Madalasa, sonriendo y extendiendo los brazos. Hritadhvaja se quedó de piedra. ¿Era aquello una ilusión, una estatua, era posible que se tratara de su esposa? Se adelantó vacilante para tocarla, pero Ashwatara lo detuvo.

—Si la tocas, desaparecerá —advirtió—. No es más que una ilusión.

Desgarrado por emociones contrarias, la alegría de volver a ver a su esposa y el dolor renovado de saberla muerta, Hritadhvaja cayó desvanecido a los pies de Madalasa. Ella se arrodilló, llorando de alegría por verse reunida con él, y lo estrechó en sus brazos hasta que el príncipe recobró el sentido.

—Amor mío —dijo cuando él abrió los ojos—, tócame, soy yo en carne y hueso.

Hritadhvaja vaciló, temiendo perderla si la tocaba, pero Ashwatara intervino una vez más.

—Perdóname, hijo mío —murmuró—. Quería mostrarle a Madalasa hasta dónde llegaba tu amor por ella. Ha vuelto a ti en carne y hueso por voluntad de Siva.

Loca de alegría, la pareja se abrazó y dio las gracias a Ashwatara por su ayuda. Luego regresaron con sus familiares y, a la muerte de Shatrujit, reinaron juntos durante muchos años.

Trishankhu

El príncipe de Satryavrata de Ayodhyá era un hombre amable pero impulsivo. Cuando veía algo que le gustaba, tenía que conseguirlo al instante, y no consentía que nadie se interpusiera en su camino. Un día, paseando por la ciudad, se sintió enormemente atraído por una mujer hermosa y decidió casarse con ella. Al descubrir que estaba casada, la secuestró. El padre de Satryavrata se indignó ante tan vergonzosa conducta y, siguiendo el consejo de Vasishta, el sabio de la corte, lo desterró por doce años.

Satryavrata se retiró a un bosque, donde se mantenía a base de frutas y de animales que cazaba. Poco después de haberse instalado en el bosque, se enteró de que en las cercanías vivía un santo llamado Vishvamitra, pero que había partido en peregrinación abandonando a su familia, y ahora ésta se encontraba en la miseria. Satryavrata sintió compasión por la familia del santo, y durante doce años estuvo dejando comida en su puerta todos los días. Pero un año hubo una terrible sequía, y Satryavrata no podía encontrar comida ni para sí mismo. Un día, mientras recorría los campos buscando alimento, vio una vaca.

«Esa es Surabhi —se dijo—. Si la mato, tendré comida para muchos días.»

Ahora bien, las vacas son sagradas y está prohibido matarlas. Pero además, Surabhi poseía poderes sobrenaturales y pertenecía al sabio de la corte, Vasishta, que le tenía mucho aprecio. Muchas décadas atrás, el santo Vishvamitra había tratado de apoderarse de Surabhi por la fuerza, sin conseguirlo, y desde entonces había mantenido una feroz enemistad con Vasishta. Sin embargo, Satryavrata no pensaba más que en el hambre que sentía, y mató a la vaca divina. Estaba acabando de comer cuando apa-

reció Vasishta en busca de su vaca. Horrorizado ante la muerte de Surabhi, el sabio maldijo a Satryavrata.

—A partir de ahora, se te conocerá por Trishankhu, que significa «el de los tres pecados» —declaró—. Secuestraste a la mujer de otro hombre; mataste a una vaca; y comiste su carne.

Cuando se cumplió el plazo de los doce años, Trishankhu —que es como ahora le llamaban— regresó a Ayodhyá y poco después heredó el trono. Vasishta seguía aconsejándolo cada vez que surgía un problema difícil. Un día, el rey Trishankhu le preguntó a Vasishta:

—¿Qué puedo hacer para ir a Svarga (el Cielo)?

—Si haces el bien y honras a los dioses —respondió Vasishta—, irás cuando mueras.

—¡Cuando muera! —exclamó Trishankhu—. ¡Yo quiero ir a Svarga con mi cuerpo intacto! Prepara un sacrificio espléndido para propiciar a los dioses y conseguir que me concedan mi deseo.

—A los vivos les está prohibida la entrada a Svarga —alegó Vasishta—. No tengo intención alguna de atraer la ira de los dioses al intentar cumplir tu impío deseo.

—En tal caso —gritó el rey—, tendré que recurrir a la ayuda de Vishvamitra.

El viejo rival de Vasishta estaba agradecido a Trishankhu por haber alimentado a su familia durante su larga ausencia, y accedió sin dificultades a los deseos del rey, realizando una espléndida ceremonia con un enorme fuego para los sacrificios. Pasaron los días, pero los dioses no acudían.

—No te preocupes —le dijo Vishvamitra al rey—. Si los dioses no quieren ayudarme, recurriré a mis propios poderes.

Entonó un encantamiento y, al terminar, le dio un empujón al rey. Al sentir el empujón del santo, Trishankhu se elevó por los aires y flotó hasta las puertas de Svarga. Indra y los demás dioses, que no estaban dispuestos a dejarlo entrar, lo empujaron hacia abajo y Trishankhu cayó de cabeza hacia la Tierra. Pero Vishvamitra levantó la mano y lo hizo detenerse en el aire. Al igual que el rey, Vishvamitra perdía fácilmente la calma, y ahora estaba furioso: no sólo se habían negado los dioses a asistir a su sacrificio, sino que ahora deshacían sus hechizos. Estaba más decidido que nunca a mantener la promesa hecha al rey.

—Crearé un nuevo cielo alrededor de Trishankhu —proclamó—, y lo llenaré con nuevos dioses. A Indra y a los demás se les prohibirá la entrada.

Los dioses se alarmaron ante la amenaza, porque sabían que Vishvamitra era lo bastante poderoso para cumplirla, y no les seducía la idea de competir con un nuevo conjunto de dioses.

—Si permitimos a Trishankhu permanecer en el cielo como un dios menor —propusieron—, ¿prometes no crear ese nuevo cielo?

Vishvamitra accedió y en su lugar creó una constelación de estrellas para que hiciera compañía a Trishankhu; y desde entonces ha seguido brillando en el cielo hasta nuestros días.

La deuda del rey Harishchandra

El rey Harishchandra de Ayodhyá era muy apreciado por sus súbditos porque siempre cumplía sus promesas y protegía a los necesitados, pero su vida personal estaba plagada de desgracias. Un día, mientras iba de cacería, oyó gritos de auxilio. Desmontó de su caballo y siguió el sonido de las voces hasta llegar a un claro del bosque, donde el sabio Vishvamitra estaba a punto de someter a las diosas de las ciencias, hijas de Sarasvati, diosa de la sabiduría.

La aparición de Harishchandra interrumpió la meditación de Vishvamitra y las diosas escaparon. Vishvamitra se enfureció de un modo terrible.

—Pagarás por esto, miserable —rugió—. He pasado años ayunando y meditando para llegar a controlar las ciencias y tú has echado por tierra todos mis esfuerzos con tu interferencia. ¿Tienes el honor suficiente para compensarme por ello?

—Pídeme lo que quieras —respondió el rey humildemente—, incluso la vida.

—Tu vida no me sirve de nada —desdeñó Vishvamitra—, pero desde luego no me importaría quedarme con todo lo demás que posees.

Harishchandra aceptó sin vacilar y le hizo entrega de todo su reino. Al día siguiente abandonó su palacio con su esposa Shaiva y su hi-

jo Rohit, para dedicarse a una vida de devoción en la ciudad de Varanasi; pero Vishvamitra los estaba aguardando a las puertas de la ciudad.

—Es tradicional dar algo de dinero a los brahmanes cuando se les hace otro regalo —dijo—. ¿Dónde está mi dinero?

—No me queda nada —se excusó Harishchandra—. Todo lo que tenía se quedó en el palacio.

—Sabes perfectamente que los regalos a los santos deben ir acompañados de dinero. Si es necesario, vende a tu mujer y a tu hijo, ya que, si no me pagas cincuenta mil monedas de oro mañana por la noche, toda Ayodhyá sabrá que tu palabra no vale absolutamente nada.

Y así, Shaiva y Rohit fueron vendidos a un brahmán, que prometió tratarlos bien, pero que sólo pagó la mitad de la cantidad exigida por Vishvamitra, de modo que Harishchandra se vendió a sí mismo al encargado de un crematorio por el resto de la suma. Habiendo satisfecho las exigencias de Vishvamitra, el desdichado rey se resignó a la idea de pasar el resto de su vida quemando cadáveres. A los pocos meses descubrió que la muerte había dejado de afectarlo. Se sentía aturdido y cumplía sus tareas sin emoción alguna.

Una noche, a horas muy avanzadas, llegó al crematorio una mujer llevando un pequeño cadáver cubierto por una mortaja raída pero limpia. Lloraba sin poder controlarse, pero Harishchandra no hizo ningún intento por consolarla y se limitó a pedirle la tarifa habitual de las cremaciones.

—No tengo dinero —dijo la desesperada mujer.

—Entonces dame la mortaja de tu hijo para mi amo —replicó Harishchandra.

Sobrecogida ante tanta dureza, la mujer levantó el rostro, dejando caer el velo que lo cubría. A la luz de la luna, Harishchandra vio que la mujer era su esposa.

—¡Shaiva! —exclamó—. ¿Qué te ha sucedido...? ¿Y nuestro hijo?

—La esposa del brahmán nos trataba muy mal y Rohit jugaba lejos de la casa para mantenerse alejado de ella. Hoy, al ver que no regresaba al atardecer, fui a buscarlo y lo encontré muerto por la mordedura de una serpiente. De modo que lo traje aquí para que sus restos descansen en paz.

Harishchandra miró el rostro ceniciento de su hijo muerto, las ropas harapientas de su esposa y su propio aspecto desastrado. Y de pronto recuperó sus sentimientos humanos.

—Ahora que Rohit ha muerto, no nos queda nada por lo que valga la pena vivir. Quemémonos en su pira funeraria.

Después de prender fuego a la pira, Harishchandra pidió perdón al dios Brahma por abandonar a su amo sin permiso y se introdujo entre las llamas con Shaiva y Rohit, rezando a Brahma en voz alta. De repente, vieron ante ellos a los dioses en toda su gloria.

—Ya has sufrido bastante, Harishchandra —dijo el dios Indra—. Ven a Svarga a vivir en paz con tu familia.

—Antes debo pedir permiso a mi amo —dijo Harishchandra.

Al instante se le apareció su amo, que inmediatamente se transformó en Dharma, dios de la justicia.

—Adopté este disfraz para ayudarte a pagar tu deuda —dijo—. Ahora quedas libre de la esclavitud.

—¿Y qué será de mis fieles súbditos? —preguntó Harishchandra—. No les servía de nada cuando era pobre, pero no puedo abandonarlos estando en plena gloria.

Entonces los dioses decidieron permitir que todos los súbditos leales de Harishchandra lo acompañaran a Svarga, pero aún no se habían terminado sus problemas. Un dios secundario, llamado Narada, decidió poner a prueba la santidad del rey y se dedicó a adularlo día y noche con el fin de despertar su vanidad.

—Eres el primer humano que ha entrado en el Cielo encontrándose aún con vida. Por lo menos debes ser tan maravilloso como algunos dioses.

Sus palabras empezaron a hacer mella en Harishchandra.

—Siempre he sido mejor que los mortales corrientes —dijo con arrogancia un día— y he superado todas las pruebas a que me sometieron los dioses.

Molesto por este cambio de carácter, Indra expulsó de Svarga a Harishchandra y los suyos, pero Narada intervino para explicar su parte de culpa en la conducta del rey, y éste pidió perdón humildemente. Indra se ablandó y detuvo la caída de Harishchandra, creando para él una ciudad de nubes que aún se puede divisar a veces en el cielo.

Símbolos de los mitos y leyendas indios

Al comienzo de cada capítulo, el ilustrador ha presentado algunos de los objetos y símbolos que aparecen en los relatos, y que citamos a continuación con algunos breves comentarios sobre las imágenes.

PAGINA DE TITULOS.—El príncipe Arjuna, célebre arquero, protege a una ciudad contra los demonios, mientras Krishna, que le sirve de cochero, hace sonar triunfalmente su caracola. Más abajo, un santón medita junto al fuego de un sacrificio. A la derecha: en la India coexisten muchas religiones, representadas por estos peregrinos.

Pág. 11. EL MUNDO DE LOS ANTIGUOS INDIOS.—Arriba, los tres elementos más importantes para los antiguos indios: el sol, la lluvia y el fuego, a quienes se adoraba bajo los nombres de Surya, Indra y Agni, respectivamente. Bajo ellos, tres dioses del Hinduismo: Brahma, el Creador, con numerosas cabezas; Visnú, el Conservador, con su disco en la mano, y Siva, el Destructor, con la luna en los cabellos. Más abajo, los fundadores de dos religiones posteriores: Vardhamana, fundador del Jainismo, a la izquierda, y el Buda a la derecha. Por último, representantes de las cuatro categorías principales del sistema de castas: los brahmanes, encargados de las ceremonias religiosas; los kshatriyas o guerreros; los vaishyas, agricultores y comerciantes; y los sudras, o sirvientes.

Pág. 14. LOS VIEJOS DIOSES.—Arriba, Surya, el sol, en su carro tirado por siete caballos. A continuación, Indra, que controla la atmósfera y la lluvia; a sus pies se encuentra Vritra, dios de la sequía. La cuarta figura es Agni, dios del fuego, cabalgando sobre un carnero, y bajo él está Yama, dios de la muerte y señor de los infiernos, montado sobre un búfalo. En la mano izquierda empuña una maza y en la derecha lleva un lazo con el que atrapa a sus víctimas.

Págs. 18-19.—Agni da las gracias a Visnú y al príncipe Arjuna por permitirle devorar el bosque de Khandava, y ellos alzan la mano para bendecirlo. Junto a Agni está el carnero, que le sirve de montura, y al fondo el carro que transporta el disco que utiliza Visnú como arma.

Págs. 22-23.—Yama, dios de la muerte, decidiendo el destino de las almas de los difuntos. En sus manos, la maza y el lazo con el que atrapa a sus víctimas. Tras él, el búfalo que le sirve de montura cuando visita la Tierra; en primer plano, vemos a su consejero leyendo las vidas de los muertos en sus archivos, hechos de corteza y hojas de palma. Los Yama-dutas, emisarios de Yama, aguardan sus órdenes, lo mismo que sus monstruosos perros. Al fondo, Vijaya atraviesa un umbral de llamas para entrar en el infierno.

Pág. 26. LAS GRANDES DIOSAS.—Arriba y abajo, Durga, la diosa guerrera que derrotó a un ejército de gigantes, y Kalí, que bebió su sangre. Entre las dos, Lakshmi, bañada por elefantes celestiales al salir del océano cósmico, y Sarasvati, sentada en un loto y tocando la vina, mientras un par de cisnes tiran de su carro. En el centro, a la izquierda, Sati arrojándose al fuego para renacer como Parvati (derecha), que vivió vestida de harapos hasta reunirse con Siva.

Págs. 30-31.—Sarasvati desciende de su carro y descubre que Brahma se acaba de casar con una mujer mortal, llamada Gayatri. La diosa lleva un instrumento musical de su invención (la vina) y un libro de hojas de palma que simboliza su cargo de diosa de la sabiduría. El carro de Sarasvati está tirado por un cisne y en él viajan también otras tres diosas: Lakshmi, Parvati e Indrani; sentados por encima de ellas se ve a sus esposos: Brahma, Siva e Indra, respectivamente.

Pág. 33. SANTONES DE LA INDIA.—Arriba, un templo budista; y abajo, una mezquita musulmana. Un santón hindú (izquierda) y otro musulmán (derecha) caminan juntos en armonía. Bajo ellos, las bolsas que contienen sus escrituras sagradas; y por encima, libros religiosos sijs, medievales y modernos; los primeros están hechos con hojas de palma cosidas.

Págs. 34-35.—Vardhamana tranquiliza al elefante desbocado mientras sus amigos huyen.

Págs. 42-43.—El sultán de Lanka rinde homenaje al gurú Nanak, que levanta la mano derecha en el gesto tradicional de bendición. El y sus dos discípulos llevan típicas túnicas anaranjadas, y a sus pies se encuentra el cesto en el que llevan sus textos religiosos. A la izquierda se ve el caballo que no quiso montar el gurú.

Pág. 47. SIVA, DIOS DE LA DESTRUCCION.—Siva ejecuta su danza celestial sobre el cuerpo de un demonio enano al que acaba de vencer. En sus cuatro manos lleva una piel de tigre, un ciervo, la maza del demonio y un tambor. Por encima, la media luna que lleva prendida al pelo. Debajo de él, su leal acompañante, Nandi, el toro blanco. La serpiente indica que Siva es también Señor de las Serpientes.

Págs. 50-51.—Siva resucita a Daksha con el poder de su tercer ojo, pero con cabeza de cabra como castigo a su comportamiento. Las serpientes enroscadas en sus brazos y piernas indican que es Señor de las Serpientes, y el tambor es un símbolo de su condición de patrón de los ascetas. Lleva prendida al pelo una media luna, que adquirió al batir el océano cósmico, y se ciñe la cintura con la piel del tigre que lo atacó. A la derecha están Brahma, el de las muchas cabezas, y Visnú. A la izquierda, el ejército de demonios creados por Siva.

Págs. 54-55.—Ganesa, el dios con cabeza de elefante, luchando con Parasu-Rama para impedirle que moleste a Siva, que está durmiendo al fondo con Nandi, el toro, a su lado. Ganesa lleva una serpiente en la mano para demostrar que es hijo de Siva, y le acompaña la rata mágica que le sirve de montura. Parasu-Rama empuña el hacha *(parasu)* que le da nombre.

Pág. 57. LAS MULTIPLES FORMAS DE VISNU.—Las cinco primeras encarnaciones del dios Visnú: abajo, Matsya, el pez, y la tortuga, con Visnú detrás de cada uno; el jabalí salvaje que salvó a la Tierra; el hombre con cabeza de león que salió de una columna para hacer pedazos al demonio Hiranyakashipu; el enano Vamana que engañó a Bali; y por encima de todos, el dios Visnú, en toda su gloria, empuñando una caracola, su maza y dos capullos de loto.

Págs. 58-59.—Visnú se dispone a dormir de nuevo en el océano cósmico, apoyado en la serpiente Vasuki, cuyas siete cabezas le sirven de dosel. En las manos sostiene una maza, un disco, una caracola y un loto. A la izquierda, su esposa, la diosa Lakshmi, y, a la derecha, Sarasvati, preparan su lecho. Algunos adoradores de Visnú creen que éste fue responsable incluso de la creación de Brahma, al que aquí se ve conectado al ombligo de Visnú. Las flores que flotan en el océano cósmico son lotos.

Pág. 63. LAS AVENTURAS DE RAMA.—El mono Hanuman sostiene un escudo con las imágenes de Rama, Sita y Bharata. Encima de él se ve a Valmiki, autor de la epopeya; por debajo está Ravana, el demonio con diez cabezas.

Págs. 66-67.—El momento culminante del swayamvara de Sita, cuando se acerca al pretendiente escogido (Rama). El swayamvara era un concurso en el que competían los pretendientes a la mano de la novia. Rama (en el centro) tiene la piel azul, como todos los avatares de Visnú. A sus pies, los restos destrozados del arco de Siva; y detrás de

él, el sabio Vishvamitra bendiciendo a la pareja. El santo lleva una tetera llena de agua bendita, que para los peregrinos era más importante que la comida. Sita lleva en las manos la guirnalda nupcial. A la derecha, Bharata y los pretendientes derrotados.

Págs. 74-75.—Rama atiende al buitre Jatayú mientras Bharata trae agua. Las marcas en los hombros de los dos hermanos indican su condición de brahmanes.

Pág. 81. LA VIDA DE KRISHNA.—Krishna tocando la flauta en los bosques de Gokul. Por encima, algunas de las vacas a su cuidado. Por debajo, Yashodha ve los tres mundos del universo indio en la boca de su hijo.

Págs. 82-83.—Vasudeva atraviesa el río con Krishna en los brazos. Sin él saberlo, lo acompaña Vasuki, rey de las serpientes, que sigue a Visnú en todas las reencarnaciones.

Págs. 86-87.—Krishna abraza a Radha ante los ojos de las demás pastoras. Su piel es azul, como la de todas las encarnaciones del dios Visnú. En el suelo se ve la flauta de Krishna.

Pág. 91. RELATOS DEL *MAHABHARATA*.—De arriba abajo: Shakuni lanzando los dados indios que utilizó para estafar a los Pandavas. Tienen forma de palillos y se arrojan sobre un tablero cuadriculado. Duryodhana le quita el velo a Draupadi, pero ésta se encuentra bajo la protección de Visnú (dentro del círculo). Krishna bendice al príncipe Arjuna antes de la batalla. Una escena de la batalla.

Págs. 94-95.—Dhritarashtra, el rey ciego, sentado junto a la reina Gandhari, que lleva los ojos vendados para no tener ninguna ventaja sobre él. A lo lejos, se ve a Pandú, Kunti y Madri, camino de las montañas.

Págs. 102-103.—La gran batalla entre los Pandavas (izquierda) y los Kauravas (derecha). El príncipe Arjuna dispara flechas desde su carro, mientras Krishna le sirve de cochero. El demonio Ghatotkach derriba a un elefante con un golpe de su maza.

Pág. 105. LEYENDAS DE AMOR Y AVENTURA.—En la ceremonia matrimonial hindú, las manos de los contrayentes se unen con una guirnalda. A los lados, los esqueletos de Punnu y Sassi, cuyo amor se prolongó más allá de la muerte. Arriba, el Palacio de las Lamentaciones. Abajo, la copa envenenada de la que bebió Hir y uno de los búfalos que cuidaba Ranjha.

Págs. 106-107.—Ranjha toca la flauta a orillas del río Chenab, mientras Hir, los campesinos y el mismo ganado se paran a escucharlo.

Pág. 115. RELATOS DE INGENIO Y ASTUCIA.—Una típica lámpara de Divali, que sirve para atraer a la diosa Lakshmi. Debajo, dos de los cisnes mágicos que actuaron de mensajeros para Nal y Damayanti.

Págs. 118-119.—Dakshina se arrodilla ante la diosa Lakshmi, que la bendice después de haberse alojado en su casa durante el festival de Divali. En el jardín, las lámparas apagadas y los cofres con tesoros.

Pág. 121. HISTORIAS DE REYES Y PRINCIPES.—El rey Harishchandra ofrece su reino a Vishvamitra. Arriba, una corona india, de la que cuelga la balanza de la justicia, para indicar que todo rey debe hacer cumplir la ley. Abajo, el palacio en el que entró el príncipe Hritadhvaja después de herir al demonio.

Págs. 126-127.—Vasishta y sus discípulos atienden el fuego del sacrificio, con el que se pretende que el rey Trishankhu entre en el Cielo. Las marcas de sus brazos indican su condición de brahmanes.

Indice analítico

Los números en cursiva se refieren a las ilustraciones

Adama Jama 112-114
Afganistán 11
Agastya 17
Agni *11*, 12, 13, *14*, 15, 17, *18-19*, 20, 48, 71, 80
Agra 81
Ahmad 109-112
Airavati 89
Ansumata 48
Apsarasas 13, 61
Arbol de la sabiduría 39
Arios 11, 12
Arjuna *4*, *5*, 17, *18-19*, 20, 90, *91*, 97, 99-101, *102-103*, 104
Ashvapati 116
Ashvathammana 104
Ashvina 117, 120
Ashwatara 124, 125
Asia Central 11
Asvins 20, 21, 96
Atta 113, 114
Ayodhyá 64, 65, 68, 69, 115, 121, 125, 128, 129

Baba Farid 44, 45
Baba Nanak 44
Bajtiar 44
Balarama 81, 84, 85, 89
Bali *57* 62
Banda 63
Bangladesh 11, 13, 44
Besarh 33
Bhagavad Gita 57, 81, 89-91
Bhagiratha 48, 49
Bhambore 112-114
Bharata *63*, 64, 65, *66-67*, 68, 69, *74-75*, 80
Bharata, rey 91
Bhima 96-99, 101, 104
Bhishma 92, 93, 96-98, 100, 101, 104
Bhután 11
Brahma *11*, 13, 29, *30-31*, 32, 33, *50-51*, 52, *58-59*, 63, 64, 70, 77, 115, 129
Brahmalok 13, 29
Brahmanes 11, 12, 15, 24, 33, 36, 37, 56, 97-100, 104, 124, *126-127*, 129
Buda *11*, 12, 37-40
Budismo 12
Bundelkhand 63

Chanchal 28
Chandkala 41
Channa 38
Chaya 21
Chenab, río *106-107*, 108

Daityas 61, 62, 115
Daksha 26, 27, 47, 49, *50-51*, 52, 115
Dakshina 117, *118-119*, 120
Damayanti *115*, 120
Danavas, gigantes 60-62, 115
Dasharata 64, 65, 68, 71, 80
Delhi 44, 81
Dera Baba Nanak 44
Devi 26
Devika 81, 84
Dhanvantri 61
Dharini 29
Dharma 96, 129
Dhrishtadyumma, 99, 104
Dhritarashtra, 53, 93, *94-95*, 96, 97, 100, 101
Diosa de la Tierra 39
Divali, festival de 28, 37, *115*, 117, *118-119*
Draupadi *91*, 99-101, 104
Dron 97, 101, 104
Drupada 99-101, 104
Duhshasana 96, 97, 99, 101, 104
Durga *26*, 26-28
Duryodhana *91*, 96, 97, 99-101, 104
Dwaipayana 53
Dyaus-Pitara 14

Egipto 11
Ekchakrapur 98

Galava 121-123
Ganas 53
Gandhara 96
Gandhari *94-95*, 96
Gandharvas 13, 122
Ganesa 53, *54-55*, 56
Ganga 48, 49, 92
Ganges, río 49, 60, 64, 69, 91
Garuda 78
Gaya 38
Gayatri 29, *30-31*, 32
Ghanú, gobernador 45, 46
Ghatotkach 98, *102*, *103*, 104
Giridhara 89
gokul *81*, 81, 84, 85
Govardhana 88, 89
Gul Badshah 111, 112
Gurú Nanak 40, 41, *42-43*, 44

Hanuman *63*, 73, 76-80
Harappa 11
Harishchandra *121*, 121, 128, 129
Hastinapur 91
Hemavata 27, 58
Hidimba 98
Hidimb-asura 98
Himalaya 13, 28, 37, 49, 69, 93, 96
Hinduismo 11, 12, 33, 40, 90, 91
Hir *105*, 105, *106-107*, 108, 109
Hiranyakashipu *57*, 61, 62
Hiranyaksha 61
Holika 62
Hritadhvaja *121*, 121-125

Ikshvaku 121
India 11-13, 28,29, 33, 36, 37, 40, 44, 56, 57, 78, 81
Indico, océano 41, 70, 76
Indo, río 11, 96, 112
Indra *11*, 12, 13, *14*, 15-17, 20, 29, *30-31*, 32, 36, 37, 52, 60-62, 68, 73, 88, 89, 92, 96, 100, 104, 115, 116, 129
Indrajit 77-79

Indrani 15-17, 29, *30-31*, 32
Indraprastha 17, 89, 90, 100, 101
Intocables 12
Irán 11
Islam 40, 44

Jagad-janini 26
Jainismo *11*, 12, 33, 37
Jambavana 76, 78, 79
Jambu-dwip 13
Janaka 65
Janastán 70
Jatayú 70, 72, 73, *74-75*, 76
Jat, tribu 105, 108
Jhang 108, 109
Jina 33, 37

Kabandha 73
Kabul 108
Kahtwal 44
Kaido 108, 109
Kaikeyi 64, 65, 68, 69
Kailasa 27, 47, 49, 53, 56, 78
Kalí *26*, 27, 28
Kalichi 24
Kali-nadi, río 121
Kalu 40
Kamadeva 27
Kamla 29
Kan-Appan 56
Kansa 81, 84, 85, 89
Kantak 38
Kanwal Singh 117, 120
Kapila 48
Kapilavastu 37, 39
Karna 97, 104
Kartarpur 44
Kartikkeya 20
Kashyapa 115
Katch-Makran 114
Kauravas 89-91, 93, 96-101, *102-103*, 104
Kaushaliya 64, 68
Khandava, bosque 17, *18-19*
Khara 70, 71
Kosala 64, 71, 121
Krishna *4*, *5*, 17, 20, 29, 57, *81*, 81, *82-83*, 84, 85, *86-87*, 88-90, *91*, 101, *102-103*, 104, 108
Kshatriyas 11, 33
Kundala 122
Kundigram 33, 36
Kunti 93, *94-95*, 96-100
Kurujangal 91, 93, 96, 97, 100, 101
Kushinagar 40
Kuvera 13, 20, 21, 70, 71

Lahore 40, 44
Lakshmana 64, 65, 68-73, 76-80
Lakshmi *26*, 26, 28, 29, *30-31*, 32, 53, *58-59*, 60, 61, 65, *115*, 117, *118-119*, 120
Lanka *42-43*, 70-73, 76-79

Madalasa 121-125
Madri 93, *94-95*, 96
Magadha 101
Mahabharata 53, *91*, 91
Mahamaya, diosa 26
Mahamaya, reina 37, 38
Mahavira 36
Mandar 60
Manú Savarni 21
Manú Vaivaswata 13, 20, 21, 57, 60, 121
Mara 39
Mardana 41
Maricha 71, 72
Marutas 14
Matali 79
Matsya *57*, 57, 60
Mathura 81, 89
Maujú 105
Mena 27
Meru, monte 13, 27
Mesopotamia 11
Mohenjo Daro 11
Multan 45
Mumtaz 111, 112

Nabab de Sultanpur 40, 41
Nagas 13, 96, 124
Nahush 16, 17, 32
Nakul 96, 97, 100
Nal *115*, 120
Nanak, *véase* Gurú Nanak
Nanda 84, 89
Nandi 47, *47*, *52*, *54-55*
Nankana Sahab 40
Narada 129
Narada, santón 116
Nepal 11, 37
Nisumbha 28
Nizamuddin Aulia 44, 45
Nuruddin 110, 111

Osa Mayor 33

Pak Pattan 44
Palacio de la Alegría 112
Palacio de las Lamentaciones *105*, 109, 112
Panchala 99
Panchavati 70, 71
Pandavas 17, 89-91, *91*, 93, 96-101, *102-103*, 104
Pandú 53, 93, *94-95*, 96
Papa 37
Parasu-Rama 29, *54-55*, 56
Parijata 61
Parvati *26*, 26-29, *30-31*, 32, 52, 53
Patalaketu 121, 123
Patna 37
Pavapuri 37
Pitris 24
Pléyades 33
Prahlada 61, 62
Prajapatis 13
Prithvi 14
Punjab 40, 105
Punnu *105*, 114
Puranjaya 115
Putana 84

Radha 85, *86-87*, 88
Rajput, tribu 108
Raktavija 28
Rama 29, 57, *63*, 63-65, *66-67*, 68-73, *74-75*, 76-81
Rama-Chandra 64, 65, 68-73, 76-80
Ramayana 115, 121
Rangpur 109
Ranjha *105*, 105, *106-107*, 108, 109
Ravana *63*, 70-73, 76-80
Reva 27
Revanta 21
Rhiksha, montes 64
Ribhus 15
Rig-veda 14
Rohini 81
Rohit 129
Rukmini 29

Sagara, dios 78
Sagara, rey 48
Sahadeva 96, 97, 100
Saida 109
Saido 41
Samak 37
Sampati 76
Sani 21
Sanjna 20, 21
Sapta-rishi 13, 17, 63
Sarasvati *26*, 29, *30-31*, 32, 53, *58-59*, 60, 128
Sarvar 45, 46
Sassi *105* 112-114
Sati *26*, 26, 27, 49, 52, 53
Satyavana 116
Satyavati 92, 93
Satyavrata 121, 125, 128
Savitri, diosa 26, 116
Savitri, princesa 116, 117
Shaiva 128, 129
Shaktas 26
Shakti 26
Shakuni *91*, 101
Shambara 68
Shantanu 91-93
Shastras 76
Shatrughana 64, 65
Shatrujit 121, 123, 125
Shehernaz 109-112
Shesh 13
Shri 26
Shurpanakha 70, 71, 77
Shutra Murgha 111
Siddharta, Buda, 37-40
Siddharta, jefe, 33, 36
Siho 41
Sijismo, sijs 40, 41, 44
Singhala-Dipa 41
Sita 29, *63*, 65, *66-67*, 68, 70-73, 76-80
Siva *11*, 13, *26*, 26-28, *30-31*, 32, *47*, 47-49, *50-51*, 52, 53, *54-55*, 61, *66-67*, 80, 89, 100, 124
Siva Nabha 41
Som 13
Soma, licor 14
Sri 33
Sri Lanka 11, 41, 70
Sudhodhana 37, 38
Sudras 11
Sufismo 44
Sugriva 73, 76, 78, 79
Sujata 39
Sultanpur 40, 41
Sumbha 28
Sumitra 64
Sutikshin 69
Surabhi 47, 61, 92, 122, 125, 128
Surya *11*, 12-14, *14*, 20, 21, 24, 57, 73, 76, 104, 115, 116, 121
Svarga 13, 15-17, 24, 32, 92, 128, 129

Takht-Hazara 105, 108
Talaketu 122-124
Talvandi 40
Tamasa, río 64
Tapti 21
Trinavarta 84, 85
Trishali 33, 36
Trishankhu 121, 125, *126-127*, 128
Trishiras 15
Trithankara 33
Tvashtra 121
Tvashtri 15

Upashruti 16
Ushas 14

Vahni 52
Vaideha 65
Vaikuntha 60
Vaishyas 11
Valina 73, 76
Valmiki *63*, 64
Vamana 29, *57*, 62
Varanasi 129
Varanata 97
Vardhamana *11*, 33, *34-35*, 36, 37
Varuna 13, 14, 20
Varuni 61
Vasishta 64, 80, 125, *126-127*, 128
Vasudeva 81, *82-83*, 84
Vasuki 13, *58-59*, 60, 62, *82-83*
Vayú 12, 13, 70, 73, 77, 96
Vedas 53
Vibhishana 78-80
Vijaya *22-23*, 24
Vira-bhadra 52
Visnú *11*, 12, 13, 15, 17, *18-19*, 29, 32, 48, 49, *50-51*, 52, *57*, 57, *58-59*, 60-62, 64, 65, 71, 78, 81, *82-83*, 84, 85, 88, 90, 101, 115
Vishvakarma 20, 21, 60, 70, 76
Vishvamitra 65, *66-67*, *121*, 125, 128, 129
Vishvarupa 15
Vrihaspati 16
Vrindavana 81, 88, 89
Vrishnis 90
Vritra 12, *14*, 14, 15
Vyas 96, 100

Yama 12, 13. *14*, 21, *22-23*, 24, 25, 80, 104, 116, 117
Yama-dutas *22-23*, 24
Yama-Kumara 24, 25
Yamapur 24
Yamini 21
Yamuna, río 84, 91
Yashodha *81*, 84, 85
Yashodhara 38
Yudhishtra 96-101, 104

EN LA [illegible]A SERIE

Guerreros, dioses y espíritus
de la mitología de América Central
y Sudamérica
Textos de Douglas Guifford.
Ilustraciones de John Sibbick

Dragones, dioses y espíritus
de la mitología china
Textos de Tao Tao Liu Sanders
Ilustraciones de Johnny Pau

Emperadores, dioses y héroes
de la mitología romana
Textos de Kerry Usher
Ilustraciones de John Sibbick

Monstruos, dioses y hombres
de la mitología griega
Textos de Michael Gibson
Ilustraciones de Giovanni Caselli

Dioses y héroes
de la mitología vikinga
Textos de Brian Branston
Ilustraciones de Giovanni Caselli

Dioses y faraones
de la mitología egipcia
Textos de Geraldine Harris
Ilustraciones de David O'Connor

Ciudades fabulosas, príncipes y yinn
de la mitología árabe
Textos de Jairat Al-Saleh
Ilustraciones de Rashad N. Salim

Héroes, monstruos y otros mundos
de la mitología rusa
Textos de Elizabeth Warner
Ilustraciones de Alexander Koshkin

Druidas, dioses y héroes
de la mitología celta
Textos de Anne Ross
Ilustraciones de Roger Garland

Espíritus, héroes y cazadores
de la mitología
de los indios norteamericanos
Textos de Marion Wood
Ilustraciones de John Sibbick

Reyes, dioses y espíritus
de la mitología africana
Textos de Jan Knappert
Ilustraciones de Francesca Pelizzoli

Mitos, héroes y monstruos
de la España Antigua
Textos de Pollux Hernúñez
Ilustraciones de Eusebio Sanblanco
y M.ª Teresa Sarto

Angeles, profetas [illegible]os
y reyes de las [illegible] del
pueblo judío
Textos de [illegible]erson
Ilustracio[illegible]laire Bushe

La antigua civilización de la India ha engendrado un extraño y fascinante mundo de mitos y leyendas llenas de pasión, aventura y lirismo. Esta recopilación incluye relatos de todas las partes del gran subcontinente, como la India propiamente dicha, Paquistán y Bangladesh. El libro contiene:

- *40 relatos protagonizados por dioses, demonios, héroes y santos.*
- *18 grandes ilustraciones a todo color, al estilo tradicional indio.*
- *30 dibujos en blanco y negro.*
- *Indice de los personajes y lugares mencionados en los relatos.*
- *Un mapa a todo color, con las principales ciudades y lugares sagrados.*

O9-ARZ-014

ISBN 84-207-3310-5

9 788420 733104

1590013